

**NIÑO DE LA GUERRA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA**

Recuerdos de la estancia  
1937-1957

Francisco Escalante López

NIÑO DE LA GUERRA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA.  
*Recuerdos de la estancia 1937-1957.*

Francisco Escalante López.

*Este relato lo terminé de escribir el 29 de enero de 2008.*

Lugares y poblaciones donde transcurrieron los veinte años de mi estancia en la Unión Soviética:

1. Leningrado.
2. Odesa.
3. Jerson.
4. Zaporozhye.
5. Labinsk.
6. Armavir.
7. Stalingrado.
8. Saratov.
9. Orlovskoye.
10. Gorki.
11. Kostroma.
12. Moscú.
13. Najabino - *Provincia de Moscú.*
14. Solnechnogórsrk - *Provincia de Moscú.*
15. Yevpatoria - *Península de Crimea.*
16. Simferópol.
17. Alushta.
18. Yalta.
19. Bolsevo - *Provincia de Moscú.*
20. Moscú.
21. Dimitrovo.
22. Stalingrado - Volzhskiy.
23. Orel - Karáchev - Briansk.
24. Kolomna.
25. Leningrado.
26. Kingisepp.
27. Vyborg.
28. Kanennogorsr - *Servicio militar*
29. Narva.
30. Slantsy.
31. Kingisepp - Leningrado.
32. Moscú.
33. Moscú - Odesa.
34. Odesa - Castellón de La Plana
35. Benicasin
36. Benicasin - Miranda de Ebro - Bilbao
37. Bilbao - Ermua - Mallabia

## PRESENTACIÓN

En estos *Recuerdos* cuento el período de tiempo que me tocó vivir junto con otros niños evacuados desde el puerto de Bilbao en el año 1937 durante la Guerra Civil Española y cuyo destino fue la Unión Soviética. Allí permanecí veinte años, los mejores: la niñez, la adolescencia y la juventud. Regresé a casa un mes antes de cumplir veinticinco años en 1957.

Debido a las circunstancias de aquellos años; la Segunda Guerra Mundial, reagrupación de colegios, por los estudios, etc nos trasladaban de un lugar a otro de la Unión Soviética.

Siempre estaré agradecido al pueblo ruso y a su Gobierno por todo lo que hicieron por nosotros, durante los buenos y difíciles años de la Gran Guerra Patria. Sé el tremendo esfuerzo y sacrificio que hizo el pueblo para levantar de nuevo las ciudades, los pueblos, devastados por las hordas fascistas del ejército alemán durante dicha guerra, las pérdidas humanas (más de treinta millones de muertos!)... pero a nosotros no nos faltó comida, ropa, calzado, la educación no se interrumpió nunca. Tuvimos mejor atención que sus propios hijos.

Lo que escribo es como fue, como lo viví. Así lo cuento.

Las guerras todas son inhumanas, son causadas por el imperialismo capitalista expansionista, el fanatismo político, el fanatismo religioso. La guerra civil española la orquestó la gran burguesía capitalista, los grandes terratenientes, con el ejército, sublevado por los mandos traidores, y apoyados por los estados fascistas de Alemania y Italia, todos bendecidos por el clero reaccionario; juntos apagaron la voz del pueblo, su libertad, la que había ganado democráticamente en las urnas el 14 de Abril del 1931.

La dictadura fascista que instauraron hicieron tremendos estragos contra la población que defendió y luchó heroicamente para defender la República. Mi familia padeció severos castigos: el padre en un campo de concentración de la Coruña, los tíos Eusebio y Balbino encarcelados en Lerma, el tío Crescencio asesinado por los falangistas en San Sebastián y todos sus bienes robados, la casa de los padres en Vergara desvalijada por los fascistas del pueblo... Además, a los padres los desterraron de Vergara, padecieron humillaciones que les infligían las autoridades fascistas, porque tenían a sus hijos y hermanos en la URSS.

No sé cómo tantas familias, incluida la mía, pudieron sobrevivir a las calamidades y sufrimientos que generó la guerra y la posguerra. Cuántos ruegos habrá hecho la madre a Dios, la gran esperanza que tenía y que no perdió nunca, de vernos otra vez a todos los que marchamos refugiados a la Unión Soviética.

El reencuentro de todos los expedicionarios con la familia fue el 23 de Enero de 1957.

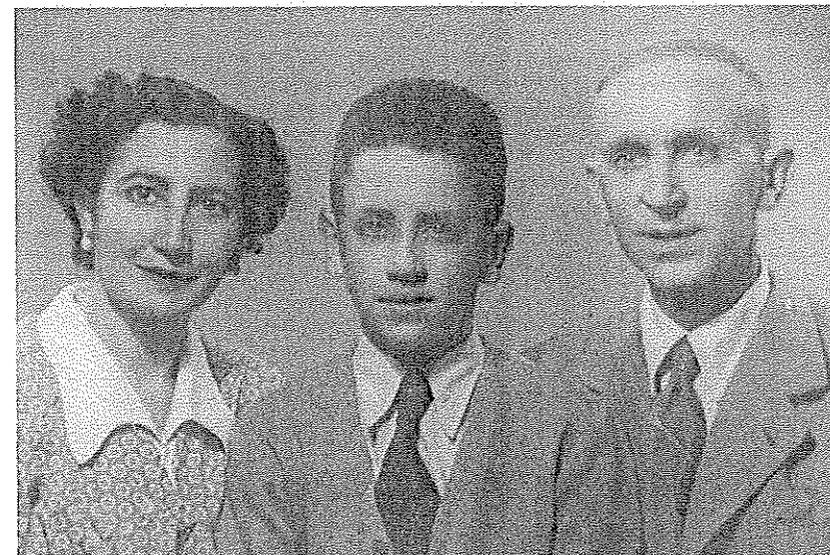
Este relato es un homenaje a todos los antifascistas que lucharon y dieron la vida por defender la II República Española frente al fascismo.

Paquito, niño de la guerra.

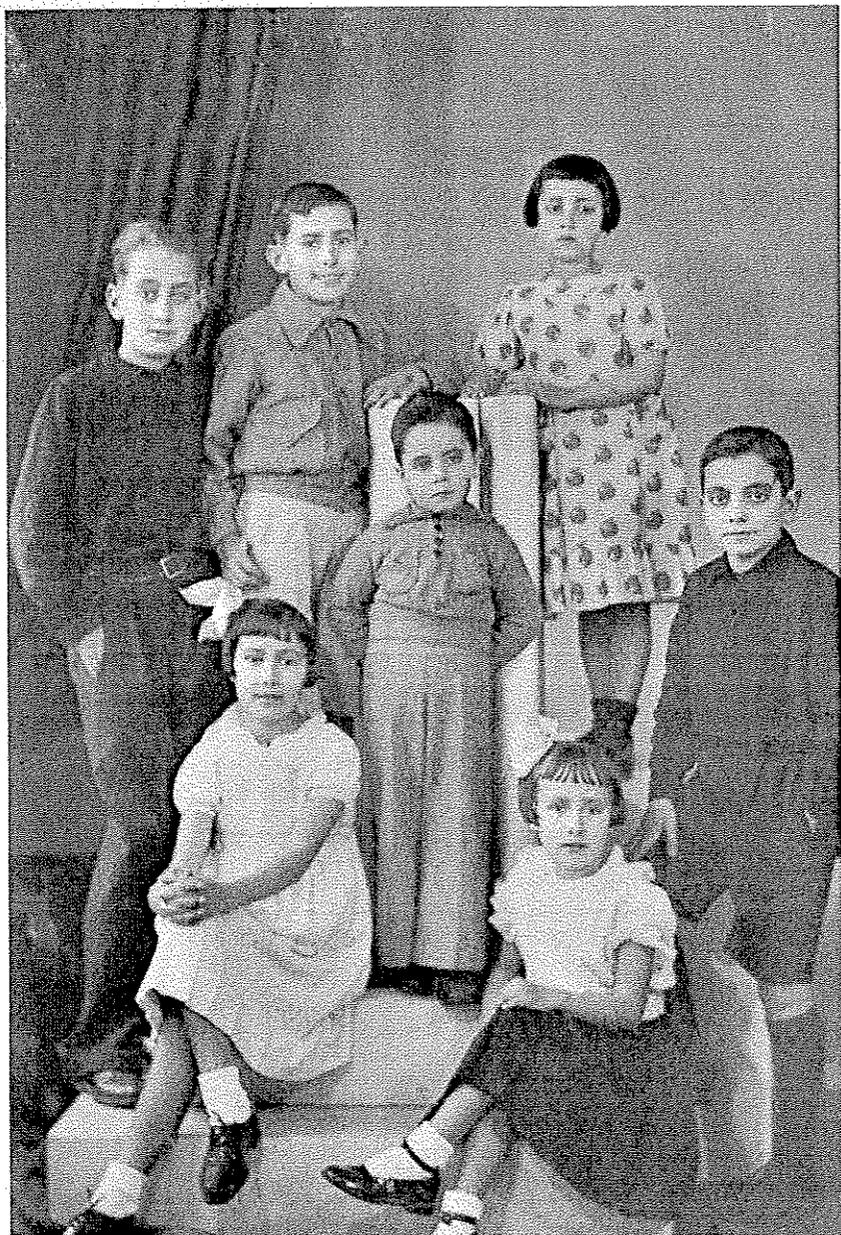
Con especial recuerdo a mis padres, Ángeles y Francisco,  
y a toda mi gran familia.



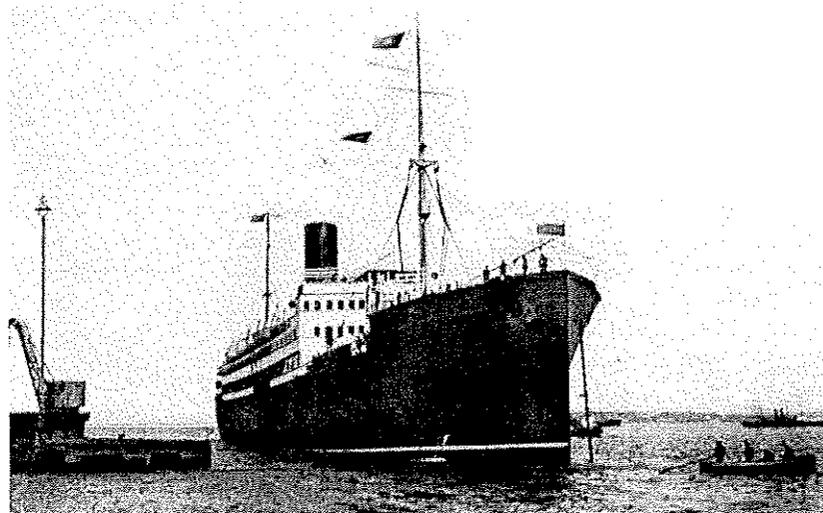
*Mis padres y mi hermano. Abril, 1.947.*



*Mis padres y mi hermano. Julio, 1.950.*



*Todos los familiares evacuados a la Unión Soviética.*



*Vapor La Habana.*



*Fotografía enviada a los padres. Odesa, 1.938.*

## PRÓLOGO

Nací en Vergara, provincia de Guipúzcoa, el 19 de Febrero de 1932, en el seno de una familia obrera, siendo el segundo de tres hermanos: María, la mayor, nacida en Abril del 1931, y Ángel, el hermano pequeño, nacido el 17 de Julio de 1937. Ellos también nacieron en Vergara.

No recuerdo cuanto tiempo vivimos en Vergara después de estallar la guerra. Al padre lo militarizaron al poco tiempo y la madre nos llevo a los tres hermanos a Baracaldo, donde quedamos refugiados en casa de unos tíos de los padres. El lugar de residencia tenía por nombre *La Familiar*. No sé cuanto duró la estancia; sólo sé que el 13 de junio del 37 la madre nos llevó a mi hermana y a mi a Santurce, donde embarcamos en el vapor *La Habana* como refugiados para la Unión Soviética. Junto con nosotros embarcaron otros familiares: dos hermanos de la madre, Ángel y Juan, y tres primos de los padres, José Luis, Amparo y Consuelo Rodríguez. La edad de estos familiares rondaba entre los ocho y los trece años. Y con nosotros, 4.500 más.

Desembarcamos en Francia, en Burdeos y todo nuestro grupo familiar junto con un millar de niños más fuimos embarcados en el *Sontay*, el buque francés que nos llevó hasta el puerto de Leningrado, en el mar Báltico. Así llegamos a la Unión Soviética.

Del periodo de los cinco años de vida en Vergara y Baracaldo, así como de la travesía que hicimos en barco hasta llegar a Leningrado, apenas si guardo recuerdos.

## 1. LENINGRADO

Llegué a Leningrado con la cabeza vendada por un golpe que me hice bajando por la barandilla de unas escaleras en el barco. Desembarcamos en los muelles del puerto por una escalera lateral bastante larga (esta escena la vi en un reportaje emitido en RTVE, “*Refugiados de la Guerra Civil Española*”, donde se veía bajar a todos los que llegamos). El recibimiento que recibimos fue fabuloso: recibían a los hijos de los héroes que luchaban contra el fascismo.

Del puerto nos llevaron a unas escuelas donde pasamos unos días. Allí nos separaron en grandes grupos. Nuestro grupo, formado por unos quinientos niños, fue destinado a Odesa, a la Casa nº 5<sup>1</sup>, *la casa de los Vascos*. De Leningrado a Odesa fuimos en tren.



*Niños y jóvenes de la Casa Serguei Kirov. 1.939 - 1.940.  
Fotografía enviada por mi tío Ángel a mi madre.*

<sup>1</sup> El nombre de la casa nº 5 era Serguei Kirov.

## 2. ODESA

A los más pequeños del grupo que llegamos, hasta los cinco años, nos alojaron en un chalet ubicado dentro de una finca muy grande. Tenía un campo de fútbol y un jardín delante de la vivienda principal, con paseos y árboles frutales, sobre todo moreras blancas y negras. También había un edificio destinado a lavandería y, en el extremo de la finca, una casita donde vivía el guarda. Toda la finca estaba cercada con una tapia de piedra. Antes de la Revolución Rusa este lugar era propiedad de gente pudiente.

Situada a las afueras de la ciudad, en la parte Este, toda la zona estaba compuesta por grandes fincas de enormes edificios, parques y huertos con árboles frutales. Desde el centro se accedía a través de una ancha calle, con amplias aceras a cada lado con árboles y jardines, y disponía de una línea de tranvía. Todo este distrito perteneció a la burguesía antes de la Revolución de Octubre de 1917. Posteriormente, el gobierno bolchevique confiscó todo y lo destinó a sanatorios, casas de descanso para los trabajadores, clínicas y hospitales. Cerca de nuestra casa había una clínica especializada en enfermedades de la vista, decían era la mejor de toda la Unión Soviética. Haciendo linde con nuestra casa estaba ubicada una comisaría de policía.

Los tranvías que pasaban por delante de la casa llegaban hasta otro barrio llamado Arcadia; allí estaba instalado otro colegio con niños españoles, en este caso asturianos. Nosotros, como éramos pequeños, no teníamos mucho trato con ellos, pero los mayores sí, ya que cuando había alguna fiesta se visitaban mutuamente. Cantaban el *Asturias patria querida*, bailaban... Y estos encuentros casi siempre terminaban en bronca y a tortas.

La vivienda en la que nos alojaron era grande. Tenía dos habitaciones, una en la que dormíamos dieciocho chicos y otra para diez chicas, entre ellas mi hermana María. En la casa había un salón grande cuyos ventanales daban a una gran terraza de forma semicircular con escaleras que bajaban al jardín. Recuerdo que un día rodaron unas escenas para una película, donde tocaban el piano y cantaban, y que instalaron unas vías por las cuales se deslizaba un carro con la máquina de filmar.

La casa disponía de un amplio comedor donde comíamos todos a la vez. Además disponía de cocina, cuarto de estudio, aseos, duchas y un gran pasillo,

al que no podíamos salir cuando lo encerraban hasta que la cera no estuviera seca y le hubieran sacado brillo al suelo.

En total éramos veintiocho niños, los más pequeños de todo el colectivo de quinientos y pico que llegamos. El cuidado y la atención que nos dieron durante la estancia en Odesa desde nuestra llegada en 1937 hasta que nos evacuaron de la misma en julio del 41 por culpa de la guerra (al invadir Alemania la Unión Soviética) fue de lo más esmerada y excelente que uno se pueda imaginar. Nos alimentaban mejor que en cualquier otra casa ¡éramos los más ricos de todos el mundo! Solo nos quejábamos al mediodía, justo antes de la comida: todos los días teníamos por obligación tomar una cucharada de aceite de hígado de bacalao y no gustaba a nadie, pero... tenías que tragártelo a la fuerza.

A los dos meses de estancia, cuatro chicos nos contagiamos con la escarlatina y nos aislaron en una casa de campo, lejos de la ciudad, en un lugar llamado "*Jolodnaya Balka*", que significa valle o vaguada fría, un monte completamente plantado de viñas. Un día apareció un hombre corriendo y se metió en un barril de madera que estaba colocado debajo del tejado para recoger el agua de la lluvia. Se sumergió y estuvo allí un buen rato. Parece ser que fue a robar uvas y el guarda le sorprendió y le pegó un tiro con un cartucho de sal, y el hombre se metió en el barril para remediar el picor que tenía en el culo.

En *Jolodnaya Balka* nos atendían bien. Una vez recibimos una bronca de campeonato. Cuando uno de nosotros tenía catarro, el médico nos daba unas gotas de un frasco mezcladas con agua. Este medicamento tenía sabor a anís. Cierta día, y en ausencia del médico, no se nos ocurrió otra cosa que sacar el frasco del armario, mezclarlo con agua y bebérselo entero. Al llegar el doctor, y descubiertos por el olor a anís que había en la habitación, supo que habíamos echo alguna trastada. Fue derecho al armario y descubrió el frasco vacío. No recuerdo bien todo lo que paso después, pero todos los implicados quedamos vivos.

La vida la hacíamos o dentro de la casa o por el recinto de la finca. Nos levantábamos y hacíamos las camas, algo de gimnasia, nos aseábamos y a desayunar. Durante el año escolar a nosotros nos llevaban a clases para preescolar, donde hacíamos un poco de todo; allí se empezaba a ir a la escuela a los seis años y los estudios duraban diez años. El curso escolar duraba desde el 1 de septiembre hasta el 1 de mayo, y había exámenes en diciembre y a mediados de mayo.

Las escuelas estaban situadas pasando la calle, enfrente de donde vivíamos. Eran dos grandes mansiones donde cabíamos los quinientos alumnos, ya que los mayores también acudían a estos edificios. Para entrar al recinto había

que pasar unas verjas con su portalón de hierro forjado y luego atravesar una preciosa avenida asfaltada y bordeada por unos tilos enormes y altísimos. Todo alrededor de los edificios era un jardín inmenso, con fuentes, islas y puentes. En un extremo del recinto había un edificio destinado a la enfermería. Recuerdo que por las mañanas, sino tenías ganas de comer, te daban un batido hecho a base de huevo crudo, azúcar y leche. Lo llamábamos "*Gogol Mogol*", y aunque no sabía mal, nunca más lo he probado.

Cuando no teníamos escuela o era día libre, jugábamos en casa, en el jardín o en el campo de fútbol. En este campo también jugaba el equipo de los mayores sus encuentros contra los equipos de la ciudad, ¡las competiciones que se organizaban! El equipo llevaba el nombre de *España Roja*. No nos ganaba nadie, ni los equipos de la ciudad de Odesa ni de otros lugares. Se cantaba:

*España Roja por aquí  
España Roja por allí  
Porque somos campeones  
Del distrito de Odesa...*

La vestimenta del equipo representaba la bandera Tricolor de la República Española, camiseta roja y amarilla y calzón morado. Recuerdo los nombres de algunos jugadores: Uribe, delantero; Ruperto Zagasti, delantero, que posteriormente jugó en el equipo de una fábrica de Moscú, el "*Crilla Sovietov*", alas soviéticas; el portero, de apellido Acha, y que era nuestro ídolo, siempre veíamos los partidos desde detrás de la portería.

En verano nos llevaban en fila de a dos y con un sombrero blanco Panamá en la cabeza a la playa. Teníamos que atravesar la casa donde vivían los mayores, distante de la nuestra medio kilómetro, y luego bajar a un acantilado por unas escaleras hasta la misma playa. La playa no tenía arena, era de piedritas planas y formaba una pequeña bahía. Una fila de rocas a unos cincuenta metros de la orilla frenaban el oleaje y la hacían más tranquila; solía haber bastantes algas y se criaban muchas quisquillas, muy ricas cocidas. Pero pasar la mañana en la playa tenía lo suyo: bajar y luego subir aquellas escaleras se nos hacía penoso. Eran muchas y estaban cavadas en el terreno, con los peldaños altos para unos niños como nosotros.

Una mañana que fuimos a la playa coincidió con el rodaje de una película de guerra: una lancha a motor remolcaba maquetas de barcos de la marina de guerra, y alrededor de ellos, todo estaba lleno de humo, producido por unos botes escondidos detrás de las rocas y por los fogonazos disparados desde los cañones de los barcos. Todos nos quedamos muy emocionados.

Tomábamos el sol tumbados, con tiempo marcado en una posición u otra; luego nos dejaban bañarnos y lo aprovechábamos también para coger con los caza mariposas quisquillas, que luego nos las cocían en casa y las comíamos como aperitivo. Después de comer teníamos que echar la siesta. En este tiempo la encargada que nos cuidaba se ausentaba y nos vigilaba alguna de las chicas más mayores de nuestro grupo. Armábamos mucho jaleo y ruido, y a veces, alguno ponía un cubo con agua encima de la puerta, la dejaba entreabierta, y cuando la abría la puerta para ver qué pasaba, le caía todo el agua encima. Nunca había sido nadie, así que todos éramos castigados.

A finales del verano comíamos mucha fruta, ya que por la zona había gran cantidad de huertos de árboles frutales. Más de uno recibimos buenos golpes por las caídas desde los árboles al subir a coger fruta.

No recuerdo el nombre de todos los chavales que compartían conmigo habitación, solo de algunos: Pedro Bautista, Agustín Lizundia, Ismael Palomares, Ignacio Hurtado... Todos destacaban por algo: Agustín tenía seis dedos en cada mano (luego le operaron de esta malformación), Ismael silbaba muy bien, era un artista; le apodaron *El caza* ya que con el silbido imitaba a un avión cuando cae en picado. Ignacio tenía el apodo de *Cara león*, roncaba mucho y por las mañanas junto a su cama estaban la mayoría de los zapatos del grupo: se los tiraban para que se despertara y dejara de roncar. Pedro era larguirucho y tenía una hermana, Encarna, que estaba el grupo de las chicas, junto con mi hermana María.

De todos del grupo solo uno presentaba una deficiencia, tenía cierto retraso mental, pero hacía la vida como los demás y jamás nos burlamos de sus actos. Le apodábamos Cote.

Todos nos llevábamos bien y prácticamente siempre estábamos juntos. Para distraernos los domingos y días de fiesta a veces nos llevaban a ver el circo. Estaba instalado en el centro de la ciudad y para ir montábamos en el tranvía y disfrutábamos del viaje. Nos explicaban a qué actividad estaba destinado este u aquel otro edificio. El tranvía pasaba por delante de la clínica y por una plaza circular, en cuyo centro había un montículo bastante alto, donde decían que estaban enterrados los muertos por la peste que asoló la ciudad muchos años atrás.

El circo estaba instalado en un edificio destinado exclusivamente para ello; era grande y albergaba también las viviendas destinadas a los animales: tigres, elefantes, leones y toda clase de bichos para el espectáculo. Fue la primera vez que vi a una persona sin brazos; todo lo que hacía, dibujar, comer, tocar la trompeta... lo hacía con los pies.

También íbamos al cine a la casa residencia de los mayores, pues disponía de un salón exclusivo para ello. Proyectaban películas de Charlot, de guerreros, de personajes históricos rusos, de héroes de la guerra civil de los años 1917 al 1924, y muchas películas de la vida de los años treinta. Buen cine.

La casa donde vivían los mayores era un edificio de dos alturas: planta baja y primera, donde había muchas habitaciones, un gran comedor, el salón de cine, los cuartos de estar, etc. Allí residían los quinientos niños el total del colectivo. El edificio estaba construido justo encima de un acantilado, y la fachada sur tenía vistas al mar y a la playa. La fachada norte daba a un jardín muy grande y bonito. No recuerdo bien si fue en el año 1.939 ó 1.940, pero hubo un terremoto por la parte de Turquía, según decían, a consecuencia del cual el edificio se agrietó por varios sitios y tuvo que ser reparado el techo del comedor y alguna pared de la sala del cine.

Para ir de nuestra casa a la de los mayores había que atravesar un parque bastante frondoso, con árboles muy altos. Al hacer el camino de vuelta, al entrar en la nuestra finca llegabas derecho al campo de fútbol y se divisaba la casa del guarda. Allí vivía un matrimonio, gente sencilla y buena, que nos tenían mucho aprecio y cariño, sobre todo a mí. Él era cazador, tenía muchos pájaros y bichos disecados, además de trofeos de caza. Me llamaba pequeño Paquito. Este matrimonio fue en más de una ocasión a nuestra casa para hablar con la encargada, a ver si daban en adopción a algún niño. Más concretamente iban a buscarme a mí. Pero no se permitía dar en adopción a ninguno de nosotros.

Algunas veces venían mis tíos a buscarme y me llevaban a pasar el día con ellos a su casa. Yo era muy popular, me presentaban a todas sus amistades, todos me llamaban Paquito. Las que mas cariñosas se mostraban conmigo eran las amigas de los tíos, no se quitaban de encima: qué guapo es, qué majo... Me daba mucha vergüenza y por eso muchas veces no quería ir con ellos.

Antes de que comenzase la Segunda Guerra Mundial había buena comunicación por correspondencia con España, con mis padres. Mandábamos alguna carta que otra y fotografías. Hasta llegar a España en el 1957 no supe cómo llegaban esas cartas a mis padres: desde Odesa llegaban a Francia, a una señora de Vergara, refugiada allí a causa de la Guerra Civil Española. Y esta señora las enviaba después a mis padres en España. Era amiga de los padres y la conocí en 1957 al regresar de Rusia.

Durante el tiempo que duró la Segunda Guerra Mundial, desde 1941 a 1945, no fue posible ninguna comunicación por ninguna de las dos partes. Al terminar la guerra, una hermana de mi madre se casó con un alemán y marcharon a vivir a la República Federal Alemana. Así volvió a funcionar la

correspondencia con casa, gracias a los tíos Carlos y Mercedes. Él era profesor de idiomas, y se escapó del ejército alemán poco antes de que terminase la guerra. Pasó la frontera de Francia y fue a parar a Vergara. Allí trabajó hasta que terminó la guerra, después se casó con mi tía, viajaron al Reino Unido y de allí marcharon a Westfalia, en Alemania, donde viven actualmente. Tienen unos 10 años más que yo.

De los inviernos que pasamos durante la estancia en Odesa no recuerdo gran cosa. La nieve no se quedaba tanto tiempo como en otros lugares que nos tocó vivir posteriormente. Para jugar teníamos algunos trineos y patines para patinar sobre nieve, así aprendimos varios del grupo a patinar. Los patines para la nieve son distintos que los de hielo, tienen el filo más ancho y para colocarlos sólo había que atarlos a las botas con un sistema de amarre bastante simple. En invierno teníamos ropa adecuada. Llevábamos los guantes sujetos con un cordel que se colocaba encima del cuello y se metía por las mangas del abrigo para no perderlos.

En el verano de 1.941 Alemania invade con sus ejércitos la Unión Soviética, y empieza la Segunda Guerra Mundial contra esta nación; los rusos la denominaron la Gran Guerra Patria, *Ochechestbeinavaya Voina*.

A los pocos días de comenzar, la aviación alemana empezó a bombardear la ciudad, sobre todo la zona del puerto. Lo hacían al atardecer, casi de noche. Cuando empezaban a llegar los aviones las sirenas comenzaban a sonar y todos teníamos que ir a los refugios antiaéreos. Nosotros teníamos uno en el jardín, cerca de la casa. Lo habían hecho en el paseo cavando una zanja de unos dos metros y medio de profundidad por metro y medio de ancho; lo cubrieron con unas chapas gruesas y encima echaron tierra. Tenía unos quince metros de largo, y había una entrada por cada lado. Teníamos que bajar al refugio con una bolsa que contenía una careta antigás; decían que los alemanes podían tirar bombas con gases para matar gente. Muchas veces no nos despertábamos, nos quedábamos dormidos y no bajábamos al refugio. Y en ocasiones nos quedábamos viendo como enfocaban con la luz de los reflectores a los aviones, y oíamos las explosiones de los disparos de los cañones antiaéreos. Nuestra zona se suponía que no era de mucho peligro por los bombardeos, ya que si caía alguna bomba era porque los aviones las tiraban para aligerar la carga durante la retirada de la zona de bombardeo... o eso nos decían.

Alrededor de 1.939 ó 1.940, salieron unos veinte chicos de los mayores del colegio, hacia una escuela de formación de pilotos de aviones de combate cerca de la ciudad de Kiev. Uno de los pilotos era hijo de Dolores Ibarri, *La Pasionaria*. Su hijo combatió al ejército alemán en la batalla de Stalingrado en 1.943, muriendo en combate. Este tema de los pilotos españoles no lo conocí

hasta años más tarde, y casi por casualidad. En 1.951 estuve en Stalingrado por un viaje de prácticas al que nos envió el instituto Técnico de Moscú donde estudiaba. Al llegar a esta ciudad, vi una placa dedicada a los héroes que dieron su vida en la Batalla de Stalingrado y allí leí su nombre: Rubén Ibarri. A otro de los pilotos, Eugenio Prieto, le vi en Eibar cuando regrese de Rusia en 1.957; tenía el grado de Capitán del Ejército Rojo y también participó en la guerra con su avión en combates contra los invasores alemanes.

Dos días antes de evacuarnos de Odesa, la señora encargada de cuidarnos se marchó de repente, sin decir a nadie nada y estuvimos un poco abandonados. La mujer era de origen judío y como los alemanes les perseguían y mataban (esto ya se veía en las películas que daban en los cines por aquella época), abandonó la ciudad.

Una tarde nos reunieron a todos, enrollaron las mantas al estilo militar, nos dieron una mochila, un pan redondo, dos latas de conserva de pescado y ropa, y nos montaron en el tranvía rumbo al puerto. A la noche nos embarcaron y nos sacaron de Odesa. Así nos convertimos en refugiados sin destino fijo.

Este fue el final de el mejor tiempo vivido durante mi infancia en Rusia.

Durante toda mi vida recordaré aquellos maravillosos años vividos en Odesa, recuerdo con gran cariño y agradecimiento a todas las personas que nos hicieron posible la estancia allí.

### 3. JERSON

Salimos de Odesa ya de noche. El barco no llevaba ninguna luz de posición para evitar ser visto por la aviación alemana. Había mucha gente en el barco, hasta la cubierta estaba repleta. Aunque no lo sé con certeza, creo que también estaban los niños españoles del colegio asturiano.

El barco atracó en el puerto de Jerson, en la desembocadura del río Dnieper. Desde el puerto nos llevaron a un colegio habitado por más niños españoles. Pasamos la noche y al día siguiente nos montaron en un tren, dirección al norte, y llegamos a la ciudad de Zaporozhye.

### 4. ZAPOROZHYE

La ciudad de Zaporozhye está a orillas del río Dnieper, y nos alojaron en un recinto con casas, almacenes, barracones y otros edificios destinados a actividades en él.

El complejo estaba ubicado en una isla, por cuya parte derecha circulaban los barcos, don de el río tenía una anchura enorme y una corriente tremenda. Por la parte izquierda, el río no era tan ancho, en comparación. Tan solo sería de unos cien metros. Esta isla fue sede de los famosos Cosacos del Dnieper, entre 1700 y 1775. Su historia es amplia, por las continuas luchas que mantuvieron contra todos los estados que les querían arrebatar su libertad. Persistieron hasta 1924 con el fin de la guerra civil.

El complejo era grande y estaba cercado por una tapia de madera bastante alta. La puerta de entrada estaba vigilada para que ninguno de los pequeños saliese del recinto. En las orillas había muchas barcas de los pescadores amarradas, y un día dos chavales de nuestro grupo soltaron una y se montaron en ella. La corriente arrastró la barca río abajo y todos empezamos a gritar asustados al ver que la barca se alejaba. A los gritos acudieron unos pescadores, se montaron rápidamente en otras barcas y fueron tras ellos. Tardaron mucho tiempo en traerlos de vuelta. Por eso no podíamos salir fuera del recinto si no era acompañados de los responsables.

Al mediodía salíamos para ir a comer a un restaurante de la ciudad. Cruzábamos la parte estrecha del río en una barcaza y después caminábamos un trecho hasta llegar al comedor. Nos daban bien de comer, y el viaje de ida y vuelta era entretenido. El desayuno y la cena la hacíamos en la isla, a base de bocadillos variados y leche.

La estancia allí se nos hizo buena; no recuerdo el tiempo exacto que pasamos, quizá fueran unos diez días.

Abandonamos Zaporozhye en vagones de carga de tren y no lo pasamos nada mal, hacía buen tiempo y era una novedad más a añadir a todo lo que nos acontecía. Durante el viaje engancharon al convoy del tren dos vagones en los que transportaban presos de guerra italianos. Cada vez que el tren se paraba en alguna estación, nos bajábamos e íbamos a ver a los presos. Les insultábamos,

les llamábamos fascistas... así hasta que los guardias que les escoltaban nos echaban para que dejáramos de armar jaleo.

No recuerdo cuánto tiempo duro el viaje. Atravesamos el suroeste de Ucrania y llegamos al Cáucaso Norte. Nos bajamos en la estación de Armavir y desde allí nos trasladaron a Labinsk, población situada más al Sur.

## 5. LABINSK

Labinsk está a orillas del río Laba, afluente del Kuban, y muy cerca de las montañas del *Gran Kavkaz*, el gran Cáucaso. Era una población bastante grande y bonita, tenía casas elegantes y sus calles eran anchas y con paseos arbolados. Nos alojaron en un complejo que parecía una gran posada: un enorme patio, caballerizas, almacenes y graneros.

Los graneros estaban llenos de cáscaras de semillas de girasol (nunca supe cómo y con qué pelaban dichas semillas), que empleaban para las estufas en el invierno. Nos trataron muy bien y teníamos buena alimentación. El desayuno y la cena nos lo daban dentro del recinto, y la comida la hacíamos en el centro del pueblo en un restaurante. Teníamos que ir andando, pasando por varias calles. En una de ellas, vivía una señora mayor que tenía un cuervo amaestrado. Nosotros siempre pasábamos por la acera de enfrente, creíamos que era una bruja.

Cerca de donde vivíamos estaba el río y en él nos bañábamos muchas veces, aunque siempre cerca de la orilla, porque llevaba una corriente bastante rápida y teníamos miedo. En la orilla opuesta a la zona de baño había muchos frutales, sobre todo ciruelos. Cruzábamos el río por donde cubría poco, todos juntos agarrados de la mano para que no nos arrastrase la corriente. Luego guardábamos la fruta en el *kolko*<sup>2</sup> y regresábamos de la misma manera.

Río arriba había una gran charca que se formaba en las crecidas de las aguas durante el deshielo; siempre tenía agua y muchos nativos llevaban allí los caballos para bañarlos. La charca era bastante larga e iba paralela al río. En la entrada había restos del comienzo de la construcción de un puente o lo que quedaba de él, que servía a los más valientes de trampolín para lanzarse al agua, ¡era todo un espectáculo verles saltar! Un día uno de los saltadores se tiró y no salió a la superficie; tardaba demasiado en salir y varios chavales se tiraron al agua. Buceando consiguieron dar con él: se había quedado clavado en el fango del fondo. Afortunadamente, todo quedó en un susto.

En Labinsk nuestra vida cambió radicalmente en comparación con los tiempos vividos en Odesa. Aunque en Odesa la estancia fue feliz, todos los días eran iguales: levantarse, asearse, hacer las camas, desayunar, ir a la escuela, comer, hacer los deberes, tiempo libre antes de la cena, cenar, y a dormir. Sólo cambiaba en verano, que se echaba la siesta después de comer, y los domingos

<sup>2</sup> *En euskera, el hueco entre la camisa y el pecho.*

y festivos que teníamos más tiempo libre para jugar. Todo estaba controlado y regulado con un tiempo para cada actividad.

Sin embargo en Labinsk empezamos a hacer algunos trabajos pequeños. Nos mandaban al campo a recoger y amontonar plantas de tabaco que luego llevábamos a los almacenes para el secado. También subíamos al monte a recoger castañas que luego cocían para comer. Cuando comenzó el curso escolar, empezamos a ir a la escuela.

## 6. ARMAVIR

El invierno ya se empezaba a sentir, caían buenas nevadas que dejaban todo cubierto con un manto blanco. A principios de diciembre nos llevaron a la estación de Armavir. Y nos montaron en un tren, esta vez en vagones de pasajeros. Los vagones estaban divididos en compartimentos con asientos cuyos respaldos se convertían en plataformas a modo de literas, levantándolos y atrancándolos mediante unos soportes. Este tren fue nuestra vivienda durante todo el mes de Diciembre. Los asientos, la plataforma-litera y las baldas destinadas a colocar los equipajes nos servían de camas.

El destino no lo sabía nadie. El tren estaba todo el día en marcha, aunque a veces nos quedábamos varios días parados en un apeadero desierto; desenganchaban la máquina y allí permanecíamos atrapados. En aquellos tiempos había mucho trajín por las vías; se evacuaban fábricas enteras y se llevaban toda la maquinaria que tuvieran a la retaguardia para que no cayese en manos de los alemanes. Además había muchos refugiados como nosotros. Estas angustiosas paradas se nos hacían eternas.

El tren llevaba un vagón de carga donde estaban almacenadas las provisiones para alimentarnos. Toda nuestra comida provenía de conservas en latas o recipientes de cristal. Lo que más nos daban era carne, sobre todo lengua de vaca, y sardinas. También había toda clase de mermeladas, que mezclábamos con nieve para fabricar una especie de *mantecado*<sup>3</sup>. Con la mencionada comida recibíamos la ración de pan de centeno (de harina de centeno) que venía en moldes de dos kilogramos de peso. Para cortarlo se empleaba un hacha, porque el pan estaba congelado, y los trozos que resultaban del corte, al descongelarse se desmigaban y quedaban completamente secos.

Para beber nos daban tres vasos pequeños de agua al día, uno por cada comida. El agua lo teníamos racionado. Se guardaba en unas marmitas como las que se emplean para el transporte de la leche y tenían un candado en la tapa. Se llenaban cuando el tren se detenía en alguna estación, pues todas las estaciones tenían fuentes tanto de agua fría como de agua hervida caliente, para que el que quisiera llenase la tetera y, con té o leche condensada disfrutara de una bebida caliente. En los vagones donde viajaban los mayores, antes de la entrada al interior, tenían colocados y bien sujetos unos barriles de madera con tapa donde almacenaban el agua. Sólo cuando el tren estaba parado podíamos ir a por agua

<sup>3</sup> Era como nosotros llamábamos al helado.

allí. Cuando se acababa el agua recurriamos a la nieve; la derretíamos encima de la estufa de carbón que proporcionaba calor al interior del vagón. Al menos no pasábamos frío.

La estancia dentro del vagón día y noche se hacía muy aburrida. Gran parte del tiempo lo dedicábamos a matar piojos, nos comían vivos a todos. Los teníamos por todas partes: en las ropas, por la cabeza. Te hartabas de matarlos un día y al siguiente estabas lleno de ellos otra vez. Cuando el tren estaba parado colgábamos las ropas en el exterior, pensando que las temperaturas bajo cero matarían a esos asquerosos bichos.

A mediados de diciembre, y después de recorrer unos seiscientos kilómetros llegamos a la ciudad de Stalingrado, hoy Volgograd.

## 7. STALINGRADO

Nada más llegar, nos llevaron a los baños públicos para darnos un buen repaso y limpiarnos en condiciones. Después tuvimos un acontecimiento señalado: ¡fuimos a un comedor y nos dieron comida caliente!

Pasaron quince días hasta que pudimos disfrutar de otra comida caliente, cuando llegamos a Saratov.

## 8. SARATOV

Tras quince días más viajando, por fin el viaje tocó a su fin. Llegamos a Saratov el 1 de enero de 1.942, con un tiempo frío, lo habitual en esa época.

Nos condujeron directamente a los baños públicos, nos quitaron toda la ropa y la llevaron a desinfectar en cámaras de vapor a altas temperaturas. Después de la limpieza nos llevaron a unas escuelas públicas, un edificio muy grande donde quedamos instalados. A los pocos días de nuestra llegada, separaron a los más mayores del colectivo y los llevaron a unas escuelas profesionales donde estudiarían y aprenderían algún oficio. Allí nos quedamos algo más de trescientos niños.

El edificio era un antiguo liceo, un instituto de enseñanza de dos plantas y con un gran patio. La mitad del edificio lo destinaron a nuestro servicio y las aulas se convirtieron en dormitorios. Dormíamos a temperaturas bajo cero, pues el suelo se helaba después de fregarlo, por lo que sólo parábamos allí a la hora de dormir. En cada cama dormíamos dos: entrábamos cada por un lado y echábamos la manta y el colchón de la otra cama encima para dormir más calientes. Aunque el edificio tenía calefacción, sólo se calentaban las paredes, que era por donde pasaban los tubos. El fuego se hacía en el sótano, en una especie de estufa-horno de leña. La leña era muy mala en aquellos tiempos de guerra. La mayoría nos concentrábamos en un salón donde la temperatura era algo mayor. Cuando empezamos de nuevo las clases, no nos quitábamos ni los abrigos en las aulas por el frío que hacía.

La comida que nos daban no era como la de antes de la guerra, la calidad era menor pero al menos no faltaba. Nos daban una especie de alubias rojas cocidas con un sabor raro; luego supe que aquello era soja.

En nuestro tiempo libre salíamos a dar vueltas por los alrededores del colegio. Bajábamos por una cuesta que llevaba al río, donde estaban parte de los muelles de atraque para carga y descarga de los barcos. Cerca también estaba la estación de carga del ferrocarril, y solíamos acercarnos a ver si cargaban pipas de girasol. Las llevaban a una fábrica para elaborar aceite, y luego traían de vuelta desde la fábrica unas tabletas del producto sobrante después del prensado para la obtención del aceite. Hacíamos todo lo posible para conseguir pipas o las tabletas. Lo que más apreciábamos era la pasta prensada. Estaba

muy dura, y masticar un pedazo pequeño requería bastante tiempo. Pero así matábamos el hambre, que se hacía notar.

Cuando llego la primavera ya empezamos a pasarlo mejor. Cuando salíamos íbamos más lejos de casa, y jugábamos en el patio trasero de la escuela, al que daban las ventanas de un hospital militar con heridos traídos del frente. Charlábamos con ellos y se divertían viéndonos hacer trastadas.

Toda mi familia viajó junta hasta Saratov: mis tíos Ángel y Juan, los tres primos, José Luis, Amparo y Consuelo, y mi hermana María. Después, no les vi hasta que terminó la guerra en 1.946. La última vez que vi a mi tío Ángel fue cuando nos separaron al llegar a Saratov. Según me contaron posteriormente, sufrió alguna enfermedad pulmonar, lo trasladaron a un sanatorio pero allí falleció.

Cuando terminó el año escolar en el mes de mayo, nos trasladaron a las afueras de la ciudad, a quince kilómetros. El sitio era la parada del tranvía nº 15, *dacha nº 15<sup>1</sup>*. Había otra parada más, hasta donde llegaba el tranvía desde el centro de la ciudad y al que íbamos a robar manzanas. No pagábamos el viaje porque no teníamos dinero y al cobrador le entregábamos parte del botín. Cuando regresábamos, atisbábamos por las ventanillas a ver si estaba el vigía. Era el encargado de avisarnos de si en la estación estaba algún encargado del colegio, en cuyo caso teníamos que saltar del tranvía en marcha para no ser pillados. Una de estas veces en las que tuvimos que saltar del tranvía, pise un alambre de espino y me lo clavé en la parte posterior del pie izquierdo. La herida se infectó y estuve más de dos semanas sin poder salir de casa. Aún hoy conservo las secuelas de aquel percance.

La *dacha* nº 15 estaba compuesta por muchas casas. Eran construcciones de 3 alturas: planta baja, primera y ático. Dentro del complejo había también un comedor, un teatro al aire libre y dos lagos, uno dedicado a la pesca y otro para el baño y paseos en lancha. Estos complejos estaban destinados al descanso de los trabajadores de todas las instituciones del Estado, eran lugares ideados para pasar unas buenas vacaciones. Había montes, no muy altos, bosques y muchos frutales, y las partes más llanas estaban destinadas a huertos enormes con toda clase de hortalizas. Era a estos huertos a lo que nosotros prestábamos más atención, sobre todo a los pepinos y tomates, a los que dábamos buenos repasos. Como estaban vigilados por guardas, más de una vez teníamos que salir por patas, y aunque nunca nos pilló a ninguno, muchas veces teníamos que tirar lo robado para correr más ligeros y volvíamos con las manos vacías. Por aquel tiempo vino un destacamento de militares y montaron un campamento cerca de donde estábamos. Cercaron parte del bosque y en algunos lugares

<sup>1</sup> *En ruso, casa de campo.*

pusieron centinelas. Conseguimos llegar a un acuerdo con ellos: en caso de que nos persiguiera algún guarda, a nosotros nos dejarían pasar a la zona militar pero al guarda no. A cambio, les dábamos parte del botín del robo. Esta unidad iba a formar un batallón con destino al frente. Uno de los oficiales al mando tenía un gran parecido con un oficial cosaco de la caballería Roja, Vasili Ivánovich Chapáyev, héroe de la guerra Civil del 1.918 a 1.924, y cuyo rostro recordábamos haberlo visto en el cine y en los libros de texto. Hicimos amistad con aquel oficial, siempre le llamábamos *Chapáyev*, y le gustaba; siempre se mostró amable con nosotros. Le tratábamos con mucho respeto; nos ensañaba la pistola y decía que con ella mataría a los fascistas alemanes y que así pronto regresaríamos a nuestra España.

La estancia en la dacha nº 15 nos vino muy bien, fue un sanatorio donde mejoramos nuestra salud después del largo viaje hasta Saratov. La escasez de agua potable y tener que beber el agua de la nieve, que estaba negra (al recogerla cerca de las vías estaba manchada por carbonilla y hollines de las locomotoras), produjeron a la mayoría del colectivo graves problemas con el aparato digestivo, dándose muchos casos graves de disentería.

En Julio de 1.942 nos llevaron de la Dacha nº 15 al puerto del río Volga en Saratov y allí nos embarcaron. Fuimos río arriba unos 60 kilómetros hasta desembarcar en la pequeña ciudad de Marxtadt<sup>5</sup>. Después anduvimos 12 kilómetros por una carretera paralela al río y llegamos al pueblo de Orlovskoye.

<sup>5</sup> Hoy en día Marks o Marx.

## 9. ORLOVSKOYE

*Verano de 1942 - Verano de 1945.*

La población de Orlovskoye está en la carretera que une Engels, ciudad situada en la orilla opuesta a Saratov, con Balakovo. Era una población bastante larga, de unos 3 kilómetros de longitud. Tenía estación de maquinaria agrícola, era sede de dos koljoses o granjas colectivas, había una iglesia bastante grande, escuela y por supuesto muchas casas, algunas de piedra. También había herrería, una fábrica de quesos y el ayuntamiento.

La mayor sorpresa que recibimos al llegara a Orlovskoye fue encontrarnos con un grupo de niños españoles procedentes del colegio *Espanoles de Crimea* de Eupatoria, también llamada *Yevpatoria*. En total eran unos cincuenta chicos y chicas. No recuerdo cómo llegaron al pueblo, y eso que creo que lo contaron en más de una ocasión.

Así nos juntamos en Orlovskoye doscientos cincuenta niños más o menos. Los chicos fuimos alojados en una casa de tres habitaciones muy grandes donde dormíamos todos, una amplia entrada y en la segunda planta vivía la familia del director del colegio. También contaba con un gran patio donde estaban contruidos los graneros, los establos y los almacenes para el heno y enseres agrícolas. Las letrinas estaban al fondo de la vivienda. Las chicas fueron alojadas en otro edificio.

El colegio tenía una vasta extensión y estaba totalmente vallada. Dentro se encontraba un edificio principal destinado a oficinas, el comedor, la cocina, los sótanos donde se guardaban los alimentos para el invierno, las cuadras para los caballos, las de las vacas, los graneros, los pajares y el almacén general de comestibles del colegio, todo ello dispuesto alrededor de un gran patio. Algo más distanciado del edificio donde dormíamos se encontraba la enfermería.

Hasta empezar el curso escolar todo fue pasarlo bien y sin preocupaciones. Pasábamos el tiempo conociendo los lugares dentro y fuera de la población, nos bañábamos en el lago más cercano al pueblo (había dos). Y algunas veces bajábamos a bañarnos al río Volga que estaba a un kilómetro del pueblo.

En esta zona el Volga tenía una anchura considerable, cerca del kilómetro, pero no mucho fondo por lo que los barcos no podían pasar por esta parte del río. Lo hacían por detrás de la isla que partía el río en dos. Esta isla tenía una longitud de unos cinco kilómetros y bastante anchura, y estaba repleta de

árboles, que se cortaban en verano para leña y que retiraban en invierno con trineos, cuando el río se helaba. Más de un domingo en el invierno del 1.943 tuvimos que ir hasta allí a por un tronco de leña, o a un bosque que estaba a cuatro kilómetros. Si no, no nos daban de comer, esa era la tarea del día. Luego, a los que les tocaba el turno, tenían que cortarla para poder quemarla en las estufas. A últimos de verano íbamos a las afueras del pueblo a cortar unas hierbas parecidas al cenizo que tenían más de un metro de altura. Se ataban en haces y se transportaban a los pajares en los carros que llevaban heno o paja, para quemarlas también durante el invierno en las estufas.

En septiembre del 42 empezamos el curso escolar, el tercer grado. Impartían las asignaturas en castellano, salvo gramática de la lengua rusa. Los libros de texto estaban en español, traducidos del ruso ex profeso para los colegios de niños españoles. En los siguientes cinco cursos, de cuarto a octavo, todas las asignaturas se impartieron en ruso, y como idioma extranjero teníamos el español, gramática y literatura en castellano, dadas por maestros españoles. En Orlovskoye hice tres cursos: tercero, cuarto y quinto, este último lo terminé con sobresaliente en todas las asignaturas. Algunos días de invierno, las clases se quedaban tan frías que se helaba la tinta de los tinteros que teníamos en los pupitres.

Durante el periodo que duraba el curso escolar, de septiembre a mayo, el mayor tiempo lo dedicábamos al estudio. Los domingos casi siempre realizábamos algún trabajo: barrer los patios, corta leña para la cocina y las estufas de los dormitorios o limpiar la nieve de patios y caminos de acceso a las escuelas y demás edificios pertenecientes al colegio, que no eran pocos. Sólo algunos domingos del invierno del 42 al 43 tuvimos que ir a buscar leña al bosque; los dos años siguientes se trajo mediante trineos tirados por caballos, pues el colegio tenía una cuadra con diez caballos y personal para ese trabajo. Había otros trabajos que se designaban por turnos y que se hacían en grupo, como los ayudantes de cocina; consistía en pelar patatas, cortar leña para la cocina, traer agua desde el lago con un carro con un barril de madera encima y el servicio de comedor. El servicio de cocina no era malo, pues ese día comías algo más que el resto de tus compañeros. Además robábamos patatas pequeñas, que luego asábamos en la estufa del dormitorio, entre el fuego de los carbones; el fuego se cuidaba para este fin hasta la llegada del grupo de servicio de comedor. Luego, dejábamos el tiro de salida de humos de la chimenea algo abierto para que el olor de las patatas asadas no saliese por la puerta de la estufa a la habitación y nos delatara de lo que estábamos haciendo, y evitar así el castigo correspondiente.

En la entrada de la casa estaba el cuarto de aseo. El lavabo era una especie de canalón de cuyo fondo salían unas varillas, separadas entre si unos veinte

centímetros; había que golpearlas hacia arriba para que saliese el agua, caía a un pesebre y desaguaba en un cubo, que luego había que vaciar en el pozo de las letrinas. Aunque cada uno se hacía su cama, la limpieza de las habitaciones y demás locales comunes era por turnos.

Tan sólo la estación de maquinaria agrícola tenía luz eléctrica, hasta principios de 1.945 no se instaló en el resto del pueblo. Por ese motivo apenas veíamos cine. Sólo en el verano de 1.944 fuimos a Marxtadt a ver la película *El ladrón de Bagdad*, para lo que tuvimos que recorrer 24 kilómetros andando. Nadie se apuntó nunca más para ir al cine después de semejante caminata. En algunas ocasiones, muy pocas, vimos cine gracias a la corriente que proporcionaba un generador de motor de gasolina.

Durante los años que duró la guerra nunca nos faltó la comida. Teníamos tres comidas al día, y como no era todo lo que el cuerpo nos pedía, buscábamos por todas partes algo más para comer. La peor época era el invierno y la primavera. Sólo podíamos robar de los graneros o en la iglesia, que servía de granero para las semillas de siembra. La iglesia era muy grande, estaba repleta de semillas de girasol, trigo, cebada, guisantes, etc. Al encargado de la iglesia-almacén le apodamos *El Cura*, y a veces nos buscaba para que hiciéramos trabajos de limpieza de las semillas antes de la siembra. El pago era llenarnos los bolsillos de los pantalones con todo lo que teníamos al alcance.

En verano y otoño quitábamos el hambre robando en nuestros campos y en los de los koljoses: melones, sandías, pepinos, tomates, tortas de girasoles con sus pipas, panochas de maíz.... Para asar las patatas, el maíz o tostar las pipas, teníamos que hacer fuego y nos alejábamos lo más lejos posible del colegio para evitar que alguien viera el humo y nos delatara. No queríamos pagar las consecuencias de un castigo seguro.

Los encargados del cuidado de los caballos eran dos muchachos españoles: un tal Paulino y otro, de apellido Soto, que era manco. Eran unos cabrones y unos chivatos. Para no tener que limpiar ellos la cuadra, montaban a caballo y recorrían la zona en busca de algún lugar donde saliese humo: sabían que allí encontrarían a los que les harían el trabajo. Si nos negábamos a limpiar la cuadra se chivaban al director y tenías que presentarte ante él. Si no te presentabas, no te daban de comer hasta que acudieses a la cita. Pero si ibas, ya sabías el motivo de la comparecencia antes de que te preguntase, te daba un buen par de bofetones. Era mejor quedarse sin comer aquel día. Si alguno estaba castigado sin comida, el resto del grupo contribuía con parte de su ración, para que el castigado no se quedase sin comer. Uno de los hijos del director que tenía nuestra edad, también se chivaba a su padre de las fechorías que hacíamos. A él sí le

pegamos alguna paliza que otra dentro del portal de su propia casa, a oscuras, al anochecer, para que no supiera quien había sido.

El colegio tenía asignadas unas tierras a 4 kilómetros del pueblo para sembrar y plantar toda clase de productos agrícolas para su consumo. A mediados de mayo preparábamos la tierra para plantar la huerta. Aunque la mayor parte de las tierras las araban con los caballos, otra parte la teníamos que cavar con palas. Cada uno teníamos una pala y una azada, que llevábamos hasta el campo para hacer la tarea diaria. Nos ponían en fila a todos y con una horquilla de madera de un metro de anchura y forma de compás, marcaban la anchura de la tierra que teníamos que cavar. Podían ser 30 ó 40 metros, según el terreno. Esta tarea la teníamos que terminar por la mañana, porque sino no nos llevaban a comer. Y por eso el que terminaba antes, ayudaba a los más rezagados. La huerta nos daba buenas cosechas de tomates, pepinos, patatas, calabazas, sandías, melones, maíz, guisantes, berzas y otras hortalizas, y también semillas de girasol para hacer aceite.

Además de caballos, había vacas lecheras y se criaban unos pocos cerdos, a los que llevábamos a pastar a las orillas de los lagos. Comían las raíces de los juncos mientras nosotros tomábamos el sol y nos bañábamos.

Todos los años, antes de que espigase la mies, nos llevaban a la estepa a limpiar los campos de trigo de las malas hierbas que crecían en ellos. Situada a 15 kilómetros del pueblo, disponía de barracones, cuadras y graneros, ya que en la época de siega del heno algunos pasaban varias semanas allí haciendo esa tarea. A estos lugares los denominaban brigadas. Aquí nos quedábamos unas dos semanas, arrancando hierbas por la mañana y por la tarde. Dormíamos en el suelo de los barracones, sobre colchones llenos de paja. Había muchas ratas. Corrían y amaban mucho ruido por las noches, y mordieron a más de uno. Por el miedo a los bichos, algunos nos marchamos a dormir a la calle debajo de los carros.

La comida del mediodía la preparaban en un puchero grande, era plato único. Para hacer el fuego se utilizaba paja de trigo porque allí no teníamos leña, y se hacía muy aburrido estar metiendo paja constantemente para mantener el fuego. El agua lo traíamos de una charca. Estaba limpia, y además llena de cangrejos que sacábamos de los agujeros donde se escondían con un palo atado a la punta un trapo para después comerlos cocidos.

A las brigadas volvíamos cuando empezaba la cosecha de la mies. La cosecha se realizaba con máquinas cosechadoras arrastradas por tractores orugas. Nosotros transportábamos con los carros el trigo de la cosechadora a la era. Para ello, la brigada disponía de caballos, bueyes e incluso algún camello.

Dos veces por semana, al atardecer, se cargaba un carro con trigo y se bajaba hasta el pueblo. Allí se descargaba el grano, dábamos de beber y una ración de pienso al caballo, le trabábamos las patas delanteras con una cuerda y lo dejábamos pastando toda la noche cerca del colegio; el carretero dormía en el colegio. Por la mañana temprano había que ocuparse del caballo, lo aparejabas al carro, bajabas a la huerta para cargar sandías, melones, tomates, pepinos y todo lo que correspondía a la dieta diaria, pasabas por el almacén del colegio a recoger el resto de la comida que nos pertenecía y el pan para los días de estancia en la estepa, y otra vez a cubrir los 15km de marcha hasta llegar a la brigada y vuelta a empezar.

Parte del verano de 1.944 nos mandaron a un grupo a trabajar a un Sovjós<sup>6</sup>, una granja agrícola perteneciente a una fábrica de Saratov. Allí nos dedicamos más al cultivo de hortalizas y a todo relacionado con la huerta. Nos trataban mucho mejor que en la brigada y comíamos mejor y más abundantemente. El peor trabajo que hicimos fueron una especie de adobes de estiércol de vaca y caballo mezclado con paja cortada. Se extendía el estiércol, se echaba encima la paja cortada, todo en una capa de unos 30 centímetros, y después dos caballos pisaban ese puré bastante tiempo hasta que se mezclaba lo mejor posible. Después había que rellenar unos moldes, apretando y rasando la mezcla. Una vez estaban bien cubiertos, se desmoldaba y se extendían los adobes uno tras otro en el suelo para que se secaran. Estos bloques secos se guardaban para hacer fuego en las estufas durante el invierno. Si la masa estaba muy seca había que regarla, y aquel día te ponías de mierda hasta las orejas. Aunque luego nos dábamos un buen baño, el olor parecía que lo llevabas dentro.

El colegio disponía de una casa de baños con sauna. Los sábados acudíamos a estos baños a quitarnos la mugre acumulada durante toda la semana. Nos cambiaban de ropa de arriba abajo: camisa, pantalón, camiseta, calzoncillo y calcetines, y este día también nos cambiaban la ropa de la cama. La ropa de cada uno estaba numerada. El aseo era muy importante, no teníamos piojos, pero aparecieron chinches en las habitaciones. Por este motivo se cambiaba la paja o el heno de los colchones más a menudo y se untaban con petróleo las tablas de madera que nos servían de somier y los hierros de las camas. Esta limpieza se hacía en la calle y la paja vieja se quemaba.

El colegio tenía médico propio, un español: Amadeo Husón. Era la mejor persona y la más querida de todo el colegio. Nos cuidaba muchísimo y miraba por la salud de todos con mucho cariño y esmero, y con una gran profesionalidad. Todos los años por la primavera nos ponía vacunas contra alguna enfermedad: la primera semana una inyección con 1 cm<sup>3</sup>, la siguiente con 2 y

<sup>6</sup> *Explotaciones agrícolas que no tenían carácter cooperativo (koljós), sino que dependían directamente del Estado.*

la tercera con 3 cm<sup>3</sup> del líquido correspondiente. Estas vacunas nos dejaban la espalda dormida, y no podías levantar los brazos durante esa semana, causaban mucho dolor. Si alguno enfermaba, era llevado a la enfermería y quedaba aislado del resto. Sólo estuve una vez ingresado, por desarreglos en las tripas al comer algo que me hizo mal.

Enfrente de la enfermería, pasando la calle, había un colegio de niños rusos huérfanos de la guerra. En los primeros tiempos no nos llevábamos muy bien con ellos y había muchas peleas. Se organizaban en la calle: ellos salían, abriendo el portalón del patio y salían hasta la mitad de la calle, donde los nuestros les esperaban. Al momento empezaba la pelea, empleando manos y palos. Cuando ganaban los nuestros (éramos muchos más), volvían al interior de su patio con una buena paliza recibida, mientras los enfermos mirábamos el combate desde las ventanas de la enfermería. Posteriormente mejoraron las relaciones, íbamos a la misma escuela y todos conseguimos vivir en paz.

A finales del invierno del 44, hubo una epidemia de tifus, y como sólo quedamos en pie cuatro o cinco chavales de todo el colegio, nos tocó atender al resto. También algunos sufrieron fiebres a causa de la malaria, y eso que nos daban pastillas de quinina, de color amarillo y sabor muy amargo que había que tragarse envueltas en masa de pan para evitar el amargor.

Como he dicho antes, cerca del pueblo había dos lagos. Siempre estaban llenos de agua porque durante la época del deshielo el río Volga se desbordaba e inundaba grandes extensiones. Todas las riveras quedaban anegadas, lagos y bosques quedaban cubiertos de agua, parecía el mar. El deshielo del río es un espectáculo digno de ver: bajan grandes pedazos de hielo en el agua, chocan y se montan unos encima de otros, producen mucho estruendo. Cuando el agua se retira y empieza a hacer más calor, aparecen millones de mosquitos, tábanos y moscas. Y como todos pican y contagian enfermedades, entre ellas la malaria, el doctor nos premiaba con bolitas de vitaminas para cada tipo mosquito que tenía pegado en hojas de papel: cuantos más mosquitos había pegados, más vitaminas. No recuerdo que durante la estancia en pueblo de Orlovskoye falleciera nadie del colegio.

El 9 de mayo de 1.945 terminó la guerra y se celebró una gran fiesta. Para nosotros la fiesta era un día con comida especial. Sólo en algunas fiestas como Año Nuevo, el primero de Mayo o el día de la Revolución de Octubre nos dieron postre: una especie de bizcocho que se llamaba *kux* o *kuj*<sup>7</sup>, y que hacían siguiendo una receta de los colonos alemanes que habían vivido en éste y otros pueblos de la zona desde los tiempos de los zares (los trajo la zarina *Ekaterina*, Catalina II la grande, para poblar esas tierras vírgenes). Cuando el

<sup>7</sup> *Küchen* en alemán significa pastel.

ejército alemán avanzó cerca de Stalingrado, fueron desterrados a la retaguardia por miedo a sabotajes de la población contra ellos. Tenían mejores casas, todo lo construido llevaba un orden planificado. Se veía que había sido gente organizada y trabajadora, en comparación con otros pueblos de rusos que he visto posteriormente.

La luz eléctrica la vivimos como una de las mejores cosas. Durante tres años nos alumbrábamos con lámparas echas en una especie de platillo, con un una raja de patata, una cinta a modo de mecha y aceite de girasol mezclado con petróleo. La mezcla era para evitar que el aceite se lo comiera alguien, cosa que al principio ocurría a menudo. En ocasiones desaparecía hasta la patata.

Para tostar trigo o hacer palomitas de maíz, empleábamos una chapa de hojalata, doblando las partes exteriores hacia arriba para formar así una bandeja con bordes. Para hacer el fuego empleábamos mecha y un trozo de lima. Golpeábamos una piedra especial que se encontraban en las orillas del río hasta que salían chispas y prendía la mecha previamente colocada sobre carbones de leña que siempre guardábamos en botes de conservas para tenerlos secos y listos para el fuego.

Tuvimos mucha suerte de pasar los años de la guerra en este pueblo, quitamos mucha hambre allí con lo que robábamos en los campos. En la ciudad hubiese sido distinto.

La estepa en aquel lugar era generosa. Son buenas tierras, las llaman *negras*. Daban buenas cosechas de todo lo que se sembraba. En invierno la nieve era abundante, se acumulaban más de 60 ó 70 centímetros de espesor que proporcionaba humedad al campo. Aunque los inviernos eran bastante fríos, sobre todo por el viento, los veranos eran fabulosos, con muy buenas temperaturas, y tan sólo dos o tres tormentas de verano, las justas para que la huerta diera buenos melones, sandías, tomates y todo aquello que se sembraba.

La mayoría de los habitantes del pueblo nos tenían cariño. Nosotros respetábamos la propiedad individual, no robábamos ni en las casas ni en sus huertos, era sagrado. En la primavera ayudábamos a muchos de los lugareños a cavar la huerta que tenían junto a su casa. Sus hijos venían a nuestra misma escuela y eran nuestros amigos, y más de uno tenía al padre en el frente. La señora de la casa no sabía como agradecerémoslo y nos daba un puñado de pipas. Nosotros nunca pedíamos nada, pues ellos tampoco tenían mucho que ofrecer en esos años.

A últimos de junio de 1.945 subieron por el río una gabarra y metieron gran parte de nuestras pertenencias. Nos embarcaron a todos y nos llevaron

río abajo hasta la ciudad de Marxtadt. Todo el pueblo vino a despedirnos al embarcadero. Lloraban con tal sentimiento que parecía que eran sus propios hijos los que se marchaban. En muchas ocasiones nos habíamos portado como verdaderos demonios, pero era cuestión de supervivencia. Las veces que nos habrán llamado *Chort*, diablo en ruso. Pero como se vio el día de nuestra marcha, nos habíamos ganado su cariño. Los rusos tienen un alma grande y noble. Se compadecen y son muy afectivos con las desgracias ajenas, incluso aunque las suyas sean mayores.

Antes de dar por cerrada esta etapa en Orlovskoye, quiero contar algunos otros recuerdos de mi paso por este lugar.

Los encargados de la cuadra de los caballos fueron a parar a la cárcel después de que les pillaran robando en el almacén general. Entraban por el techo, por un hueco que habían hecho en el pajar y que camuflaban con el heno que allí se guardaba allí. El pajar era común para el almacén, las cuadras de los caballos y las vacas. Desde la cárcel nos pedían que les mandáramos tabaco, pero no creo que ninguno de nosotros se compadeciera de ellos. Habían sido unos abusones y unos chivatos. Todavía recuerdo cuando gracias a uno de sus chivatazos un chaval apellidado Serrano tuvo que ir a limpiar la cuadra y sin querer rozó a un caballo. El caballo se molestó y le arreó una coz en la cara que le mandó al suelo. El pobre salió al patio llorando y apretándose el papo con la mano sin dejar de repetir: ¡Ay, ya no podré comer más, ya no podré comer más!

La carretera que pasaba por la mitad del pueblo era de tierra y sólo se podía transitar por ella o en invierno cuando estaba toda helada, o en verano que estaba seca. Como había muchos baches, cada vez que pasaba algún camión se levantaba una polvareda tremenda. Cuando se derretía la nieve en la primavera, la carretera parecía un lodazal y era casi imposible transitar por ella. En el otoño el lodazal era algo menor; llovía poco y además, pronto aparecían las heladas con lo que el barro quedaba seco. En el pueblo no plantaban tabaco y además estaba racionado, por lo que teníamos que agenciarnos de los camiones que lo transportaban y pasaban por el pueblo. Debido a la mala situación de la calzada, los camiones circulaban bastante lento y nos encaramábamos a la parte trasera para coger las plantas que llevaban apiladas, las tirábamos fuera y recogíamos rápidamente nuestro botín para esconderlos en los pajares. Después lo repartíamos entre los mayores que nos atendían, pero sólo a los que eran buenos con nosotros, porque nosotros no fumábamos.

Cuando terminó la guerra, los maestros, la dirección y el personal adulto del colegio celebraron una cena en la escuela para festejarlo y trajeron dos barricas de cerveza. A la mañana siguiente un chaval inclinó unos de los barri-

les, introdujo una pajita y se bebió todo lo que quedaba de cerveza. Cogió una borrachera tremenda y todos nos asustamos mucho al ver lo que le pasaba.

Otro acontecimiento destacado, y desagradable para nosotros, fue la llegada de un subdirector al colegio. Era un oficial de carros de combate. Tenía la cara y las manos quemadas, el tanque que mandaba fue alcanzado por un proyectil alemán y se incendió. Sus secuelas eran tremendas, apenas podía doblar los dedos de las manos y los brazos parecían siempre tiesos. Tenía mal carácter, supongo que por esas circunstancias, pero además era muy autoritario con nosotros y abusaba de su poder. Cuando nos encontrábamos con una persona mayor saludábamos con un *buenos días* o *buenas tardes*. Con él, además de saludarle, había que quitarse el gorro y hacer una inclinación, lo que nos parecía humillante. Lo cierto es que no gozaba de ninguna simpatía entre nosotros, y siempre que podíamos esquivábamos el encuentro. Viajó con el colegio a nuestra marcha de Orlovskoye y estuvo con nosotros hasta el año 1.946, cuando le destinaron a otro lugar. Todos nos quedamos contentos con su marcha.

#### VIAJE EN BARCO POR EL VOLGA

De la gabarra que nos llevo a Marxtadt pasamos a un barco de pasajeros llamado *Lomonosov*, en honor a un científico ruso de la época de los zares. Este barco era el segundo más grande de todos los barcos de pasajeros que navegaban por el Volga. Había camarotes de primera, segunda y tercera categoría. Las palas de propulsión eran dos grandes ruedas adosadas en los costados y situadas casi en el centro del barco. Era el orgullo de la flota del río. A los que terminamos el quinto grado de escuela con notas sobresalientes nos alojaron en camarotes de primera como premio a los estudios. Disfrutamos mucho viendo los paisajes y las orillas de ese gran río.

## 10. GORKI

Una de las paradas que efectuó el barco fue en la ciudad de Gorki, nombre dado en honor al gran escritor ruso Máximo Gorki. Bajamos del barco y nos llevaron de excursión a ver la ciudad.

Sobre todo recuerdo la casa-museo de Gorki, donde vivió con sus abuelos. Estaba en lo alto de la orilla y desde allí se divisaba bien el río y la ciudad. Era una casa hecha con troncos de madera, no muy grande; tenía un patio en el que adosada a una pared, había una cruz de madera bastante grande y que solía transportar en las procesiones de Semana Santa un gitano, criado de la abuela de Gorki. Dentro de la casa había muchos objetos y libros, y recuerdo un samovar, el recipiente donde se hierve el agua para hacer té, que algún personaje de la corte del zar regalaría a la abuela. Era plateado y tenía adornos dorados, era muy bonito.

## 11. KOSTROMA

Otra de las paradas fue la ciudad de Kostroma, donde visitamos un monasterio-fortaleza (también es catedral) muy antiguo. Durante la guerra lo convirtieron en archivo y los suelos estaban cubiertos de libros, pergaminos y demás trastos traídos de las bibliotecas de las zonas que ocuparon las tropas alemanas. Algunos chavales robaron unas cuantas hojas de papel de pergamino, que posteriormente sirvieron para hacer cartas de la baraja española. En el colegio había chavales que tenían buena mano y talento para el dibujo y la pintura y ellos se encargaron de dibujar la baraja. Los mayores nos enseñaron los juegos: tute, brisca, siete y media... Jugábamos a escondidas porque lo teníamos prohibido.

## 12. MOSCÚ

Después de 13 días navegando por el Volga entramos en el canal que une el mismo con la capital rusa. El canal tiene muchas esclusas para salvar los desniveles existentes entre el río y el puerto de Moscú. En aquellos tiempos los barcos que navegaban por el canal no podían desaguar ningún residuo de aguas fecales y basuras al canal; se almacenaba todo en recipientes que luego llevaban a tierra para deshacerse de ellos.

Desde el puerto tomamos un tren que nos llevó a las afueras de la capital. El viaje duró bastante tiempo, fue un recorrido más de 30 kilómetros hasta que llegamos a la estación de Najabino.

## 13. NAJABINO

*Verano de 1.945 - Verano de 1.947.*

La estación de Najabino está en la línea que une Moscú con Volokolansk, en dirección a Riga, y la línea férrea estaba electrificada hasta esta parada, cuyo pueblo llevaba el mismo nombre. Era una localidad no muy importante, destinada sobre todo como zona de veraneo. Había muchas dachas con sus huertos, campos de remolacha, patatas, centeno...

Hasta aquí llegaron las tropas del ejército alemán a últimos del otoño de 1.941, pero no pasaron ni un metro más hacia la capital. Cerca de Volokolamsk se libraron feroces batallas contra los tanques alemanes, con actos heroicos para impedir su avance: la gente se arrojaban debajo de las orugas con explosivos amarrados a su cuerpo.

A Najabino íbamos a bañarnos muchas veces en verano. Había una presa preparada como zona para el baño y para deportes de agua, con trampolines, etc. La presa se encontraba en un valle y en los altos habían construido una línea de fortificaciones debajo de la tierra, con miras a la defensa de la carretera. Visitábamos todos los cuartos y pasillos de aquel entramado alumbrándonos con papeles prendidos a modo de antorchas.

Íbamos a la estación, el punto de salida para viajar a Moscú, a descargar ladrillos de turba para la calefacción y carbón de hulla para la cocina del colegio, que llegaba en vagones de 30 toneladas. El colegio estaba a tres kilómetros de Najabino, y para llegar desde la estación teníamos que salir a la carretera general, después seguíamos por una carretera adoquinada bordeada por abedules, y tras dos kilómetros de marcha, se llegaba al portalón de entrada de la finca del colegio. La finca, cuyo nombre no recuerdo, estaba muy cerca de un pueblo pequeño de aspecto pobre, seguramente el lugar de residencia de los criados de la mansión donde nos alojábamos. Según nos contaron, esta gran finca y todas las construcciones, que eran muchas, pertenecieron a un magnate moscovita de la industria textil, al que después de la Revolución Bolchevique el gobierno despojó de todos sus bienes y propiedades a favor del pueblo. Antes de la guerra de 1941 no sé a qué estaba destinado.

Para hacernos una idea de cómo vivían los ricachones antes de 1.917 frente a la gran pobreza de la mayoría del pueblo, voy a describir cómo era esta mansión. Desde la carretera adoquinada se llegaba a la verja de entrada, se continuaba por una calle principal, como una avenida, con grandes árboles y

con la calzada pavimentada también con adoquines, y que terminaba frente al edificio principal situado al fondo de la finca. Este edificio era la construcción más grande de todas las que había. Todos los niños fuimos alojados en él. Estaba construida en piedra de cantera, con amplias ventanas, suelos de parquet, techos decorados con escayola, calefacción central, tejado de zinc. Todo al detalle. Desde una amplia entrada y a través de grandes pasillos, el interior se distribuía en muchas habitaciones, grandes y pequeñas: dormitorios, salón, salón de actos, lavabos... En la parte baja, en el semisótano, estaba ubicado el comedor, la cocina y la bodega, donde se guardaban las patatas y demás productos de consumo para el invierno.

Otros edificios de la finca los destinaron a las oficinas, la escuela, la enfermería y las viviendas para el director, el médico, los maestros y demás trabajadores al servicio del colegio, ¡parecía un pueblo! Aunque había tenido una central eléctrica propia, de la que se conservaba la maquinaria vieja, el recinto se usaba en aquel entonces como cuadra y pajar para los caballos.

Por uno de los lados de la finca pasaba un pequeño río. Los dueños de la finca construyeron una presa y crearon una isla en el centro. Durante la guerra la presa fue dinamitada y después no se volvió a construir. La isla quedó en el centro del río intacta, con sus árboles, pascos, bancos de piedra y algunas estatuas de diosas griegas, pero todo estaba abandonado y lleno de maleza.

La vida en Najabino era buena. Los trabajos no eran demasiados: limpieza del parque de la finca, descarga de combustible para la cocina y calefacción, y limpieza de habitaciones. En otoño todo el colegio iba a la recogida de la patata. No nos pagaban con dinero: recogíamos diez sacos de patatas y el undécimo era para el centro. En esa época también nos mandaban al bosque a por setas para unas cooperativas de consumo. Nos daban unas cestas de mimbre para recoger y transportar las setas hasta el almacén de entrega. Allí nos explicaban qué setas eran malas y cuáles no; se recolectaban todo tipo de setas y en el almacén las clasificaban para su comercialización. A cambio nos daban mantequilla o cualquier otra cosa comestible. Posteriormente, cuando estudiaba en Moscú, vi que vendían setas preparadas en una especie de salmuera y en barricas de madera, a las que no había más que aliñarlas y ya estaban listas para comer. En Rusia la gente es muy aficionada a todo lo relacionado con las setas.

Algunos días de otoño en los que no teníamos nada que hacer después de comer, nos juntábamos unos cuantos y robábamos en el campo un cubo de patatas para asar después en el bosque. Como mejor saben las patatas asadas es echándolas entre la ceniza y carbones encendidos de una hoguera echada con leña. Aunque este procedimiento es un poco largo: primero hay que hacer

fuego, esperar que se queme la leña, enterrar las patatas en la ceniza caliente, tapar con ascuas y carbones encendidos, y esperar el tiempo de asado. Nosotros para reducir el tiempo empleábamos otra fórmula: lavábamos las patatas con agua para quitarles la tierra, las colocábamos dentro de un cubo de chapa y lo volcábamos encima de una chapa que se colocaba sobre la tierra. Luego se cubría todo con bastante leña y se le prendía fuego; cuando se había quemado, se golpeaba el cubo con un palo, y si el cubo sonaba a vacío, las patatas estaban echadas y listas para comer. Las patatas que estaban pegando a la chapa del cubo salían más tostadas, las del centro parecían como si estuviesen cocidas.

Durante los dos años que estuvimos aquí mejoró muchísimo la alimentación. Al desayuno incorporaron mantequilla, natillas, arroz con leche, requesón. La vida fue a mejor. Algunas veces nos castigaban a todos sin mantequilla en el desayuno, normalmente cuando alguno había hecho alguna fechoría o daño en los frutales de la aldea. Como nunca salía el culpable, pagábamos todos, y durante una o dos semanas no veníamos el “unte”. Aguantábamos el castigo, no había chivatos entre nosotros. Para descubrir al culpable de la trastada, nos formaban a todos en fila, y el aldeano o demandante pasaba delante de cada uno, se paraba, te miraba fijamente a la cara y decía “*éste no ha sido*”. Y así, uno por uno, toda la fila. Pero no encontraba al culpable y decía “*¡Todos son parecidos!*”. Era muy difícil distinguir de lejos a uno de otro, pues todos vestíamos la misma ropa y teníamos el pelo cortado exactamente igual: al cero. Como compensación al aldeano perjudicado le daban la mantequilla.

Al poco tiempo de la llegada tuvimos que adecentar el solar de la finca y los alrededores limpiándolo de maleza, tapando las zanjas de las trincheras y derribando muchas de las chabolas construidas para la defensa de Moscú durante el avance alemán del 41. En algunas de estas chabolas en ruinas encontramos munición de guerra, balas de fusil, granadas de mano, pastillas de dinamita, minas antitanques, bayonetas y hasta algún fusil. Nunca encontramos pistolas o revólveres. Quemábamos la maleza y siempre algún gracioso echaba alguna pieza explosiva al fuego, aunque nos avisaba para que nos resguardásemos mientras esperábamos a ver qué efecto hacía la explosión. Al final, para evitar que ocurriese alguna desgracia, el colegio solicitó que vinieran militares. Trajeron detectores de minas con los que rastreaban cada palmo de tierra y todo lo que encontraban lo llevaban por la noche al cuartel. Uno de aquellos soldados tuvo un descuido y le explotó un detonador en las manos mientras lo manipulaba. Se lo llevaron herido, con daños en la cara. Nos apenó mucho este percance, en parte nos considerábamos culpables del accidente.

Por aquellos tiempos había mucha rivalidad entre los chavales de los pueblos limítrofes y se organizaban frecuentes peleas entre ellos. Algunos de los nuestros se asociaban y participaban en las peleas, a favor de nuestro pueblo

y de los de la estación de Najabino contra los chavales de un pueblo vecino a cuatro kilómetros, al que solíamos ir a cortarnos el pelo en grupos de veinte o treinta chavales.

En este pueblo estaba el cine y a él acudíamos todo el colegio al completo. A las proyecciones también acudían niños rusos, y mientras esperábamos para entrar, los rusos enviaban a uno de los suyos, de los más pequeños, a insultarnos. Como no lo consentíamos, el enviado cobraba unos cuantos golpes y volvía a su grupo llorando y diciendo que le habíamos pegado. Y el pegar a un niño pequeño servía de pretexto para armar la bronca. Por las peleas de la calle no pasaba nada, lo malo era que se prolongaban dentro, una vez apagada la luz y con la proyección empezada. Así, la dirección del cine determino no juntarnos más, y a partir de entonces veíamos las películas solos. De todas formas poco duró eso de ir a ver cine al pueblo, pues el Ministerio del Ejército, la división de zapadores, apadrinó al colegio y nos regaló una máquina de proyecciones de 16 mm.

Las películas se iban a buscar a Moscú. El colegio daba un salvoconducto al que le tocara ir a buscarlas y dinero para el viaje. Siempre íbamos en pareja, y alegando y presentando el documento de que éramos del colegio de huérfanos de niños españoles no pagábamos el tren, y gastábamos el dinero en mantecados.

Cuando íbamos a la peluquería y cruzábamos las calles del pueblo, a veces nos cruzábamos con los chicos rusos. Si no nos decían nada, continuábamos tranquilamente nuestro camino. Pero si alguno nos insultaba, le perseguíamos hasta que le dábamos alcance y le zurrábamos. Y si se escondía en alguna casa, ésta se quedaba sin varios cristales de las ventanas. Servía de escarmiento para que no volviessen a meterse en nuestro camino.

En Septiembre del 1.945 empezamos el curso escolar. Ese año cursaba el sexto curso. Días antes del comienzo de las clases, a todos los que habíamos terminado el curso anterior con las mejores notas, nos llevaron de excursión a Moscú en un autobús militar. Primero visitamos una exposición instalada en el parque Máximo Gorki sobre maquinaria y armamento capturado al Ejército alemán durante la guerra. Ocupaba toda una avenida del parque y varios pabellones. Se exponían aviones, tanques, cañones de todos los calibres, maquinaria de transporte, armas de toda clase, ropa, mapas, documentos... Era muy interesante ver todo el material que Alemania empleó contra la URSS. Pero esta exposición duró poco tiempo; le llovieron muchas críticas porque decían que alababa el poderío alemán.

En el parque también había atracciones y nos montaron en varias de ellas. Después nos dieron bien de comer y visitamos al Mariscal de los zapadores en su despacho del Ministerio del Ejército. A todos nos regaló una linterna militar, cuya luz hacía tres colores según se superponían los cristales en el foco de salida. De regreso a casa en el autobús todos jugábamos con las linternas, enfocando el techo con la luz, lo que molestaba al conductor y nos llamaba al orden continuamente. Fue un día señalado para todos.

A los dos meses de empezar la escuela enfermé y estuve recluido en la enfermería hasta mediados de febrero, casi cuatro meses. En verano había sufrido fiebres de la malaria y contraí fiebres tifoideas, que la gran mayoría ya había padecido y de las que creía haberme librado. No pude recuperar lo atrasado y ese año repetí curso.

Llegó el año nuevo de 1.946 y yo seguía en la enfermería. Eran los días de vacaciones de invierno y enviaron al colegio invitaciones para la fiesta de año nuevo que tenía lugar en el Palacio Central de Sindicatos de Moscú. Todo el colegio fue a la fiesta: había cine, teatro, juegos, concurso de pintura y muchas otras atracciones, todas dentro del Palacio. A la hora de salir, presentando la invitación, recibías una bolsa con caramelos, chokolatinas y galletas. Mi regalo me lo trajo mi hermana, pues cada uno tenía su invitación y ella presentó la mía. Ese Palacio lo visite el invierno del 1.947 en las mismas fechas.

Durante la estancia en Najabino nos llevaban a muchas excursiones culturales, a la capital y a otros lugares, algo que siempre me ha gustado. Visitamos la Plaza Roja, el Mausoleo de Lenin, el Museo de Historia y la filial del Teatro de la Ópera, donde estaban representando *Demon*, demonio. Recuerdo que los decorados eran fabulosos, pero por lo demás no me gustó porque no entendía nada de lo que cantaban. También visitamos la Galería de Pintura Tretyakov y algunos antiguos monasterios, en uno de los cuales tenían celdas de castigo donde el reo solo podía estar de pie. Siempre se recuerdan estas cabronadas.

La educación que recibíamos era bastante buena, y los profesores eran gente preparada. Recuerdo especialmente las clases de Historia que nos impartía Irina Kitai, una mujer de origen judío, muy guapa y excelente persona. Sólo teníamos clase por la mañana. Las tardes las dedicábamos a hacer los deberes escolares, y no podías salir sin haberlos terminado, estaba todo controlado.

A mediados de la primavera ya empezábamos a bañarnos en el río o en la presa de Najabino, pero como se perdía mucho tiempo en llegar hasta allí, estaba lejos, decidimos taponar el río con dos hileras de troncos y ramas entrelazadas, y rellenamos el resto con césped, tierra y piedras. Construimos así una presa para levantar el nivel del agua y tener mas profundidad y longitud

en el cauce del río. Pasamos muchas horas en esa piscina, nadando, saltando y tomando el sol.

En verano llegó un equipo militar con una máquina de sondeos para buscar agua. Trajeron un tractor de oruga que funcionaba con mezcla de gasolina y petróleo, *Ligroin*, y montaron una torre. Mediante el tractor y con transmisión por correa, movían todos los mecanismos de perforación y extracción de lodos. Pasábamos mucho tiempo viendo como trabajaban, y en cuando se iban, corríamos a intentar poner en marcha el tractor. Se introducía una barra en los agujeros del volante del motor, y con un impulso fuerte, se hacía girar y se arrancaba. Pero nunca lo conseguimos.

En enero de 1.947 comenzaron unas obras de arreglo del edificio principal y tuvimos que desalojarlo. Levantaron los suelos de las habitaciones para colocar un nuevo aislamiento contra el frío y repararon las escayolas de techos y paredes, las puertas, las ventanas y la calefacción. Para estos trabajos enviaron a un grupo de presos de guerra alemanes. Se les veía que eran buenos en el oficio, lo que hacían quedaba bien terminado. Solíamos ir a verlos trabajar y charlábamos con ellos. Decían que no les trataban mal, y esperaban que pronto les mandasen a casa, ahora que ya había terminado la guerra. Lo cierto es que nos daban pena.

A la inmensa mayoría de los niños los realojaron en el edificio de las oficinas y en alguna de las aulas de las escuelas. El resto, unos veinte, fuimos repartidos entre las casas de los maestros y personal de servicio del colegio. Junto con otros tres niños, yo fui destinado a la casa del director. Cuando llegaba la hora de ir a dormir, ninguno quería ir a casa de nadie y nos quedábamos a pasar la noche debajo de las camas donde dormían los otros chavales, colocándonos debajo los abrigos a modo de colchón. Si al poco rato de dar el toque para dormir no aparecíamos donde habíamos sido destinados, daban parte y venía el encargado, miraba debajo de las camas y demás escondrijos y cuando localizaba a alguno, lo mandaba a su destino.

Los cuatro que dormíamos en la casa del director éramos lo mejor de la baraja. Un día después de habernos marchado por la mañana de casa, nos ordenaron volver. El director, muy serio, nos dice que entreguemos el reloj que le hemos robado a su hija. Nos mirábamos los unos a los otros, pero sabíamos que ninguno de nosotros había cogido el reloj. Le juramos que ninguno teníamos nada que ver con la desaparición del reloj. Al siguiente día todo seguía igual, del reloj no se sabía nada y nos seguían acusando del robo, lo que nosotros continuábamos negando. Decidimos no volver a dormir allí, así que dos noches dormimos en el pajar, en la cuadra de los caballos. Durante el día hacíamos vida normal, la escuela y demás, y a la noche a dormir al pajar. Como

el tiempo era frío, con temperaturas de 10 grados bajo cero o menos, hacíamos unos agujeros debajo del heno, nos metíamos dentro, tapábamos la entrada y a dormir. Al cabo de unos días, la chica encontró el reloj. Lo había dejado encima de un armario mientras se cambiaba de ropa, se olvidó de dónde lo había dejado y como no lo encontraba pensó que nosotros se lo habíamos mangado. Todo pasó pero nosotros no volvimos más a la casa del director a dormir.

A últimos del invierno, la policía se llevó a unos cinco chavales a un reformatorio. Nunca más supimos de ellos. Fueron llamados con engaño al despacho del director y los retuvieron allí hasta que llegó el furgón policial. Todo el colegio se enteró de lo que pasaba y más de la mitad nos plantamos delante de la puerta para impedir la salida. Tirábamos leños para las estufas, gritábamos y armábamos tal alboroto, que no se atrevían ni siquiera a abrir la puerta. Toda una revuelta. Pero al final se los llevaron. Recuerdo el nombre de uno de ellos, Manolo Cordovilla. Un día, en agosto de 1.958, paseando por las calles de Valladolid en compañía de mis primas, compramos un paquete de caracolillos de mar en un puesto ambulante. La mujer que lo atendía les había contado a mis primas que ella tenía un hijo en Rusia y al preguntarle por el nombre resultó ser la madre de Manolo. Le dije que Manolo había estado hasta 1947 en el mismo colegio que yo pero que posterior a esa fecha no le vi más. En alguna otra ocasión hablé con ella, y nunca quería cobrarme, quería que le contase cosas de nuestra vida y de su hijo en Rusia. Me daba pena, pero al mismo tiempo vergüenza de que me regalase caracolillos, y por eso esquivaba el encuentro. Y es que además veía que no tenía mucho para regalar, parecía una mujer pobre.

Por el mucho cariño que me tenía el doctor Amadeo Husón no fui a parar a ese reformatorio, convenció a la dirección que no era tan retorcido y de que no tenía mucha salud, y que él se ocuparía de mí.

Pasado algún tiempo, no se por qué cauce, vino una comisión de vigilancia de colegios. Se habían enterado de que se cometían abusos de autoridad y malos tratos corporales, y todo el que quería podía contarles las vejaciones sufridas. El resultado fue que nos cambiaron de director. Le enviaron como director a una Escuela Profesional de Oficios, y más de una vez envió notas al doctor para que me preguntara si quería ir a estudiar a su colegio, que él sería mi protector.

El nuevo director que nos pusieron parecía buena persona, antes había sido Capitán de la Marina Mercante. Recibamos buen trato y los chavales le apreciábamos por su carácter. Fumaba en pipa, tenía toda una colección, ¡cada día fumaba con una distinta! Y si visitabas su despacho, te enseñaba la colección completa de cachimbas. Todas eran muy bonitas y las había de varias medidas y formas.

Una vez terminado el curso escolar montaron tiendas de campaña en el bosque y allí nos fuimos todos los chicos. Así tuvimos más comodidad y espacio respecto a los dormitorios donde pasábamos el invierno, pues la casa central seguía con la remodelación.

En la línea férrea de Najabino hacia Moscú se encontraba la estación de Trikotazhnaya, población industrial donde mi tío Juan residía y trabajaba en una fábrica de medias para mujeres. Con él trabaja otro español, José, y un grupo de unas veinte chicas españolas. Todos vivían en la misma casa. Visité este lugar varias veces, una de ellas en el día de la Pascua de Semana Santa Rusa. De una iglesia cercana, la gente salía con huevos pintados y pasteles bendecidos después de haber oído misa.

A mediados de julio todo el colegio fue trasladado a 90 kilómetros de la capital, a Solnechnogóorsk. Días antes, nos llevaron de visita al Museo de Regalos a Stalin en Moscú. Eran regalos enviados desde todos los lugares del mundo por el triunfo sobre Alemania. Había muchos objetos curiosos, entre ellos un grano de arroz colocado bajo un microscopio que tenía escrito un saludo con más de treinta palabras; era un regalo del pueblo Chino. También había un tocado de jefe de tribu india, echo con las plumas de más de doscientos pájaros, regalo de las Tribus de Indios de América del Norte.

## 14. SOLNECHNOGÓRSK

*Provincia de Moscú.*

Situado a 90 km de Moscú, en la línea férrea Moscú-Leningrado, era una población repleta de dachas y casas de descanso para los trabajadores, situadas alrededor de un gran lago y vastos bosques. Había muchos comercios y los domingos se montaba un bazar donde vendíamos conejos.

En el otoño nos regalaron a unos cuantos de mi grupo unos conejos. Les construimos una chabola semienterrada, con el techo de maderos cubierto con césped, la puerta acolchada y una ventanilla por donde echarles la comida y evitar así que les entrase el frío. Cuando no estaba nevado les dábamos hierba, y en invierno heno que nos daban de la cuadra de los caballos. Comían el pan que sobraba en el comedor y zanahorias que nos daban de postre, por eso de que tenían muchas vitaminas. Los conejos estaban sueltos en la chabola, ellos mismos excavaban sus cuevas donde criaban a los pequeños. Cuando las crías tenían mes y medio los vendíamos en el mercado de la ciudad, y con el dinero, comprábamos paquetes de cigarrillos, alegando que eran para el camarada maestro tal. Con lo que ganábamos por la venta comprábamos cigarrillos, aunque pocas veces fumábamos, pues si te veía algún chaval mayor te los requisaba. Como yo no fumaba entonces, los que me pertenecían se los regalaba a un amigo que estudiaba el décimo curso. Era el portero del equipo de fútbol del colegio; nos llevábamos bien y me defendía en caso de alguna bronca.

El colegio estaba a 9 km del pueblo, y o bien los cubrías andando o cogías un tren hasta el siguiente apeadero y luego caminabas 2 km. Generalmente optábamos por el tren pero un domingo que volvíamos del bazar, tuvimos que caminar los 9 km. Mi amigo Emilio robó una cría de pato cerca de la estación y cuando trataba de esconderla en el bolsillo del pantalón le rompió sin querer una pata. El pobre animal piaba tan fuerte nos tuvimos que bajar del tren e ir andando hasta casa. Allí le entablillaron la pata y lo criamos en la chabola. Cuando creció, Emilio se lo regaló al profesor de música, el señor Pizkievich. El colegio tenía banda de música, y se daban conciertos dentro y fuera del colegio.

El profesor Pizkievich era un hombre de origen polaco que había sido músico de la orquesta del Palacio de los Zares en San Petersburgo; como regalo de aquellos tiempos conservaba una corneta de pistones dorada. Cuidaba un huerto de grosellas y criaba gallinas en un gallinero hecho de troncos. Para tirar los desperdicios al exterior había unas ventanillas, y a través de ellas se

podía alcanzar con la mano un nidal donde ponían los huevos. Parece ser que el profesor notó que faltaban huevos y un día se escondió en el gallinero para descubrir qué pasaba. Cuando Emilio alargó la mano para coger algún huevo, el viejo le agarró y se la ató con una cuerda a un poste. Emilio no se podía escapar y recibió un buen tirón de orejas. A los pocos días de este suceso le regaló el pato.

El colegio estaba situado en plena naturaleza, en un paraje muy bonito, con una campa grande y rodeado de bosques. La casa principal tenía dos plantas y allí dormíamos. Además había un edificio destinado al comedor y otro a las escuelas. Nos trataban bien y la alimentación era buena. Era el verano de 1941 nos reagruparon en este colegio a mi hermana y a mi, ella para estudiar el noveno curso y yo el séptimo. Cuando llegamos ya había otros chavales que iban a cursar los dos últimos cursos, noveno y décimo. Cuando finalizabas los diez cursos tenías acceso a la Universidad, a carreras de Ingeniería, a la carrera castrense o a carreras técnicas de dos años de duración.

Dentro del área de las matemáticas se estudiaba aritmética, álgebra, geometría, planimetría y trigonometría. Además se impartían asignaturas como botánica, zoología, geografía, historia universal, química, física, anatomía, darwinismo, astrología, literatura, gramática rusa, etc. Como lengua extranjera se estudiaba el español, gramática y literatura. La formación, obligatoria y gratuita para todo el país, era buena y muy completa. El séptimo curso lo terminé con todas las asignaturas aprobadas con nota buena y muy buena, sólo fallé en la escritura del ruso, que lo aprobé a últimos del verano y así pude pasar a estudiar octavo.

Cuando empezó el curso escolar el profesor de gimnasia y deportes trajo con miras al invierno, aparatos para la gimnasia, pesas de halterofilia y esquís. Entré en el equipo de esquí de fondo y en invierno, todos los domingos por la mañana recorríamos muchos kilómetros por los alrededores del colegio. La zona cercana al colegio era muy boscosa, tenía grandes claros y muchos de ellos eran zonas pantanosas de donde extraían turba. La sacaban con grandes excavadoras, construidas especialmente para ello, y luego la transportaban a una fábrica donde se prensaba y formaban los ladrillos de adobe que una vez secos estaban listos para la combustión en las calderas de calefacción.

Unas cuantas veces participamos en campeonatos escolares, en recorridos de tres o diez kilómetros. Era mejor hacer diez kilómetros, podías regular mejor el tiempo. He sido un corredor regular, y siempre me gustó este deporte.

A la ciudad de Solnechnogórsk regresé en 1.951, durante las vacaciones de invierno mientras estudiaba en el Técnico de Moscú. Eulogio, un español

que estudiaba Mecánica en el mismo sitio y trabajaba como chofer de ambulancias de la Cruz Roja, nos trajo a mi y a los otros cinco españoles que estudiábamos allí unas invitaciones para descansar diez días gratis (sólo pagabas el viaje de ida y vuelta) en una casa de descanso que tenían los Sindicatos para los trabajadores y estudiantes. Cuando ingresamos en el Técnico nos habíamos afiliado al Sindicato Estudiantil. En la casa de descanso nos juntamos más de cien personas, la mayoría españoles, trabajadores de fábricas de Moscú, aunque también había un yugoslavo, todo un campeón jugando al billar, y tres estudiantes de la República Popular China que estudiaban en la Universidad de Moscú. En el comedor me sentaron en la mesa de estos chinos, eran muy raros con la comida, comían poco, y mucho de lo que no comían me lo daban; en esos diez días engordé tres kilogramos. A veces subía a su habitación y me enseñaban las figuras que hacían a mano con arcilla y luego pintaban, eran unos verdaderos manitas. La arcilla era muy especial, se la mandaban de China. Uno de esos chicos era aficionado al eslabon, tenía unos esquís especiales para ello y fardaba mucho con ellos bajando cuestras. En el colectivo también había mujeres trabajadoras españolas, serían casi la mitad del total. Todas las noches después de cenar se ponía música en un tocadiscos y se organizaba un baile, para lo que se apartaban las mesas y sillas del comedor. Durante el día podías patinar sobre el hielo del lago que estaba a cien metros de casa o dar un paseo con los esquís. Un día vimos cómo pescaban peces en el lago. Rompían un gran trozo de hielo, después hacían agujeros aproximadamente cada diez metros hasta cubrir unos cien metros, y después pasaban de agujero en agujero un palo con una cuerda delgada atada en un extremo. Cuando llegaban al final, rompían otro trozo grande de hielo, montaban un torno, se ataba la cuerda y la iban enroscando poco a poco; en la otra punta ataban una cuerda mas gruesa y un cono echo de red, lo arrastraban por el fondo del lago hasta el torno y así el pescado quedaba preso dentro del cono. El edificio disponía de sala de billares y otros juegos, además de una sala de descanso con televisor y radio. La televisión en Rusia empezó a funcionar en 1.949. Me queda buen recuerdo de los días que pasé allí.

En el verano de 1.948, una vez terminado el curso escolar, el colegio fue disuelto. Todos los cursos que terminaron octavo y noveno fueron trasladados al colegio de Españoles de Bolsevo, a 30 km de Moscú. Allí fue a parar mi hermana María, a estudiar el décimo curso y la mitad del grupo que terminó séptimo; los restantes, ocho chicas y cuatro chicos fuimos enviados al Colegio de Españoles de Crimea en la ciudad de Yevpatoria.



*Solnechnogórsk. Enero 1.953.  
Fotografía tomada en el sanatorio de la Central de Sindicatos.*

## 15. YEVPATORIA

### *Península de Crimea.*

En este colegio había chicos y chicas de distintas edades, desde los que estudiaban sexto hasta los de décimo. Todos estudiábamos en la escuela pública con los rusos, aunque niñas y niños en escuelas separadas, ambas en la misma calle, una frente a la otra.

Los cuatro que estudiábamos octavo curso fuimos a la misma clase junto con otros veintiocho chicos rusos. Uno de ellos era de origen judío, un buenazo, pero los rusos se portaban muy mal con él, se mofaban y le gastaban muchas cabronadas. Muchas veces les parábamos los pies y le defendíamos, con nosotros no se metían para nada, de lo contrario nos tendrían a los cuatro encima: no consentíamos los abusos y menos del exterior.

El curso escolar me fue regular, tirando a malo. Casi todas las asignaturas las llevaba bien, pero en matemáticas fallaba, no sé si era fallo mío o del profesor, León Marcovich, un judío que nos odiaba a los cuatro, sobre todo a mí (el mismo cariño le profesaba yo). Cuando terminó el curso quedamos muchos para recuperar notas en el otoño; yo, seguramente, tendría que repetir curso. Pero no fue así. La dirección nos comunicó el 30 de Agosto que los cuatro teníamos que abandonar el colegio y buscarnos la vida lo mejor que pudiéramos.

Pero antes de irnos de Crimea, paso a relatar la estancia en esta ciudad.

El colegio español estaba instalado desde antes de la guerra y fue el destino de los niños españoles que tenían mermada la salud. La finca era grande: un edificio de dos plantas donde dormíamos los chicos, otro bloque de dos plantas semiderruido por los bombardeos, el comedor, un invernadero acristalado con su huerto, una central térmica de calefacción con una chimenea alta de ladrillo rojo y un parque grande. Justo enfrente, al otro lado de la calle, había otros dos edificios de dos plantas; antiguamente utilizados como escuelas, ahora albergaban las oficinas y el salón de cine y actos culturales, y en el otro se habilitó la residencia para las chicas. Toda la finca estaba rodeada por una tapia de piedra arenisca que por uno de sus lados hacía lindero con el parque central de la ciudad, donde había un cine al aire libre en verano.

La playa principal de la ciudad estaba a 500 metros del colegio y tenía mas de tres kilómetros de longitud. Terminaba junto a un gran parque, de nombre

*Arkadia*, donde había otro cine al aire libre. Paralelo a la playa estaba el paseo marítimo, con flores y árboles. Por todos estos lugares pasaba el tranvía que venía desde el centro de la ciudad. En Yevpatoria había balnearios, sanatorios, teatro de la ópera y cines. Veíamos muchas películas subtítuladas, eran trofeos de guerra! Allí vi por primera vez *Tarzán*.

Era una ciudad preparada para el verano, pero faltaba mucho por arreglar, se notaban las huellas que dejó la guerra. Entre lo más deteriorado estaba el puerto, todo estaba patas arriba: hierros retorcidos, no quedaba nada del embarcadero ni de las terrazas y veladores que había antes de la guerra, y quedaban embarrancados restos de dos barcos de guerra, no muy grandes, pero que muchos *popeyes* visitábamos.

La parte vieja de Yevpatoria era bonita aunque algo rara. De construcción tártara, las calles eran estrechas y de casas bajas. La zona nueva de la ciudad era más bonita, de estilo europeo, con calles anchas, bien planeadas, con aceras y árboles. En la parte sur había un cementerio digno de ver, con elegantes panteones y estatuas de piedra y mármol. Fuimos al cementerio por el fallecimiento del director del colegio y llevamos el ataúd a hombros. Fue un día penoso, el trayecto era largo y el ataúd pesaba lo suyo pues el director era una persona bastante corpulenta. En Rusia los entierros se hacen así: se lleva el ataúd a hombros, detrás va la banda de música tocando marchas fúnebres y por último el resto de la comitiva que acompañaba al difunto hasta el cementerio. Sólo he vuelto a ir en otra ocasión a un cementerio; falleció una chica que estudiaba en el Técnico de Moscú donde fui a parar en el 1.949. En aquel tiempo tocaba en la banda de música del centro y acompañamos al cortejo fúnebre. Era invierno y hacía mucho frío. Después del acto, nos invitaron al Recordatorio, el convite que hace la familia para recordar al difunto, y algunos bebieron de más y terminó casi en una fiesta.

La vida del colegio era casi todos los días la misma. Los días de clases era levantarse, asearse, ordenar la habitación, desayunar, cinco o seis clases en la escuela, comer, un pequeño descanso, deberes, tiempo libre, cena y dormir. Una vez terminó el curso, nos levantábamos e íbamos corriendo hasta la playa, hacíamos gimnasia, y después nos dábamos un baño. Tras el desayuno teníamos trabajos que hacer, tanto domésticos como de limpieza de jardín y calles. Pero una vez terminados, podíamos ir a la playa un par de horas.

También ayudábamos en los trabajos del invernadero y en el huerto. El encargado nos dejó plantar tabaco a un amigo apellidado Duque y a mí. Cuando crecían las plantas, cortábamos las hojas que se iban secando, de abajo hacia arriba y las poníamos a secar a la sombra. Una vez secas, se liaban con papel y a fumar! A cada calada parecía que te tragabas una bola de billar, el humo era

tan fuerte que te dejaba atontado. Solíamos ir al paseo marítimo a coger hojas de plantas de tabaco rubio para luego mezclarlas, pues según decían, era más suave. Pero fumar esta mezcla también resultaba duro.

Como no teníamos dinero para comprar cigarrillos, lo buscábamos en la playa. Los días de mucho viento paseábamos con la mirada fija en la arena, viendo cómo el viento la barría y dejaba al descubierto las monedas que la gente perdía al quitarse la ropa. Íbamos cuatro o cinco chavales y muchas veces juntábamos el dinero suficiente hasta para cuatro cajetillas de cigarrillos. Si teníamos muchos cigarrillos, cada uno se fumaba uno, pero si el día no se había dado bien, compartíamos un pitillo entre todos; dabas una calada y se la pasabas al siguiente.

En la escuela me eche un amigo ruso, Anatoli, nos llevábamos muy bien. Él estudiaba séptimo y tenía una ligera cojera. Muchas veces venía al colegio en bicicleta y nos dejaba montarnos y dar una vuelta; muchos aprendimos a montar en bici gracias a él. El 1 de Mayo de 1.948 me llevó montado en la barra de la bici hasta su casa. Me presentó a sus padres y allí merendé, con un vaso de vino (la primera vez que lo probaba) y también cerveza; el Primero de Mayo era una fiesta muy especial. Les visité varias veces más, y cuando les conté que en Julio debía dejar el colegio, los padres de Anatoli me dijeron que su hijo iba a estudiar al Técnico de Construcción de Barcos, en la ciudad de Jerson, y que fuese con él allí, que me echarían una mano, que sería como otro hijo más a cuidar. Expuse el tema en el colegio, pero me lo negaron. Aducían que tenían orden de enviarnos a Moscú y que a partir de ahí, podíamos hacer lo que quisiésemos con nuestras vidas.

Los educadores que teníamos en Crimea eran casi todos españoles. Además de ser los profesores de español eran también los responsables de los grupos o clases. El responsable de los cuatro que cursábamos octavo era un tal Emilio; no era malo, pero si hacías alguna pifia, te soltaba un pescozón o te castigaba quitándote la ropa para que no pudieras salir a la calle. El profesor de español se llamaba Jesús Herraiz. Enseñaba muy bien, era un buen maestro, pero como persona dejaba que desear: a la mínima falta que cometieras te pegaba. Le temíamos.

Un día llego a la estación un vagón con material de construcción para realizar unas reparaciones en el colegio. No sé cómo supo que yo había preparado todas las respuestas de los exámenes finales de octavo, tanto de chicas como de chicos (alguien las cogió y me las pasaron porque yo dominaba bien la gramática española). El caso es que para castigarme me dijo que tenía que ir a cuidar la mercancía toda la noche y además, yo sólo. Le dije que iba a buscar unos cigarrillos para fumar por la noche y matar así mejor el tiempo y que iría

enseguida, pero se negó y me ordenó que fuera inmediatamente. Entonces me negué, le contesté que si no iba alguien más conmigo no pensaba ir, que fuese él a vigilar el vagón. Mi respuesta le sentó muy mal; me amenazó, quiso pegarme y me envió al despacho del director para que me arreglara las cuentas. Pero no me presenté al director. Y por eso, no me dieron de cenar. Al día siguiente tampoco fui, y me pasé todo el día sin comer. Y así pasaron tres días, sin probar bocado y encerrado en la habitación. El cuarto día, el encargado de turno del comedor me echó de menos y preguntó si estaba enfermo. Ese día estaba de encargado el profesor Lagos, una persona muy buena con todos nosotros y al que respetábamos muchísimo. Era el director de la banda de música y tocaba muy bien el piano; en las fiestas siempre interpretaba el pasodoble *España cañí* y los mayores lloraban al oírlo. El caso es que el profesor se presentó ante el médico y armó un gran revuelo, pues después de tres días sin probar bocado yo estaba bastante pachucho. Y eso que la mesilla estaba llena de comida que me traían mis compañeros. Por la tarde me convencieron que cesase en mi actitud y que diese por terminada la huelga de hambre, que allí no había pasado nada. Lo único que le dije al camarada Herraiz fue que si me enteraba de que volvía a pegarnos a alguno de nosotros, iría a presentar una queja al Comité Central del Partido Comunista de la ciudad, que les contaría los abusos y malos tratos que daba a los chavales, que vaya ejemplo daba como comunista! No se que pasaría una vez abandoné Crimea, pero hasta ese momento no volvió a hacerme nada.

En junio organizaron una excursión de unos 10 días para visitar una parte de Crimea, viajaríamos en un camión militar y dormiríamos en escuelas (en el suelo sobre mantas) y comeríamos a base de bocadillos y latas de conservas. Como ya había empezado la temporada de playa, sólo nos apuntamos veinte; el resto prefirió disfrutar de los baños y la playa. El camión era un *Studebaker* fabricado en los Estados Unidos, y se utilizaba para transportar tropas, con asientos en los laterales de la caja. Con nosotros viajaba el responsable del grupo y el chofer del camión, un militar joven. Salimos de Yevpatoria en dirección a la capital de la península, Simferópol, el punto de partida de la excursión.



*Yevpatoria, Crimea. Junio, 1.949 - Invernadero del colegio y parcela para cultivar tabaco. A mi derecha, Juan Duque (1º por la izda).*



*Yevpatoria, Crimea, 1.949*

## 16. SIMFERÓPOL

Esta ciudad fue kanato<sup>8</sup> de los gobernantes y conservaba muchos signos de aquella dominación. Visitamos las excavaciones de los antiguos pobladores donde se podían apreciar las construcciones de la villa y los enterramientos: los enterraban sentados, en una especie de gruta.

Nos alojaron en un albergue situado en el patio de una iglesia (creo que era la catedral). Todos los días había culto religioso y venía un pope en coche a officiar la misa. Siempre acudía mucha gente, sobre todo mujeres mayores. Nosotros solíamos sentarnos en las escaleras de la entrada principal a charlar para matar el tiempo. Hablábamos alto y nos reíamos, hacíamos mucho ruido y claro, molestábamos. Por ese motivo las viejas salían de la iglesia y nos reñían, nos decían que éramos unos diablos y unos ateos, y nos despachaban rápido de allí.

La parte antigua de la ciudad conservaba la construcción tártara: calles estrechas, casas bajas, aunque también había construcciones europeas, más elegantes; pero muchas zonas estaban destruidas por la guerra. De la población autóctona tártara quedaron muy pocos, contados. Cuando el Ejército Rojo liberó la península de las tropas invasoras alemanas fueron acusados de traidores y colaboracionistas con el enemigo, y les desterraron a Siberia y otros lugares de la Unión Soviética. Antes de la guerra, Crimea era una república autóctona tártara dentro de la República Federal Rusa.

<sup>8</sup> Kanato o janato, es una palabra de origen turco-mongol utilizada para describir una entidad política gobernada por un kan.

## 17. ALUSHTA

Seguimos nuestro viaje en camión y atravesamos una cordillera montañosa hasta llegar a Alushta, una población a orillas del mar, con una playa de piedras y cantos rodados, orientada al veraneo. Antes de la guerra, en esta ciudad hubo un sanatorio para niños españoles enfermos crónicos; los enviaban desde todos los centros repartidos por toda la URSS.

Nos alojaron en una escuela, justo encima de la playa. Comíamos a base de bocadillos y fruta, y dormíamos en el suelo, sobre mantas. Cerca de la escuela había una roca grande y alta, plana en su parte superior, desde la que, según contaban, antiguamente se hacían señales de humo y fuego para avisar del peligro de invasión de barcos y tropas turcas; las señales se transmitían a través de la montaña hasta llegar a la sede del kanato. El camino de la playa estaba bordeado de viñedos y frutales, de los cuales dábamos buena cuenta cuando bajábamos a bañarnos. Cuando íbamos en el camión de un sitio a otro, si veíamos un peral o un manzano lleno de frutos, pegábamos unos golpes en la cabina del chofer para que parara y le decíamos que fulano o mengano quería ir a "bajar el pantalón". Entonces bajábamos, dábamos una buena sacudida al árbol y nos montábamos otra vez. Como el chofer ya estaba escamado de esas fechorías, paraba pero se alejaba con el camión un poco para no quedar comprometido. Recuerdo que una vez que paramos vimos un árbol cuyos frutos eran parecidos a los tomates, supongo que serían caquis, aunque nunca más he visto uno.

## 18. YALTA.

El recorrido de la excursión nos llevó hasta Yalta, ciudad de veraneo de los ricos hasta la Revolución de Octubre. Allí veraneaban los zares en su palacio y parte de la corte de San Petersburgo en alguno de los otros muchos palacetes de la ciudad. También había un parque precioso; ahora todo pertenecía al Estado para disfrute del pueblo. Visitamos el Palacio, sede de la famosa Conferencia de Yalta de Febrero de 1945, y la casa donde vivió el escritor Anton Chejov.

De allí nos dirigimos a nuestro último destino, Sebastopol, ciudad y puerto de la Marina de Guerra de la URSS en el Mar Negro. Como base naval, durante la II Guerra Mundial fue uno de los primeros objetivos a conquistar por los alemanes; la ciudad se resistió más de 250 días y por esta resistencia memorable fue declarada "*Ciudad Héroe*", aunque quedó muy destruida. A Yevpatoria llegaban gabarras a buscar arena para la reconstrucción de la ciudad y por eso en el Sur de Crimea las playas que vimos no tenían arena. Pero cuando llegamos a la ciudad, como base naval, zona militar y no se qué más, nos negaron el permiso de entrada y tuvimos que darnos media vuelta y poner rumbo a casa, dando así por terminada la excursión.

A nuestro regreso, la vida volvió a la rutina de siempre. Disfrutábamos el día en la playa, e incluso a veces, a la entrada la noche, nos escapábamos para ir a bañarnos. Teníamos toque de silencio a las diez de la noche y cerraban el portal de la casa con llave, por lo que teníamos que esperar un rato desde el toque y bajar por un árbol hasta la calle. Afortunadamente todos los dormitorios estaban en la primera planta. Después corríamos hasta la playa, nos quitábamos el calzoncillo (era parecido a los bañadores de ahora), los guardábamos debajo de la arena ¡y de cabeza al agua! Escondíamos los calzoncillos porque a veces el guarda de noche se daba cuenta de la fuga, bajaba a la playa y requisaba la ropa que encontraba sobre la arena. Más de uno tuvo que regresar en cueros o cubierto con la camiseta sin mangas de otro.

Otras veces nos escapábamos de noche para ir a ver el cine del parque. Sólo había que saltar la tapia del colegio. El lugar donde proyectaban las películas estaba rodeado por unas paredes bastantes altas y trepábamos a ellas o a los árboles más cercanos para ver la película. Al igual que nosotros, muchos chavales rusos disfrutaban del cine desde esta misma posición. Cuando aparecía la policía municipal se daba la alerta, saltábamos al suelo y hacíamos

como que paseábamos. Si te pillaban en la tapia o en el árbol ibas a parar a la comisaría.

El clima de Crimea era bastante suave, algo más frío en la parte de la estepa que en la parte de detrás de los montes. El invierno que pase allí el suelo estuvo cubierto por unos treinta centímetros de nieve durante aproximadamente 10 días. En primavera, verano y otoño el clima era estupendo. Francamente disfrutamos mucho de la estancia, y me quedó buen recuerdo del tiempo pasado allí.

Fue a últimos de julio del 48 cuando nos comunicaron a los cuatro chavales que estudiamos octavo curso que nos enviaban de vuelta a Moscú. Nos dieron toda la ropa que teníamos, la de verano y la de invierno, la ropa de cama y calzado para todas las estaciones del año. También recibimos algo de dinero para el viaje. Nos montaron en el tren y así abandonamos Crimea. Los nombres de mis compañeros eran Joaquín Sánchez, David Díaz y Emilio Sánchez.

## 19. BOLSEVO

### PROVINCIA DE MOSCÚ.

Siempre me ha gustado viajar en tren. No te cansas de mirar por la ventana, ver el paisaje, los pueblos, charlar recordando cosas pasadas, y muchas veces, tan solo mirar en silencio.

La entrada y salida de la Península de Crimea se realizaba por el Estrecho de Perekop, donde solo había la vía del ferrocarril y una carretera. A su alrededor, marismas y unas pocas construcciones, en las que se veía a muchas personas tomando baños de barro para curar reuma y dolores de huesos. En la primera parada que hizo el tren tras abandonar Crimea compramos un cubo de albaricoques para añadir a la comida que llevábamos para el viaje, pues el trayecto hasta Moscú duraba dos días. Llegamos a la estación de Kiev en Moscú y desde allí fuimos a otra estación para tomar el tren hasta Bolsevo. Esta población se encuentra a 30 km de la capital, y por ella pasa la línea férrea que va a Zagorsk, con muchas casas de campo y huertos, como el resto de poblaciones de las afueras de la capital. Aquí me encontré con mi hermana. Ella había terminado el décimo curso y se preparaba para ingresar en la Facultad de Historia de la Universidad de Lomonosov, en Moscú. Terminó sus estudios como Profesora de Historia Universal en el año 1954.

A mis compañeros y a mi nos alojaron en la terraza-mirador del colegio (los pájaros nos despertaban todas las mañanas con sus cantos). Nos llamaron desde la dirección y nos comunicaron que podíamos disfrutar de todas las atenciones del colegio hasta el 30 de Agosto, pero después deberíamos abandonarlo, que no ya se harían responsables de nosotros, que éramos libres para organizarnos de ahí en adelante. No recibimos ni un consejo ni ninguna orientación para ver qué pensábamos hacer.

Decidimos ir a estudiar a un técnico. En cuatro años de estudio conseguías ser Técnico Diplomado, pero casi ninguno de los centros de estas características disponían de residencias para estudiantes. Nos enteramos que el Técnico de Construcción de Carreteras sí tenía residencia, y que además, estudiaban españoles, por lo que nos decidimos a ir allí. Hicimos los exámenes de ingreso y aprobamos todos; nos dieron plaza de residencia y el 1 de Septiembre de 1949 entramos a cursar el primer curso de carrera.



*Amigos del curso 1D en la entrada del Técnico. Moscú, septiembre de 1.949.*



*Curso 2D en la entrada del Técnico con el profesor de matemáticas. Moscú, octubre de 1.951.*

## 20. MOSCÚ

### *Estudios Técnicos.*

El instituto se encontraba en la calle Bakuninskaya del Distrito de Bauman. El edificio social tenía cuatro plantas, donde se albergaban todas las aulas de las distintas disciplinas, laboratorios, biblioteca, comedor, dirección y salas de exposiciones.

En el centro estudiábamos 1.200 alumnos, repartidos en tres facultades: la de construcción de carreteras y puentes, la de mecánicos de máquinas de construcción de carreteras y la facultad de administración, costes y presupuestos de trabajos de carreteras. Las dos primeras carreras duraban cuatro años, y la tercera, dos años y medio.

Los dos primeros años, además de las asignaturas propias de la carrera, nos impartieron las asignaturas de octavo, noveno y décimo curso de la enseñanza general. Al técnico se podía acceder una vez terminado el séptimo curso, como en nuestro caso, o cuando acababas la escuela, en décimo, en cuyo caso la carrera se reducía a dos años y medio.

El primer curso lo superé con facilidad. Estudiaba con los apuntes tomados en clase desde las explicaciones del profesor. Este sistema siempre me resultó bien, pocas veces he consultado los libros de texto, tan solo los de historia y literatura. Pero lo que más tiempo llevaba era el dibujo técnico. Era nuevo para mí dibujar con aparatos profesionales, aunque eran de baja calidad y estropeabas muchas láminas. Si había un mota pequeña en el dibujo, la profesora la señalaba con una palomita que dibujaba con un lápiz rojo y grueso que apretaba con fuerza para que no pudieras borrar o corregir, y había que volver a empezar. Esto suponía unos gastos extra para el bolsillo, pues el papel era caro, y te tenías que privar de muchas otras cosas. En el centro estábamos diez españoles, y a nosotros, al igual que al resto de estudiantes extranjeros, todos los meses el gobierno nos daba un dinero para los estudios. Con esta ayuda te podías defender para comer regularmente, pero si te lo gastabas en otras cosas, las pasabas canutas. Algunas veces, el final de mes se hacía muy largo, solo comíamos pan de centeno y bebíamos té; pero incluso si solo tenías eso, podías estar contento.

Los estudiantes rusos también tenían derecho a percibir este estipendio si conseguían una calificación buena o sobresaliente en todas las asignaturas; si una nota era regular, se quedaban sin dinero. Gracias a este dinero y a las

ayudas que de vez en cuando nos daban los sindicatos, pudimos sobrevivir y estudiar.

Generalmente comíamos en grupos de cuatro, aportando entre todos el dinero para la comida. El menú casi siempre era el mismo: sopa de patatas con arroz o macarrones, patatas caldosas con refrito de cebolla, y de segundo plato puré de patatas y refrito de cebolla. Y todo acompañado de pan negro de centeno. Creo que durante los cuatro años que estuve en Moscú he comido más patatas que las sembradas en Álava en todo un año.

Pocas ocasiones había algo especial para comer, en alguna fiesta o día señalado, y cuando regresaban los compañeros rusos de habitación de vacaciones, o les mandaban paquetes de comida desde sus casas, siempre te invitaban a comer de lo que traían o recibían: chorizo, tocino, queso, etc.

Se hizo muy duro hacerse uno mismo la comida, además de por la baja calidad, por la falta de recursos. Veníamos del colegio donde se comía bien y abundante, así aprendimos a valorar los alimentos; hay que procurar tener el estomago lleno, pensarás mejor!

La residencia de estudiantes del centro estaba adosada al edificio principal, con acceso directo de los dormitorios a las clases mediante un pasillo de la primera planta. Antiguamente este pabellón había pertenecido a un convento. En la planta baja se ubicaban los dormitorios de 108 chicos a la izquierda, y a la derecha, los talleres de maquinaria, donde aprendían el manejo de las mismas los estudiantes de Mecánica. En la primera planta se encontraban los dormitorios de las chicas, la sala de ocio, donde podías leer el periódico, revistas o ver la televisión, la sala de la banda de música, el salón de baile, otra sala de teatro y cine con cabida para doscientas personas, y la sala de proyecciones y emisora de radio. Además había aulas de química y física, con sus respectivos laboratorios, el botiquín y la cocina, con fogones de gas ciudad y una gran tetera con agua hervida para uso de los residentes.

Cuando entramos a estudiar en el Técnico, cursaban estudios otros seis españoles, cuatro estaban en el último curso de Mecánica; de estos cuatro solo recuerdo el nombre de uno, José. A éste le ayudé a diseñar algunos planos para el Proyecto Final de Curso. A cambio del trabajo, me regalaba tabaco. Tampoco tenía mucho más que yo. Los otros dos españoles eran Antonio Sánchez y Arsenio Tascón, estudiaban el curso superior de Carreteras. Con ellos teníamos más camaradería, éramos todos como hermanos. Nos defendíamos los unos a los otros: si le pegaban a uno, el agresor se las veía con los seis.

Los residentes nos tenían estima, pues como todos tocábamos algún instrumento, organizábamos el baile en el club más de un domingo. Había que solicitar permiso al responsable, Pavel, un judío buenazo que también se hacía cargo de la sala de televisión. Tan solo pedía que hubiese orden para que no le llamaran la atención a él. Y nunca tuvieron que hacerlo, jamás hubo desordenes ni en el baile ni en la sala de televisión; cuando él se marchaba, nosotros nos hacíamos cargo.

Yo tocaba el clarinete; primero aprendí de un compañero y luego del maestro Lagos, en Crimea. Posteriormente, en el Técnico, el profesor de Música me dio más clases, y además me enseñó a tocar un pequeño saxofón. Pero lo cierto es que no prosperé demasiado, y poco después dejé la música. Los demás compañeros continuaron en la banda algún año más, eran más duchos que yo en esas artes.

Los bailes se hacían también gracias a un tocadiscos perteneciente a la emisora de radio. Estaba prohibido bailar algunos bailes como el tango, fox-trot y otros que se bailaban antes de la guerra, de procedencia extranjera, esa música era occidental, mala y no aportaba ninguna cultura al pueblo ruso. Solo se permitían los bailes rusos como polcas, mazurcas, valeses y bailes folklóricos. Cuando se ausentaba el encargado, cambiábamos de disco y todos a bailar como las cabras! A veces nos pillaba y le decíamos que era música de Garibaldi, pero no nos creía, y al final cambiábamos de disco. Los discos los conseguimos en una casa de descanso; comprábamos discos de música rusa y los cambiábamos en el archivador; como solo contaban la cantidad, sino faltaba nada, ¡todo en regla!

La televisión en Moscú se empezó a ver en el año 49. Los programas eran buenos: noticias, cine, teatro de marionetas, conciertos, circo y muchas charlas y programas culturales. Nos pasábamos las tardes en la sala de televisión grupos de chicos y chicas, todos residentes, charlando, contando chistes... Recuerdo a un chico siberiano, célebre por todos los chistes que contaba. Con dos de las chicas que solían venir entablamos una buena amistad aunque eran algo mayores que nosotros, estudiaban el cuarto curso de Carreteras. Me llevaba muy bien sobretodo con una de ellas, Ana, una rubia muy guapa y muy inteligente que había terminado todos los cursos con sobresaliente. Su amiga se llamaba Irina, y le apodamos *Strekossa*, libélula, porque era alta y con buena figura, muy guapa también. Charlábamos, nos contábamos cosas de la vida... Ana tenía novio, un moscovita que estudiaba en su misma clase (como ella no era de Moscú tenía que vivir en la residencia), y cuando venía a buscarla y le veía conmigo, ponía mala cara, se sentía un poco celoso. Cuando terminó el curso, su padre, que debía ser algún pez gordo, le compro una moto, una BMW alemana muy bonita. En aquellos tiempos cualquiera no podía tener semejan-

te cacharro, y entraba al patio de la residencia con su moto, fanfarroneando para darnos envidia. Los chavales de la residencia le tenían bastante manía por chulo.

Solíamos ir a patinar sobre hielo a las pistas de tenis de la Sociedad Dinamo, cerca de la calle Rabat. El recinto contaba con 4 pistas de tenis que se acondicionaban para patinar en invierno. Como el Técnico estaba asociado a la Sociedad, pagábamos una miseria por ser socios, con lo que teníamos acceso a gran cantidad de deportes: patinaje, natación, deportes de invierno, remo. Te apuntabas a cualquier modalidad y te enseñaban a practicarlo. Los primeros patines que tuve me los regalaron, y aunque eran viejos, con ellos pasé el primer invierno. En el otoño de 1950 me compré unos nuevos con el dinero que había ganado trabajando en vacaciones.

Cuando terminamos el primer curso, nos mandaron de prácticas de Geología a las afueras de Moscú. Cavábamos catas, bastante hondas, para luego clasificar las capas del terreno. Después de diez días, por fin nos dieron las vacaciones de verano. Todos los residentes rusos se marchaban y no regresaban hasta que comenzaba el siguiente curso. Los cuatro españoles del primer curso nos quedamos en Moscú pues no teníamos adonde ir, y nos propusieron trabajos de mantenimiento de la residencia. Pintamos un montón de camas metálicas: primero las sacábamos al gran patio de la residencia, allí las pintábamos y vuelta a dentro con ellas.

También realizamos trabajos de descarga de hortalizas en una fábrica muy grande de conservas que había cerca de la residencia. Generalmente eran vagones de patatas de sesenta toneladas. Sacábamos las patatas del vagón con una cinta transportadora hasta un camión, que las llevaba al almacén de la fabrica. Nos pagaban poco por el trabajo, pero siempre nos llevábamos cada uno una mochila con diez o quince kilos de patatas. Salíamos por donde entraban los vagones con las mercancías, y el guarda, que sabía que éramos estudiantes, hacía la vista gorda y nos dejaba pasar.

A principios de agosto nos invitaron a manejar remo y vela en la Estación Náutica del Dinamo para preparar un recibimiento a un buque que venía a Moscú por alguna conmemoración. El equipo lo formábamos tres españoles y cinco rusos, y aunque entrenamos varios días, al final no se festejó nada. Lo más difícil era manejar la embarcación con la vela, pues todas las maniobras las decían en holandés y nos armábamos unos líos morrocotudos. Si estirabas de un cable en lugar del otro, aquello daba unos virajes y se inclinaba de tal forma que pensábamos que íbamos a hundirnos!! El Patrón nos echaba unas broncas tremendas, y a nosotros se nos ponían los pelos de punta por lo que nos

puéside pasar. Pero tampoco lo pasamos tan mal; además del aprendizaje, nos bañábamós y tomábamós el sol.

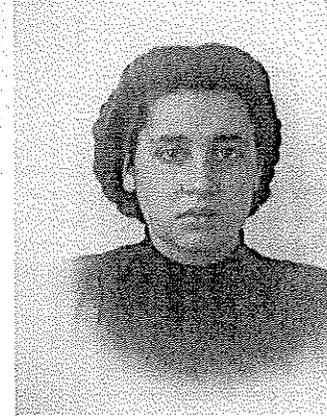
En agosto un acontecimiento nos entristeció a todos nosotros: David Díaz nos dejaba y se marchaba a una escuela de Leningrado para formarse como Preparador Físico de Deportes. Siempre le gustó todo lo relacionado con los deportes. Desde ese día, no supe nada más de él.

A finales de mes empezaron a regresar los compañeros de habitación, para comenzar el segundo curso. Solíamos acercarnos hasta la estación de tren a recibirlos y a ayudarles con el equipaje. Nos contábamos las vivencias del verano y nos invitaban a comer de las viandas que traían de casa.

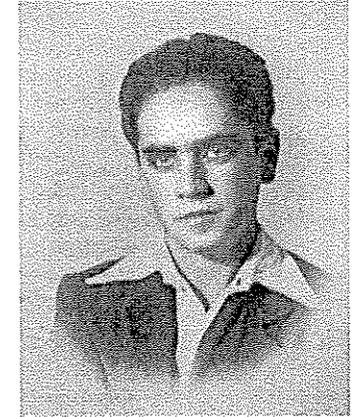
Aquel verano pegué un estirón, muchos me decían que no me conocían, y como gran parte de la ropa que nos habían dado en el colegio se me quedó pequeña e inservible, la tuve que vender en el rastro y comprarme un chándal de esquiador de invierno, con el que pasé todo el curso.

El 7 de Noviembre, celebración de la Revolución de Octubre que llevó al pueblo al poder, me invitó un amigo a pasar la fiesta en su casa, en *Yásnaia Poliana*, campiña clara, lugar donde nació el escritor ruso León Tolstói. Fuimos en tren y recuerdo que había un caserón señorial y una gran finca en la que, según me contaron, residieron niños españoles antes de la guerra. Cuando volvimos a Moscú, llevaba una mochila de patatas que me regalaron los padres del chico. Se agradecía todo lo que te daban, sabiendo además que ellos tampoco tenían demasiado.

El curso lo pase bastante bien. En Enero del 51 gracias a la invitación de los Sindicatos, pasamos unos días de descanso en un albergue de la provincia de Moscú, en Solnechnogórsk, tal y como he contado en el capítulo 14.



*Mi hermana María.  
Moscú, 12 de febrero de 1.949*



*Fotografía enviada a mis padres.  
Moscú, octubre de 1.949*



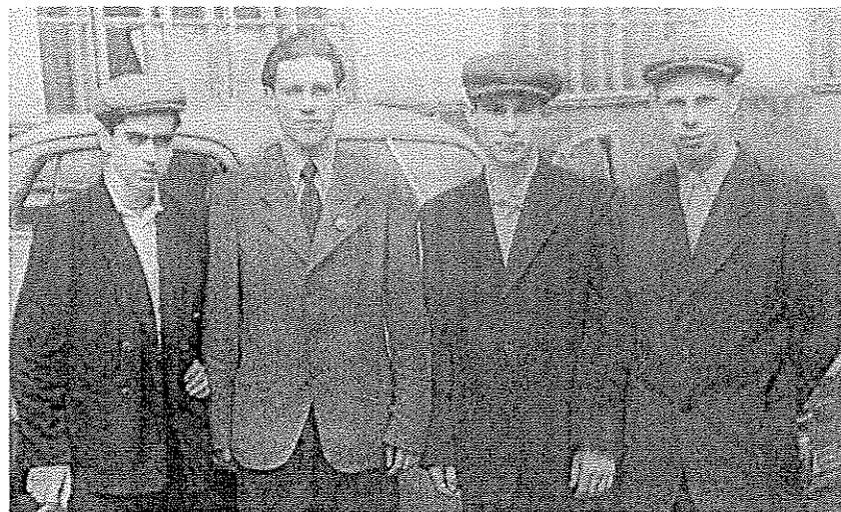
*Con mi hermana María. Moscú, 1.951.*



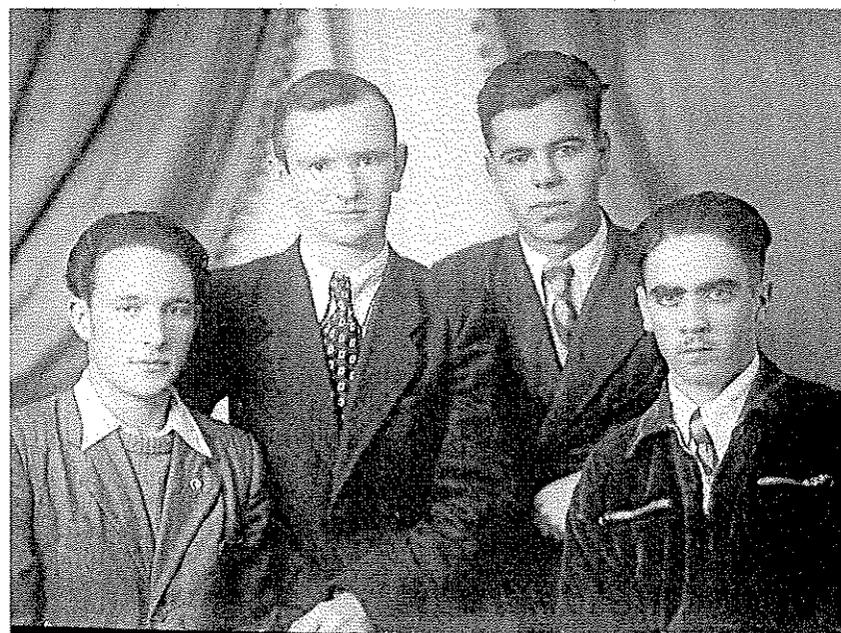
*Residencia de estudiantes. Compañeros de la habitación nº 11. En primera fila, junto con mis camaradas Víctor, Joaquín y Valentín. Moscú, enero de 1.951.*



*Dorsal 313. Campeonato de esquí del Técnico, grupo 2D. Estación acuática Dinamo. 10 de marzo de 1.951.*



*Amigos y compañeros del grupo 2D del Técnico. Moscú, 1 de Mayo de 1.951.*



*Amigos y compañeros españoles del Técnico. Moscú, 1.952  
De izquierda a derecha, Joaquín Sánchez, Arsenio Tascón, Antolín Sánchez y yo.*

## 21. DIMITROVO

En mayo del 1951 terminé el segundo curso, y a finales de ese mes nos asignaron las prácticas de Topografía, asignatura que se estudiaba los dos primeros cursos.

El destino fue las afueras de Dimitrovo, una ciudad situada en el Canal Volga-Moscú y unida por carretera y tren con la capital, a unos 40 ó 50 km de distancia.

El *cuartel general* lo instalaron en una escuela: pusieron las camas en unas aulas y se utilizaban las otras como salas de estudio. Por las mañanas salíamos al campo a tomar mediciones topográficas sobre el terreno y a la tarde plasmábamos ese trabajo en planos. Los trabajos se realizaban en grupos de a cuatro, y al finalizar las prácticas, presentábamos los planos, los valoraban junto con las notas sacadas durante el curso, y recibías el título de Topógrafo.

Las prácticas duraron un mes. Mi grupo estaba formado por tres moscovitas y yo. Recuerdo bien a dos de ellos, Popov y Projorov, con los que solía bañarme en un canal auxiliar donde se vertían y bombeaban las aguas de vaciado y llenado las esclusas del canal para el paso de los barcos. El canal tenía una anchura de algo más de 60 metros y estaba vigilado por guardas armados con fusiles, y con lanchas para el servicio. Un día que fuimos a bañarnos los tres, los dos rusos se montaron en la lancha del guarda y se dieron un buen paseo. Cuando el guarda apareció en la orilla de enfrente, les apuntó con el fusil y les ordenó acercarse donde él estaba y sacar la lancha a tierra. Mientras le preguntaba algo a Projorov, Popov se metió en la lancha, pego un salto y desapareció debajo del agua. El guarda apuntaba al canal con el fusil, esperando verle por algún lado, pero finalmente el chaval salió en la orilla de enfrente, donde estábamos los demás bañistas, lo que celebramos con risas y vítores por haber escapado. Sin embargo, el guardia llevó custodiado a Projorov al centro y tuvo que confesar quién había sido su compañero de lancha. Los dos tuvieron que presentarse en la dirección del Técnico, donde les leyeron la cartilla. A los dos días, aparecieron de nuevo por el centro y continuaron con las prácticas. Lo pasábamos bien; a veces preparábamos una hoguera y asábamos panceta de cerdo pinchándola en un palo. Nos la comíamos con un trozo de pan y estaba deliciosa!

El Profesor de Topografía era el máximo responsable de todo lo que allí se cocía. Tenía un caballo con el se paseaba por el campo, vigilando todo lo que hacíamos. Siempre llevaba encima unos prismáticos y una cámara de fotos, y cada vez que veía a alguno dormido apoyado sobre el teodolito, o haciendo alguna trastada o chapuza, lo fotografiaba. Esto podía influir en la nota final, porque un par de días antes de terminar las prácticas exponía las fotos en un tablero para que todos lo vieran. El viejo era un lince, pero enseñaba muy bien.

## 22. STALINGRADO - VOLZHSKIY

A la semana de terminar las prácticas de topografía, teníamos que empezar con las de construcción. Se trataba de visitar toda tipo de obras, sobre todo construcción de carreteras. Duraban mes y medio y cada uno elegía el lugar según su criterio. El Técnico pagaban el viaje de ida y vuelta, nos alojaba y nos daban unas dietas para nuestro sustento, no te morías de hambre.

Decidí realizar las prácticas en Stalingrado junto con unos cuantos compañeros de clase. El viaje se realizaba en tren, pero el billete que nos daban era para trenes *correo*, de los que paraban en todas las estaciones y apeaderos, con lo que el viaje se hacía largo y cansado. Salimos de Moscú, de la estación de Kazan y tras recorrer 1.100 km y pasar mucho calor, llegamos a Stalingrado a las 11 de la mañana dos días después. Nada más llegar, dejamos las maletas en la consigna y nos fuimos derechos al río, a bañarnos a la zona del embarcadero. El río Volga tiene muchísima anchura y lleva mucha corriente; por eso había que bañarse cerca de lo orilla.

Después de comer fuimos a presentarnos a las oficinas de la dirección de las obras donde estábamos destinados. Nos costó tiempo encontrar el lugar, la ciudad entera parecía una escombrera: todo eran ruinas después de los combates del año 1943. Llegamos 24 estudiantes y nos destinaron a distintos lugares. A otros cuatro compañeros y a mí nos destinaron a las obras de la orilla derecha, río arriba. El sitio se llamaba Volzhskiy, un pequeño pueblo entonces, pero ahora ciudad.

Nos alojaron en una casa de dos plantas, donde solo permanecimos una semana. Luego nos enviaron a una tienda de campaña como las que usan los militares, donde dormíamos unas 24 personas. Muchos eran trabajadores de las obras que se hacían y la convivencia fue buena.

Decían que la zona iba a ser una gran ciudad. Se estaban construyendo muchas casas y barracones, donde se alojaban los directivos de las obras, había un parque de camiones volquetes, se estaba construyendo unos astilleros para reparación de buques, además de carreteras y calles.

La inmensa mayoría de los trabajadores eran presos que cumplían condenas por algún delito grave, muchos con 10 ó 20 años de condena. Estaban ubicados en dos campos de trabajo con 4.500 personas cada uno. Los llevaban

al trabajo custodiados por milicianos armados con fusiles y acompañados de perros. Los que trabajaban en el astillero no eran vigilados de cerca, pues todo el perímetro del complejo estaba cercado. Había una gran franja de tierra arada entre dos alambradas suficientemente altas y con hombres armados en varias torres de vigilancia ubicadas a lo largo de las mismas.

Para entrar a las obras teníamos que enseñar un salvoconducto que se lo quedaban en la entrada. Muchas veces pensamos que nos quedábamos dentro. Los guardias eran en su mayoría de origen asiático y no dominaban bien el ruso, y había confusiones con los nombres y apellidos a la hora de salir.

Al mediodía a los presos les llevaban la comida, pero nosotros teníamos que salir. A unos dos kilómetros habían montado un comedor en un gran barracón donde comíamos la mayoría de los trabajadores. Se comía bien y por poco dinero. El desayuno y la cena lo hacíamos en la tienda donde dormíamos, a base de bocadillos de queso, carne, sardinas en lata y *quefir*, una especie de leche; a veces también comíamos pescado y cangrejos procedentes del río.

En la tienda dormía con nosotros un maquinista de excavadoras con el que entablé amistad, y cuando cobraba la paga quincenalmente, me invitaba a cenar alguna conserva; así probé la mermelada de pétalos de rosas y nueces con cáscara verde en almíbar procedente de Bulgaria.

Todo nos iba bien hasta que un día cayó una tormenta. En esa zona no llovía mucho en verano, al igual que en el resto de estepa del Volga. El invierno es duro, nieva mucho y el frío es muy intenso (solo hay que recordar los estragos que causó al todo poderoso VI Ejército Alemán durante la Batalla de Stalingrado en el invierno de 1943). Pero como en todos los lugares, alguna que otra tromba de verano caía. Nos pilló de lleno cuando regresábamos a la tienda por la tarde. Llegamos empapados, nos cambiamos de ropa, y cuando paró la tormenta colgamos la ropa en las cuerdas que tensaban la tienda en la parte exterior. Por la mañana, cuando nos levantamos, vimos que a todos nos faltaba la ropa que habíamos dejado encima de los taburetes junto a las camas al acostarnos y la ropa que teníamos tendida fuera. Eso sí, los cacos habían dejado todos los documentos y pases junto a las Camas. Dinero se llevaron poco, nunca llevábamos mucho encima, estábamos avisados. Había mucha gente a la que le quedaba poca condena, dos o tres meses, y les dejaban más sueltos, sabían que no escaparían a ningún sitio faltándoles tan poco tiempo para verse libre. Pero podían atracarte.

A mí casi me dejan en cueros. Los compañeros que tenían mejores ropas que yo tuvieron más suerte, parece los ladrones tuvieron mayor atención con ellos. Esa misma mañana fuimos a las oficinas de las obras y denunciarnos lo

sucedido, recalcando la precaria situación en la que nos encontrábamos, pues nos habíamos quedado sin dinero para aguantar el tiempo que nos quedaba de prácticas. Solicitamos reunirnos con el responsable de los 24 chavales que fuimos a prácticas a Stalingrado, y al cabo de varios días, apareció dicho señor y quedó en ver qué podía hacer, pero mientras tanto debíamos continuar con lo que teníamos programado. Pasaron dos o tres días y como no recibíamos ninguna respuesta, decidimos ir a las Oficinas Centrales de todas las obras de la región, que estaba en la ciudad de Stalingrado. Pasamos el río en barco, dejamos las maletas con lo poco que tenían en la consigna de la estación de tren y nos presentamos en el centro. Contamos todo por enésima vez y pedimos ayuda, que trabajaríamos para ganarnos esa ayuda, pero que nos cambiasen de lugar para poder seguir con las prácticas que habíamos venido a realizar, y nos prometieron estudiar el caso.

Pasábamos los días visitando la ciudad. Vimos el lugar donde estuvo ubicado el cuartel general del mando del Ejército Alemán, al mando del Mariscal Paulus. Todo eran ruinas, el patio estaba repleto de vehículos antes pertenecientes a los mandos, y ahora rotos, quemados. En un paseo había una placa conmemorativa que recordaba a los héroes muertos en la Batalla de Stalingrado, entre ellos el piloto Rubén Ibarruri, el hijo de la Pasionaria. También visitamos los barrios obreros, la fábrica Octubre Rojo, una fundición gigantesca, y la Fábrica de Tractores, donde trabajaban más de 12.000 operarios. La ciudad era muy grande, sobre todo en longitud (unos 60 km) y nos desplazábamos gracias a las varias líneas de tranvía que la recorrían. Había 4 zonas: Stalingrado, Stalingrado I, Octubre Rojo y la ciudad del Tractor. Y aunque todavía había muchas ruinas, se veía bastante construcción nueva.

Pasábamos las noches en los bancos de un parque cercano a la estación del tren sentados, medio dormidos, porque la policía, que pasaba a menudo, no permitía tumbarse. Cuando pedían la documentación, a los amigos les echaban bastante bronca, aunque a mi me reprendían menos; al ver que mi pasaporte era extranjero, les daba reparo que pensara que su comportamiento podía ser grosero. Muchas veces nos levantaban o nos echaban del parque, y teníamos que buscar otro lugar donde pasar el resto de la noche. Casi siempre íbamos a la ribera del río, cerca del puerto fluvial. Escogíamos esos lugares porque si la policía te preguntaba qué hacíamos allí, siempre podíamos excusarnos con que esperábamos el barco o el tren de la mañana. La única manera de que te dejaran en paz era mentir.

Todos los días nos presentábamos en las oficinas de las obras esperando una respuesta a nuestro caso, pero lo único que obteníamos eran largas. Al cabo de una semana, nos dijeron que debíamos volver al mismo lugar en el que habíamos estado y que ya tomarían una decisión definitiva sobre qué ha-

cer con nosotros. Nosotros nos negamos, no queríamos volver, y dijimos que iríamos a Moscú a dar cuenta de lo sucedido en la dirección del Técnico. Y sin pensarlo dos veces, nos montamos en el tren rumbo a Moscú. Fue durante el trayecto cuando tuvimos tiempo de hablar y sopesar las consecuencias que podía tener el haber abandonado las prácticas. Lo peor, que nos expulsasen del Centro por desobedecer las ordenes dadas desde la Oficina de Obras de Stalingrado. Aunque también existía la posibilidad de que nos dieran la razón y nos enviasen a otro lugar a completar las prácticas. Esperábamos conseguir el apoyo del padre de Serguei Socolov, uno de los compañeros. Su padre era militar de alta graduación en el Ministerio del Interior, y el centro dependía de dicho Ministerio.

Al día siguiente nos presentamos a la dirección del centro y expusimos el caso. Escucharon nuestro relato y nos citaron para el día siguiente. La respuesta fue clara: teníamos que volver a Stalingrado y continuar las prácticas en la misma obra. En caso de no hacerlo, se nos abriría un expediente en la ficha personal por abandono de una construcción del comunismo, con el consiguiente perjuicio que eso podía acarrear en el futuro. Nos aseguraron que si obedecíamos no pasaría nada, que se olvidaría el asunto y borrón y cuenta nueva. Yo no lo creí. En la Unión Soviética toda persona tenía una ficha en la que figuraba toda su vida, su comportamiento, el pensamiento político... Era una ficha policial y te acompañaba allá donde fueras a estudiar, a trabajar, etc.

Pedimos consejo al padre de Serguei, y aunque nos comprendía, nos dijo que la razón siempre la llevaría el Partido Comunista, que tenían la sartén por el mango y que no podíamos hacer nada. Nos podían tratar de desertores por abandonar una obra del gobierno comunista.

Dos días después, tomamos el tren de vuelta a Stalingrado a terminar las prácticas. A los compañeros sus padres les habían repuesto el dinero perdido, pero yo me encontraba en apuros, prácticamente me había quedado sin un céntimo.

El tren correo para Stalingrado salía una vez al día, bien entrada la tarde. Compramos los billetes Kolonna, a 90 km. La línea hasta allí estaba electrificada y por eso existía servicio de cercanías. Habíamos decidido realizar el resto del viaje de polizones. No nos movimos del vagón. Por la noche apenas pasaban los revisores y todo fue bien. A la mañana sin embargo apareció uno. Enseñamos el carné de estudiante pero nos dijo que sin billete no podíamos viajar dentro del vagón, pero que podíamos ir en la plataforma de entrada. Eso sí, cuando el tren parase en las estaciones, debíamos bajar al andén y hacer como que estirábamos las piernas. El trayecto es de 1.100 km, lo que suponía

dos noches en el tren, y nos pillaron dormidos en las dos ocasiones. En todas las estaciones había policía.

La primera vez tuve tiempo de escabullirme, pero a los otros cuatro los llevaron a comisaría. Les pidieron la documentación, les rellenaron una ficha y les soltaron una vez el tren ya había salido; les dijeron que sin billete no montarían en el tren. Cuando les vi en la sala de espera me acerqué a ellos y me contaron lo sucedido. Al rato apareció un policía y me preguntó si yo también había estado en la comisaría. Le dije que no había hecho nada, que no tenía motivos para visitar dicho lugar, pero le pareció sospechoso y al final me llevó a la comisaría, donde rellenaron la correspondiente ficha. Se extrañaron mucho al ver un pasaporte que ponía "sin ciudadanía" expedido a un español.

Tuvimos todo un día para vagabundear por aquella población, y a la noche nos volvimos a colar en el tren por la parte contraria al andén.

Todo parecía que nos iba bien, pero la siguiente noche nos pillaron otra vez dormidos, en Mijailovka, y vuelta a comisaría. Pasamos el día en un mercadillo cercano a la estación. Nos atiborramos de comida y bebimos *braga*, una bebida refrescante elaborada a base de trigo fermentado, azúcar y levadura, con 5% de alcohol. Al atardecer anduvimos unos 10 km hasta un apeadero para coger el tren por la noche, era peligroso volver a intentarlo en la estación de Mijailovka. Tuvimos suerte y por la mañana estábamos de nuevo en Stalingrado.

Nos alojaron en un barracón, y me dieron trabajo de enlace en la oficina de planificación de las obras. Trabajaba seis horas por las mañanas, repartiendo las ordenes de trabajo para el día siguiente en los distintos núcleos de trabajo. El resto del tiempo lo pasaba con los amigos, cogiendo cangrejos de las trampas que ponían los caseros de la zona, o pescando peces del lago tirando desde la orilla de las redes que había. Las capturas se repartían entre todos los participantes.

Y así finalizamos las prácticas. Escribimos el informe final sobre los trabajos que se hacían en la zona de obras: cómo las realizaban, los métodos usados, maquinaria empleada... Nos firmaron y sellaron todos los papeles, y después de darles las gracias por la estancia, nos volvimos para casa, para Moscú.

Aun faltaba un mes para que comenzara el tercer curso, las clases empezarían el 20 octubre. Encontré trabajo en una fábrica que hacían alternadores y dinamos para coches y tractores, como peón en la brigada de mantenimiento. Pagaban bastante bien y con el dinero me compré algo de ropa.

En octubre de 1951 empecé el tercer curso. La vida seguía su curso, prácticamente todos los días eran iguales. Lo principal era asegurarse la comida. Por eso cuando cobrábamos la paga mensual, para asegurarnos que no faltase comida todos los días, hacíamos caja común entre cuatro amigos: dos amigos rusos, Valentín y Víctor, y dos españoles, Joaquín y yo. Este sistema de cooperativa alimenticia la mantuvimos otro año más, hasta terminar los estudios. El rancho lo preparábamos nosotros, no gastábamos platos: se ponía la cazuela directamente sobre la mesa y al combate.

Como ya he dicho, la comida básicamente era sopa de patatas, de patatas con arroz o macarrones, puré de patata, y todos los guisos acompañados de refrito de cebolla. Comíamos mucho pan de centeno, y para beber, agua o té. No llegaba para mucho más, y el cuerpo estaba a falta de vitaminas y otras carencias.

Llego enero del 52 y con él las vacaciones de dos semanas correspondientes a medio curso. Aquel invierno hizo bastante frío, casi 20° bajo cero. No pude salir ni a la calle, además me habían salido forúnculos en el cuello y la cara, estaba vendado y parecía una momia. Lo pasé bastante mal. En el técnico teníamos botiquín, lo regentaba una enfermera algo mayor que nos tenía gran aprecio a los españoles. Le daba pena que no supiéramos nada de nuestros padres, decía que éramos huérfanos de la guerra. Nosotros siempre nos prestábamos a todo para lo que nos requería, y en cuanto pudo nos agenció a Arsenio Táscon y a mi unos vales de comida y cena para todo un mes en un comedor dietético: comida normal sin sal y algunas veces cocinadas al vapor, ¡pero para nosotros era un manjar! Como no podíamos ir a comer por el horario de clases, a la hora de la cena íbamos los cuatro.

Durante el invierno hice los papeles para conseguir el pasaporte de ciudadano de la Unión Soviética. Con mi pasaporte "sin ciudadanía" tenía que presentarme cada tres meses a la policía y pedir permiso cada vez que salía de Moscú, era un engorro. Nada más convertirme en ciudadano de la Unión Soviética, tuve que presentarme en la Caja de Reclutas, el 8 de Marzo de 52, el día Internacional de la Mujer. En el centro había muchas médicos militares, y aunque ese día no era festivo, estaban preparando una fiesta y una comida especial. Nos colocaron a todos los reclutas en fila, nos quitamos la ropa y nos hicieron un reconocimiento médico. Ya éramos carne de cañón.

En Mayo terminé el curso y teníamos que volver a elegir destino para las prácticas de construcción de carreteras. Los cuatro del año anterior queríamos ir juntos, pero la dirección del centro nos envió a cada uno a lugares diferentes. Cada curso de la Facultad de construcción de carreteras estaba dividido en cuatro grupos, y aunque en algunos estudiaban chicas, en el mío todos éramos

chicos. Como castigo me obligaron a acompañar a dos chicas, Zina y Vera, dos moscovitas, a las obras de la carretera Orel– Briansk, a 300 km de la capital.

## 23. OREL - KARÁCHEV - BRIANSK.

Tomamos el tren por la mañana con destino a Orel, que en ruso significa águila. Nada más salir de la estación vimos la ciudad: parecía una gran escombrera, todo estaba en ruinas. Apenas si quedaba algo en pie después de las grandes batallas que libró allí el Ejército Rojo contra las tropas alemana. Volvimos a la estación, y tomamos el tren con dirección a Briansk. A los 15 km nos apeamos en una pequeña estación, donde se encontraban las oficinas de las obras de la carretera. Una vez nos presentamos, nos informaron en qué consistían las obras de reparación de la carretera, la fase en la que se encontraban los distintos tramos y los lugares de dicha obra que deberíamos visitar. Nuestro primer destino fue la ciudad de Karáchev.

Esta pequeña ciudad está en la misma línea férrea que Briansk, a unos 40 km de distancia, y por ella también pasaba la carretera que unía las dos capitales de provincia: Orel y Briansk. Tenía un aspecto bastante bueno, habían construido muchas casas, sobre todo de troncos de pino, las típicas casas rusas, y había tiendas de comestibles, plaza de mercado, comedores...

Nos alojaron en una casa particular que alquiló la oficina de la obra. A las dos chicas les dieron una habitación y a mí me instalaron en el zaguán, en el que habían habilitado un cuarto. Los dueños de la casa era un matrimonio joven y tenían dos hijas pequeñas de dos y cuatro años. Él era ruso y trabajaba en un hospital como enfermero. Su mujer era de origen judío, era una mujer inteligente, muy guapa y muy buena persona, y se ocupaba de la casa. Nos preparaba el desayuno y la cena. La comida la hacíamos en la ciudad, casi siempre en el comedor del mercado. Como era verano había muchas moscas, y si caía una dentro del plato, una de mis compañeras no comía más, por más que le insistía en que sacara el bicho y siguiera comiendo. Teníamos buena convivencia con la familia, y le echábamos una mano con las tareas de la casa, con la huerta o cortando leña para el invierno. Y algunas de las veces que íbamos a bañarnos al río, nos llevábamos a las pequeñas. Ellos lo agradecían. Recuerdo un día que tenía mal las tripas y el hombre me dijo que tenía un remedio para eso. Lo preparó y me le dio a beber, ¡era aguardiente con sal! No recuerdo cómo quedaron mis tripas, pero mi cabeza terminó mareada. También recuerdo que la mujer tenía un miedo atroz a las tormentas, y cuando tronaba, se refugiaba debajo de la silla donde tú estuvieras sentado.

Cerca de la casa estaba la estación del tren y de allí salía un ramal a la base central de las oficinas de las obras, donde estaba el galipó para el asfaltado de las carreteras. Se transportaba en cisternas de doble camisa exterior, la máquina metía el vapor para calentar el contenido y después se vaciaba a unos depósitos. En la base central se realizaban ensayos y controles, y después preparaban todo para enviar la mercancía a su destino.

Estuvimos unos diez días en Karáchev, en esa base de betunes asfálticos, y de allí nos enviaron a un pueblo a 30 km, en dirección Orel, donde se concentraba la obra principal de reparación de la carretera. Nos alojaron en una *isbá* bastante grande, la típica casa de aldea rusa con tejado de paja de trigo colocado por capas y atado a los travesaños de la cubierta. Estos tejados alcanzan un espesor de 50 cm y aíslan tanto del calor como del frío, y además, no dejan pasar la humedad al camarote, donde se almacenaba el heno para el ganado.

El pueblo era bonito, con muchas casas con la misma construcción. Las chicas se alojaron en una habitación junto con la hija de la dueña, una estudiante universitaria de la misma edad que mis compañeras. Yo me fui al desván, a dormir encima del heno, algo muy comfortable.

Al pueblo llegó otro grupo de estudiantes de Smolensk a hacer prácticas, estudiaban lo mismo que nosotros. Eran unos diez chicos y chicas, y entablamos muy buena amistad con ellos. Estábamos todo el día juntos: íbamos a pescar a un río cercano, a coger avellanas al bosque, que tenía unos 16 km de largo. De tanto comerlas, nos dolían las mandíbulas al masticar.

Por las mañanas hacíamos acto de presencia en las obras, para que nos viesan los encargados de las mismas y luego atestiguaran nuestra presencia, a la hora de hacer el informe que teníamos que presentar en el técnico. Una vez visitado los distintos lugares de las obras, marchábamos a comer. Comíamos en la casa donde estábamos hospedados; la dueña de la casa nos daba el desayuno, la comida y la cena. El desayuno y la cena casi siempre era lo mismo: pan, queso y leche. Al mediodía la comida consistía en patatas con huevo. Se hacían en una sartén de hierro colado sin mango, se formaba una tortilla, y se cocinaba en el horno de la estufa rusa que había en todas las casas de las aldeas rusas.

La estufa rusa es una mole construida de ladrillo, de 3x3x2,5 metros, cuyo interior tiene forma de horno. Se colocaba casi siempre en el centro de la *isbá* y a partir de ella se distribuían las habitaciones. En invierno se quema la leña dentro, y el calor del fuego y el humo calienta toda esa masa de ladrillos en su camino hacia la chimenea, al pasar a través de los laberintos que componen las paredes. La parte superior de la estufa es plana, y cuando los inviernos son muy duros, se colocan los colchones encima y allí duermen. La antesala del

horno era la zona donde se cocinaba: sacaban las ascuas a la boca del horno y las arimaban a los pucheros. Disponía de salida directa de humos para cuando no se necesitaba calentar todo el horno. Las cazuelas eran de hierro o arcilla, y para manipularlos utilizaban una horquilla con punta de hierro.

Al anochecer, después de cenar, solíamos ir a la plaza del pueblo, donde nos juntábamos todos los jóvenes, tanto nativos como forasteros. Cantaban, bailaban danzas rusas, contaban historietas, chistes... Como yo no sabía ni canciones ni bailes, me iba pronto a dormir.

Como he dicho, yo dormía en el desván sobre el heno, uno de los mayores goces de esta vida: estar tumbado y oler el perfume que desprende la hierba seca. A los pocos días, las dos compañeras se subieron a dormir al pajar alegando que en la habitación hacía mucha calor por la noche. Más de una vez que subía más tarde que ellas, las encontraba metidas en mi cama y tenía que pelear con ellas para sacarles de allí. Me buscaban para esos juegos, pero no me sobrepase con ellas, las trataba como hermanas. Además, Zina tenía un medio novio que se llamaba Serguéi. Vino a visitarla, estuvo con nosotros tres días, y era estudiante del mismo grupo de las chicas. No quería más roce que el de buena camaradería, no me interesaba meterme en asuntos que podían comprometerme una vez terminadas las prácticas de verano. Cuando empezamos los estudios del cuarto curso, seguí viendo a las dos chicas, y hablábamos, nada más. Pero parece que Vera estaba enamorada de mí. Era una señorita educada, de modales finos, siempre bien vestida, elegante y guapa. Yo hasta entonces no tenía pensamiento alguno en andar con una chica en serio: no tenía un rublo para invitarle al cine, mis ropas no eran buenas... así que pensaba que solo haría el ridículo. A Vera no le di motivos para que siguiera con sus pretensiones de ser algo más que conocidos, y dejó de hablarme.

Cuando terminamos las prácticas, acompañé a las chicas a la estación: ellas se marchaban a Moscú y yo regresaba a Karáchev, a pasar unos días en casa de unos vecinos de donde nos habíamos hospedado. Me había invitado Piotr, un muchacho que conocí cuando íbamos a bañarnos al río. Les contó a sus padres que había conocido a un chico español que estaba de prácticas en la ciudad, que estudiaba en Moscú y que era uno de los niños refugiados en la Unión Soviética a causa de la guerra civil española de 1.937. A los pocos días de llegar a Karachev, una tarde me invitó a merendar a su casa y así conocí a sus padres. Me preguntaron que iba a hacer una vez terminadas las prácticas, y les dije que marchar a Moscú, a trabajar en la misma fábrica que el año anterior, para conseguir algo de dinero y comprarme así ropa para el invierno. Insistieron en que me quedase unos días con ellos, que le hiciera compañía a su hijo, que me ayudarían... y al final de las prácticas volví y pasé con ellos unos doce días.

El padre trabajaba como gerente de una cooperativa de tiendas de consumo y la madre era una buena modista, cosía en casa. Piotr iba a terminar los estudios, estaba en décimo curso. Tenían una casa grande de madera, un huerto, un prado con algunos frutales, un cobertizo para las leñas y el gallinero, todo cercado con una valla de madera.

Lo pasamos bien: paseábamos por los alrededores de la ciudad, íbamos a bañarnos al río, al bosque a por avellanas con otros amigos de Piotr. Los domingos y los jueves la madre de Piotr nos mandaba a la plaza del mercado a comprar carne, y solía venir con nosotros, como un perrito faldero, un gato de angora que tenían en casa. Nos esperaba cerca de la entrada del mercado y cuando salíamos le dábamos un trozo de carne.. y vuelta para casa. Era un gato muy bonito. Al poco tiempo de irme, Piotr me escribió diciendo que les habían robado el animal.

Para guardar la casa tenían un perro pastor alemán. Una noche se armó mucho alboroto en el cobertizo, donde estaban las gallinas, y pensamos que algún caco había entrado a robar. Soltamos al perro, que dormía en la entrada de la casa, y fue derecho al gallinero, y nosotros, detrás del chuchó. La puerta estaba cerrada pero seguía el alboroto dentro, y al abrirla, vimos salir un bicho a toda leche. El perro salió disparado detrás de él, pero no lo alcanzó, se escapó por debajo de la valla. Debía de ser una comadreja, pues degolló a unas cuantas gallinas. Por miedo a que volviese a suceder, al anochecer subíamos todas las gallinas al camarote de la casa por unas escaleras que quitábamos en cuanto acabábamos la faena, para que no subiese nada ni nadie.

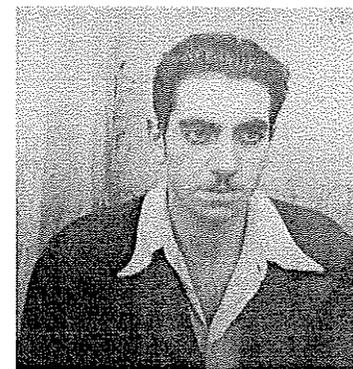
Los padres de Piotr solían invitar después de cenar a algunos vecinos a tomar té en el porche de la casa. Ponían el *samovar*<sup>9</sup> y preparaban el té. Lo tomábamos en vasos con caramelos, pues el azúcar escaseaba en aquellos tiempos. Charlábamos sobre muchas cosas, me preguntaban mucho sobre la vida en el colegio, cómo nos trataron, dónde habíamos estado. Durante el tiempo que duraba este coloquio nos tomábamos dos o tres vasos grandes de té, y salías con la barriga llena.

Esta gente me demostró un gran cariño y aprecio, y me ayudaron con dinero para el viaje de regreso y algo más. La madre de Piotr también me hizo un chaleco acolchado para el invierno. Mantuve correspondencia con ellos durante mucho tiempo.

<sup>9</sup> Recipiente de origen ruso, provisto de un tubo interior donde se ponen carbones, que se usa para calentar el agua del té.



Moscú, 19 de noviembre de 1.952.



Mi tío Juan.  
Moscú, 10 de enero de 1.950

## 24. KOLOMNA

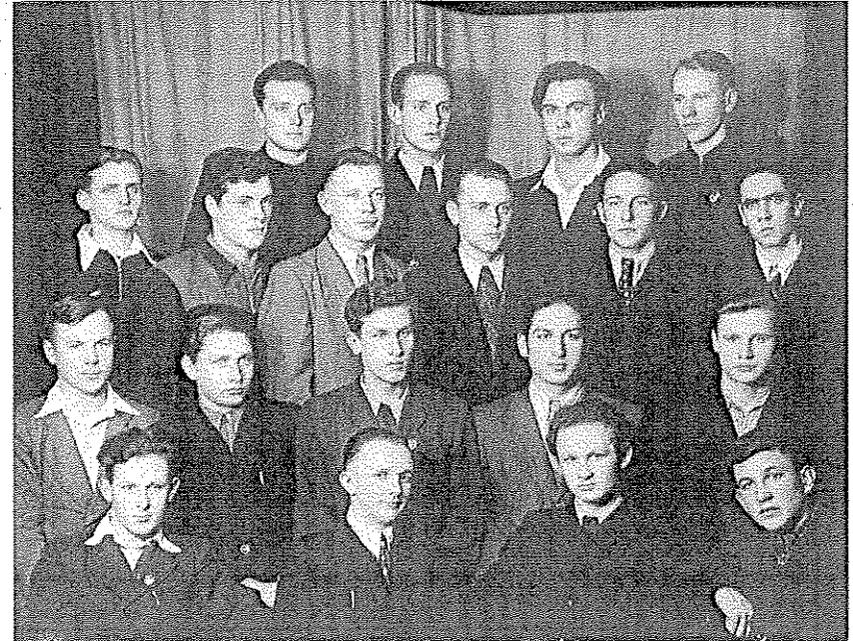
Ese otoño las clases del último curso empezaban más tarde de lo habitual, así que me fui a trabajar a la fábrica. Trabajaba de peón, cargando los camiones de escombros, y acompañando después al chofer a descargarlos en la escombrera. Lo que te cansabas cargando o descargando, lo descansabas en el viaje de ida y vuelta. Como ya he dicho antes, nos pagaban bien. Ganábamos entre 780 y 950 rublos al mes, que no estaba nada mal.

Durante la época de cosecha, el gobierno obligaba a las fábricas a enviar personal para ayudar en las tareas de recogida. Creo que los gastos corrían a cuenta de la propia empresa. Así me vi incluido en una brigada junto con otros veintitrés operarios. Nos enviaron a recoger berzas a un campo inmenso cerca de la ciudad de Kolomna, a 90 km de Moscú. Aunque nos alojábamos en las casas de los campesinos, al mediodía nos traían la comida en furgoneta hasta el campo donde trabajábamos, en unos termos grandes. Nuestro trabajo consistía en cortar las berzas, amontonarlas y cargarlas al camión. Así durante dos semanas, 10 horas al día. Un día cargamos una gabarra de río entera de berzas, no sé ni cuantas podía haber... terminamos hartos de tanta berza.

Ese otoño comencé el último curso. Al poco, me llamaron a una reunión de la organización juvenil del Partido Comunista de mi clase, *KOMSOMOL*. Como ya era ciudadano de la Unión Soviética, y conocía bien la historia del País, y era buena persona, un ejemplo para muchos, pues me recomendaban ingresar en esa organización.

Generalmente todas las personas pertenecientes al Komsomol o al Partido Comunista tenían más puertas abiertas a la hora de encontrar un puesto de trabajo, ocupar un cargo en la sociedad, etc. Además estabas casi obligado a ser miembro, aunque fuera solo de bulto. No pertenecer al Komsomol generaba recelo y todo esto se anotaba en la ficha personal.

Además de la solicitud, tenía que estar avalado por cuatro personas. Mis compañeros de habitación, con los que llevaba conviviendo tres años, me lo dieron, me conocían perfectamente. Y con esto me presenté ante los komsomoles de mi clase. Me preguntaron dónde nací, quiénes eran mis padres, porqué me encontraba en la URSS, dónde había vivido y muchas otras cosas, y lo más importante: para qué y por qué ingresaba. Solté cuatro frases de alzamiento



*Fotografía hecha en la calle Puskin de la promoción del 53 - Grupo 4D.  
En la tercera fila, a mi derecha, Joaquín Sánchez. Moscú, marzo de 1.953.*

patriótico al régimen soviético y al Partido Comunista por la gran labor que hacían a favor del pueblo de los trabajadores. Y así pasé la criba.

Días después me llamaron al Comité del Komsomol de la facultad, donde me preguntaron prácticamente las mismas tonterías. Y mis respuestas les parecieron también correctas. Pero entonces me dijeron que debía presentarme al comité del Komsomol del Distrito de Bauman y que allí me comunicarían si aprobaban o no mi entrada en la organización. Al oír esto les dije que no pensaba ir a ningún otro sitio, que aquellos camaradas no me conocían de nada, que los únicos que podían cualificarme eran ellos mismos, mis compañeros de clase. Ellos se escudaban en que eran las normas, y como yo no compartía ese criterio, pedí que anulasen mi solicitud, me disculpe por el tiempo que les había hecho perder y di las gracias a los que me avalaron. Todo esto quedaría reflejado en mi ficha personal; lo descubrí más tarde cuando fui a trabajar.

El Técnico disponía de un edificio con dormitorios mejor equipados para los alumnos de cuarto curso, y junto con mis compañeros, fuimos trasladados a él. Pero al poco tiempo de llegar pedí que me devolvieran al viejo edificio, pues la ventana de nuestro cuarto daban a las vías del ferrocarril por las que cada pocos minutos pasaba un tren con el consiguiente ruido. Era muy molesto. En este mismo edificio tuvo lugar un accidente mortal: unos amigos que iban a ir de caza, fueron a despertar a un compañero que se había quedado dormido. Este tenía el arma en el perchero junto a su cama, y para despertarle, cogieron el arma para zarandearle, peor el arma se disparó. Parece ser que se dejó cargada la escopeta por descuido, pero el pobre chaval no despertó nunca más.

El curso continuó bastante bien. Teníamos como nueva asignatura automóvil y tractores, con prácticas de conducción incluidas. Eran unas 45 horas y realizábamos las prácticas con una camioneta de tonelada y media, en invierno, con las calles heladas y con las vías de los tranvías. Había que estar muy atento para evitar los patinazos.

Los dos últimos meses del curso, los cuatro que compartíamos régimen cooperativo solíamos ir a comer al comedor del centro. Los últimos días del mes no teníamos ni un rublo en el bolsillo, pero la encargada del comedor nos fiaba la comida hasta que se la pagábamos cuando cobrábamos. Allí coincidíamos muchas veces con una chica que se llamaba Valentina. Estudiaba en la facultad de administración, le quedaba aun un curso para terminar la carrera, y era la hija de la encargada del comedor. Trabé una muy buena amistad con ella. A veces íbamos al cine o le acompañaba a casa cuando salía de clase por las tardes, pero no pasamos de ahí, solo éramos buenos amigos.



*Valentina Papina. La fotografía que me regaló el día que nos despedimos en Moscú antes de mi vuelta a España. Enero de 1.957.*

En marzo un acontecimiento sacudió toda la URSS: muere el jefe del estado, Stalin. Parecía que había caído una losa sobre el país entero. Todo estaba triste, en la radio y la televisión solo daban noticias y ponían música fúnebre, hablaban del dirigente bolchevique, de su vida, de su trabajo al frente del Gobierno... Fueron días tristes y aburridos. Llegó el día del funeral y todos estábamos obligados a acudir en manifestación con la gente de nuestro distrito. Tras recorrer varias calles y asegurarnos de que nos habían visto los directivos del Técnico, unos cuantos nos dimos la vuelta y nos fuimos al centro. Estas manifestaciones terminaban una vez pasada la Plaza Roja, era una caminata, con empujones, pisotones y mucho jaleo. Además cerraban todas las salidas del metro cercanas a la Plaza Roja y los ciudadanos tenían que recorrer grandes distancias para acudir al funeral. Yo tenía buen recuerdo de otro funeral de estado: en 1.946 falleció el jefe de estado Mijail Kalinin, y en aquel entonces estaba en el colegio de Najabino. Nos llevaron en tren a Moscú y anduvimos muchos kilómetros solo a hacer bulto y pasar por la Plaza Roja. Recuerdo que para mantener el orden había mucha policía a caballo, y empujaban con las grupas a la gente sin ningún miramiento. Terminamos medio muertos.

La propaganda de masas siempre se le dio bien a los dirigentes de la URSS. Cuando había elecciones generales o parciales, o para cubrir cualquier puesto de directivo, aunque ya estaba elegido el candidato por con el bloque del Partido Comunista y los Sin Partido (estos últimos eran mayoría, pero no pintaban nada), salían desde primera hora de la mañana, a eso de las 6, grupos de animadores armando mucho jaleo. Dirigidos por algún cabecilla, y a veces acompañados de músicos, se encargaban de no dejar en paz a nadie, y les arengaban para que fuesen pronto a votar, acudiesen a la manifestación, mitin o lo que hubiera aquel día. Hablando de votar, que a nadie se le ocurriese no cumplir con el voto. A los enfermos que no podían desplazarse, les enviaban a casa un coche con la urna para depositar el voto. Y siempre era elegido el que aparecía en el cartel. Aunque sinceramente creo que entre ellos también habría gente honrada y buena con el pueblo.

En mayo por fin terminé los estudios de la carrera técnica, tras cuatro años de sacrificios y gracias a las ayudas recibidas y a quienes nos las dieron. Para conseguir el diploma de Técnico de construcción y explotación de carreteras y puentes tenía que presentar el proyecto fin de carrera. Me encomendaron la organización para la construcción de un puente de hormigón armado de 200 metros de longitud. Esta obra ya estaba hecha, y lo que teníamos que replantear era los costes, métodos de trabajo, maquinaria a emplear, personal, etc. Me dieron los dibujos técnicos del puente y el presupuesto de la obra, era trabajo para dos meses largos. Por supuesto contábamos con el asesoramiento de profesores que nos asignaban para las consultas. Una vez finalizado el proyecto,



Diploma de Técnico de Construcción y Explotación de carreteras y puentes.  
Expedido el 7 de julio de 1.953.

tenías que exponer y defender tu trabajo ante una comisión del estado. No me salió del todo mal, y conseguí un regular.

Con el diploma ya en la mano elegí como destino para ir a trabajar la empresa de Construcción de Carreteras nº 10, en la ciudad de Kingisepp, provincia de Leningrado, sita en la carretera Leningrado-Tallin, a 100 km de la primera.

Me dieron las vacaciones, me pagaron el viaje al destino y unas pequeñas dietas de traslado y con una pequeña maleta y un saco con la ropa de invierno, marché junto con mi amigo Víctor y un compañero de este, Vladislav, a casa del primero a pasar unos días por invitación de sus padres. Vladislav vivía en la misma ciudad que Víctor. Estudió con nosotros y le apodaban *medved*, que quiere decir oso en ruso; era un chicarrón grande pero un buenazo.

El padre de Víctor era militar, tenía el grado de Mayor y era jefe de la Caja de Reclutas de la ciudad de Klin, en la línea del ferrocarril Moscú-Leningrado. Pasamos unos días muy buenos, con mucha actividad. Solíamos pescar en el río con dinamita que nos daban los militares de la caja de reclutas. Eran unas pastillas parecidas a las de jabón, en las que colocábamos un detonador pequeño con una mecha, le prendíamos fuego y las tirábamos en los remansos de las curvas que hacía el río. Nosotros nos colocábamos un poco más abajo, y tras la explosión recogíamos los peces que salían a flote, los metíamos en bolsas y salimos corriendo como alma lleva el diablo, pues cerca había un aeródromo militar y cuando oían la explosión, enseguida aparecía la Policía Militar. No creo que lo hubiéramos pasado bien si nos llegan a pillar. Luego en casa, la madre de Víctor preparaba la pesca y todos disfrutábamos de una buena cena en el jardín: los tres pescadores, la cocinera y el padre y sus compañeros de armas. Las cenas se alargaban mucho, se hablaba de todo, y se interesaban mucho por mi, era novedad entre ellos. La madre de Víctor casi siempre terminaba llorando, decía que tenía mucha pena por mi, porque no sabía nada de mis padres, que era huérfano. Además estaba muy triste porque su hijo se marchaba a trabajar a Magadan, una ciudad del extremo oriente en Siberia, a orillas del Mar de Ojostk, en la región de Kolima. Allí era donde el gobierno del camarada Stalin enviaba a los presos políticos a purgar por sus pecados. En invierno podían llegar a los 50° bajo cero. Posteriormente Víctor me comentó en sus cartas, que en invierno no podían transportar vodka, que tiene 40° de alcohol, porque se helaba y se reventaban las botellas.

Víctor tenía que hacer la mili. Si cuando llegabas a la edad de ir a la mili habías pasado dos cursos de carrera, te dejaban terminar los estudios pero cuando acababas tenías que cumplir con la obligación. Por aquellos tiempos la duración de la mili era larga: 3 años en Infantería, 4 años en la Marina y 5 años

en aviación. Él se iba a trabajar a esa maldita ciudad y al mismo tiempo haría la mili, me figuro que llevaría buenas recomendaciones por parte de su padre. A mí me parecía una barbaridad ir a un lugar tan inhóspito, me daba mucha pena por su madre.

Los días que pasé en casa de Víctor se me hicieron cortos. Todo fue muy agradable y agradecí todas las atenciones que me dispensaron. Me despedí de ellos, deseándoles lo mejor y me monté en el tren que me llevaría a Leningrado, donde tenía que trabajar.

## 25. LENINGRADO

Al llegar a Leningrado tenía que presentarme ante el ingeniero jefe en la oficina central de las obras de construcción de carreteras de la provincia. Me recibió un señor vestido con uniforme militar, un Coronel de las fuerzas del Ministerio del Interior. Entonces todos los mandos de los distritos de construcción de carreteras eran militares, ya que en las obras trabajaban prisioneros de guerra alemanes y presos comunes, y estaban vigilados por guardias armados.

El camarada coronel, así era como tenías que dirigirte a él, se interesó sobre mí, sobre la vida que había llevado hasta llegar allí. Me habló de varios destinos posibles para ir a trabajar, ninguno de los cuales era el que había solicitado. Sobretudo hizo hincapié en un trabajo más al norte de la ciudad para caminero de zona, en el que ofrecían casa y caballo para los desplazamientos. Me dijo *"Piénsalo y me contestas mañana"*. Me alojé en el mismo edificio de las oficinas, en una habitación de huéspedes, y tras dejar los bártulos me fui a visitar la ciudad. Era muy bonita entonces, a saber cómo será ahora...

Al día siguiente le contesté al coronel que prefería ir a Kingisepp, pues allí estaba trabajando un amigo de clase. Además, tenía 21 años y no quería dedicarme al mantenimiento de carreteras, quería aprender más haciendo nuevas construcciones. Pero el coronel insistía mucho en que fuese donde él quería. Y así pasaron varios días sin que nos pusiéramos de acuerdo.

Yo sospechaba que había leído mi ficha personal y no quería tenerme entre su personal. Todo por no entrar en el Komsomol. Le tuve que dar bastantes explicaciones sobre lo que suponía estaba escrito en aquella dichosa ficha. Le dije que el dinero se me estaba acabando y si no quería nada de mí, que me diese carta blanca, que volvería a Moscú e iría a trabajar a la fábrica de alternadores. Allí había dormitorio para solteros, un buen comedor y, trabajando de peón, ganaría 250 rublos más de lo que iba a cobrar en el puesto de capataz en Kingisepp, que solo pagaban 750 rublos al mes. Al quinto día, por fin, me dio la licencia para ir a Kingisepp y algo de dinero.

## 26. KINGISEPP

Cogí el tren Leningrado-Tallin y llegué a primera hora de la tarde. Las oficinas del distrito de construcción nº 10 estaban entre barracones, en un antiguo campamento para prisioneros de guerra alemanes. Solo habían quitado las alambradas que cercaban el exterior del campo cuando repatriaron a los presos a Alemania.

Me presenté al director, un ingeniero militar con rango de Mayor y me puso al corriente de los trabajos que realizaban. Estaban terminando un puente de hormigón armado sobre el río Luga, nuevos asfaltados, pasos de aguas... todo en la carretera Leningrado-Tallin.

Como vivienda me dieron una habitación en un barracón. Al poco tiempo de llegar vino a saludarme Igor, un moscovita que había terminado los estudios un año antes. Era un poco golfo, al menos eso me parecía a mí, pero un lince. Fui al centro de la ciudad a comer algo y a la vuelta me pararon cuatro chavales y me quitaron el reloj de pulsera que llevaba. Era una patata pero le tenía mucho cariño pues era un recuerdo de Antolín, me lo había dado el año anterior cuando terminó los estudios y se fue a trabajar. Tenía grabadas las iniciales del Sindicato Anarquista CNT. Además, tampoco tenía dinero para comprarme otro. Le conté lo ocurrido a Igor y me dijo: *"no te apures, mañana tendrás el reloj"*. Y así fue, me lo entregó al día siguiente. Se conocía a todos los quinquis de la ciudad. A los pocos días de mi llegada se fue a Moscú, porque aunque tenía terminados los estudios no había conseguido el Diploma y debía repetir la defensa de su proyecto ante la comisión.

La ciudad era vasta en extensión. La atravesaba la carretera Leningrado-Tallin por la mitad, de Oeste a Este, y por el Este estaba bañada por el río Luga, un cauce de aguas limpias cuya anchura superaba los cien metros y que fluía de Sur a Norte para desembocar en el mar Báltico. Al paso de la carretera que lo atravesaba se estaba terminando un puente de estructura de arco. El anterior había sido destruido durante la guerra y para cruzar el río solo existía un puente de pontones flotantes que lo montó el ejército.

En la ciudad se veían aun muchas ruinas dejadas por la guerra. Casi todas las casas fueron destruidas y solo conservaban su esqueleto o simplemente eran montones de escombros. Las construcciones nuevas correspondían a centros oficiales, cuarteles, la estación del ferrocarril, el cine, tiendas, comedo-

res... También había muchas casas particulares nuevas hechas con troncos de madera.

La población rondaría los 22.000 habitantes de los gran parte eran militares. En la ciudad había un cuartel de Intendencia, de Zapadores, personal de un gran parque de camiones para las obras, de un aserradero, y nuestra oficina, con más de medio millar de obreros, además de los trabajadores del hospital y la clínica.

Todas las mañanas salíamos del campamento en camiones. Les ponían sobre la cama una caja grande con bancos a modo de asientos y que servía de protección para el viento durante el trayecto hasta el lugar de trabajo. A veces nos desplazábamos más de 60 km. Empecé como responsable de un grupo de veinticinco trabajadores y pronto me puse al corriente del trabajo que realizaba la brigada. Comportándome como uno más entre ellos me gané el cariño y el respeto de todos. Les ayudaba con los problemas laborales, para que cobrasen más por el trabajo que hacían, intentando que las normas no fuesen abusivas y que cobrasen primas por terminar antes de lo previsto algunas de las faenas. A la hora de comer nos sentábamos todos juntos a comer el bocadillo y charlábamos de todo un poco. Les parecía triste que me hubiera criado en una casa de niños, pero yo les decía que nos habían tratado siempre bien y que estaba muy agradecido al pueblo ruso por todo lo que había hecho por nosotros.

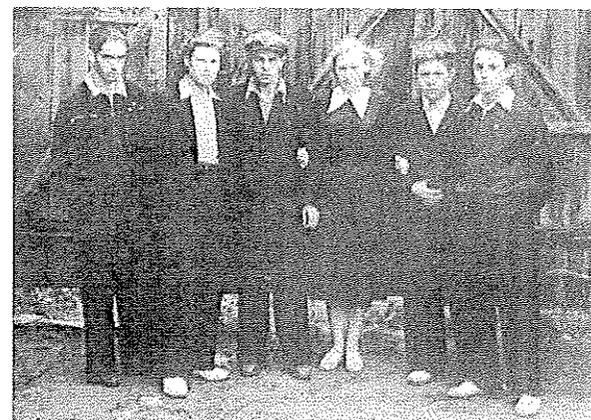
Nuestro trabajo consistía en el montaje de tuberías de hormigón para encauzar el paso de aguas subterráneas en la carretera, eliminando así los pequeños puentes de madera puestos durante la guerra. Quitábamos la mitad del puente y la otra mitad quedaba para el paso de vehículos. Los puentes podían tener varios ojos según la cantidad agua que estaba calculada iba pasar. Esta era una zona de inundaciones. Se preparaba los cimientos para el asiento de los anillos de hormigón armado, de 1 metro de largo y con diámetro variable, de 0.5 a 2,5 metros. Se juntaban bien los anillos, se tapaban las juntas con mortero, se cubrían con breas asfálticas, encima se colocaban dos telas asfálticas, luego una capa de arcilla, y sobre esta se echaba tierra, arena de drenaje y grava para el asiento de las posteriores capas de asfalto para pavimentar la carretera.

Sacábamos mucha madera de los puentes que desmontábamos. Parte la entregábamos en la oficina de la obra para tener leña para las estufas durante el invierno, algunos se llevaban otra pequeña cantidad para casa y el resto la vendíamos a particulares. Con el dinero que conseguíamos merendábamos toda la brigada, incluido el chofer del camión, aunque a él le contaban este viaje como un desplazamiento más en su hoja de trabajo.

También recogíamos la chatarra que había quedado esparcida por los bosques junto a la carretera después de la guerra. Con lo que obteníamos de su venta siempre alcanzaba para alguna una merienda u otros extras. Como todos participábamos en estas pifias, nos repartíamos los beneficios a partes iguales. Esta complicidad nos unía más en el trabajo y en el trato.

Lo que peor llevaba era tener que vivir en un barracón. Debía desplazarme a la ciudad a cenar, a hacer compras para el desayuno y la comida, para limpiar la ropa... Así que decidí buscar habitación en alguna casa particular con derecho a pensión alimenticia y cuidado de la ropa. En las mismas obras estaban de practicas unos estudiantes de segundo curso del Técnico donde estudié. Estaban alojados en una casa particular cerca de la base y como les restaban solo unos días para terminar el periodo de prácticas, fui con ellos a la casa donde estaban hospedados y hablé con la dueña para que, una vez se hubieran marchado los chicos de prácticas, pudiera alojarme allí. Quedamos de acuerdo y a los pocos días estaba en la nueva casa.

La casa estaba situada a unos 200 metros de las oficinas, en la calle Obviesdaya nº 11. Estaba construida con troncos y forrada con tablas entarimadas en el exterior e interior, y con la cubierta formada por laminas de madera colocadas a modo de una cubierta de pizarra. Tenía cuatro habitaciones, cocina y un zaguán grande, donde estaban la despensa y en el otro extremo, las letrinas. La casa tenía también un patio amplio con cuadra para las vacas, pajar y una cueva-sótano donde se guardaban las verduras y las patatas en el invierno. Una valla de madera rodeaba todo, incluida la huerta, y el acceso de el exterior se realizaba por un puentecito de madera en uno de los laterales del patio. En el interior de la casa, además de la cocina-estufa, había otra estufa de ladrillos



*En el patio de la casa de Kingisepp con la hija de la patrona y unos estudiantes de Moscú. Agosto de 1.953.*

que calentaba otras dos habitaciones. Se encendía dos veces al día cuando la temperatura del exterior era inferior a los 20 grados bajo cero.

Como lo más importante de la casa son las personas que habitan en ella, así que os diré con quiénes compartía la mía.

La patrona se llamaba María Osipovnova Pauk, era de origen estonio y había quedado viuda. A su marido lo desterraron a Siberia por los años treinta, a una pequeña ciudad llamada Svobodnyy en el río Zeya, un afluente del Amur, y estaba en la vía férrea del Transiberiano, a nueve días de tren de Moscú. Del marido no contaba nada, ni los motivos del destierro ni de su vida en Siberia, tan sólo me dijo que falleció allí. Nunca le pregunté nada más sobre ese tema. Dio la casualidad de que mi hermana María, una vez terminados los estudios de profesora de Historia Universal en la Universidad de Lomonosov en Moscú, marchó a trabajar al Instituto de Enseñanza de Svobodnyy. El instituto pertenecía al ferrocarril Transiberiano y todo trabajador del mismo tenía derecho a un viaje anual en tren de ida y vuelta a cualquier lugar de la Unión Soviética. En verano de 1.955 aprovechó el viaje y vino a visitarme a Kingisepp. A la dueña de la casa no le mencionamos el lugar de trabajo de Mari para no hacerle recordar el pasado.

La Señora María tenía dos hijas, Lidia e Irina. La mayor, Lidia, estaba casada con un ucraniano de nombre Alexander. Él era sargento del Ejército, enfermero en uno de los destacamentos que había en la ciudad, y ella trabajaba de secretaria en el Ayuntamiento. Su hermana Irina estudiaba en Leningrado y vivía con su tía en Petergof, una población periférica. Venía a casa por las fiestas y en las vacaciones de verano, estaba soltera y tenía algún año más que yo. Era una muchacha muy agradable, buena compañera, y físicamente guapa, de pelo rubio. Nos llevábamos muy bien. Siempre quería que la acompañara cuando iba con sus amigos al cine, a esquiar en las vacaciones de invierno y a bañarnos al río durante el verano. Éramos buenos amigos, nunca pasamos de ahí.

En otra habitación de la casa dormían dos militares, ambos sargentos de Intendencia. Uno de ellos, Yuri, era además músico. Siempre iba bien aseado, era un sibarita. Andaba detrás de Irina. La conocía mucho antes que yo, pero como siempre nos veía juntos me preguntó si estaba enamorado ella. Le dije que no, que para mí era solo una buena amiga. No me preguntó más, pero la chica no le hacía caso. Al poco tiempo los dos militares marcharon de casa, y Yuri, según me contaron, se casó después con una chica de la ciudad.

Al año de vivir en esta casa, Lidia y Alexander tuvieron familia, un niño al que llamaron Mijail. El pequeño creo que me quería más que a su padre, yo

jugaba mucho con él cuando venía del trabajo. En invierno ataba el perro a un trineo, un pastor alemán de nombre *gusiok* (gansillo), le montaba al pequeño y me lo llevaba de paseo por unos montes que había detrás de la casa. Un año antes de mi llegada, un vecino entró por el patio a la cueva-sótano y les robó más de un saco de patatas. Por las pisadas sabían a dónde fue el caco. Pero para cuando llegó la policía había pasado bastante tiempo y como había estado cayendo agua-nieve los perros de la policía perdieron el rastro y no se pudo demostrar quien fue el culpable, aunque ellos sabían de cierto que las patatas habían ido a parar a casa del vecino, tan solo a cuarenta metros de distancia. Por ese motivo trajeron al perro y lo ataron a un alambre grueso tendido a lo largo del patio, de manera que la cadena del chucho llegaba a todas las puertas de entrada de la casa, las cuadras etc...

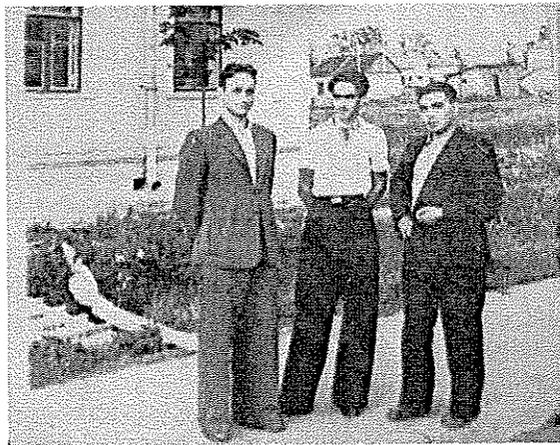
Me contó la patrona que cuando la población fue evacuada de la ciudad por el avance de las tropas alemanas en 1.941, esta familia vecina se quedó en la ciudad durante la ocupación alemana, y entraban en las casas cerradas a desvalijar y robar todo lo podían para luego venderlo. Cuando liberaron la ciudad de los alemanes en 1.944, el hijo fue condenado a 16 años de cárcel por los delitos que habían cometido. Los padres quedaron libres por cargar al hijo con todas las culpas.

Este vecino trabajaba en la brigada que me asignaron al principio en la obra. No le quería nadie, decían que era mal compañero, un chivato... en definitiva, una mala persona. Un día cuando regresábamos del trabajo hubo un incidente con este individuo, tras el cual pedí en la oficina su traslado a otra brigada. Yo iba sentado en la cabina junto al chofer cuando alguien desde la caja golpeó la cabina. Era la señal para que parásemos el vehículo. Me bajé y fui a ver qué ocurría. El vecino me dijo que le habían pegado y que le dolía la pierna porque le habían clavado algo; quería que le parásemos en la comisaría que quedaba de camino para poner una denuncia. Le pedí que fuera a sentarse a la cabina junto al chofer, y a éste le ordené que no parase hasta llegar a la base. Pero el vecino terminó presentando una denuncia y pocos días después la policía nos llamó a toda la brigada para declarar sobre lo ocurrido. Todos contaron que no había sucedido ninguna pelea y que la herida de la pierna seguramente se la había echo con algún clavo durante el trabajo y como era poca cosa, no había dado parte. Yo por mi parte dije que como estaba en la cabina no pude oír ni ver nada y creía lo que decía la mayoría. En realidad le habían clavado un pequeño puñal en la pierna. Tiempo después, el responsable de la agresión me regaló el puñal. Lo traje conmigo a España.

En la casa todos me querían, era uno más en la familia. Realizaba todos los trabajos relacionados con la vida en la finca: trabajar la huerta, segar heno para las vacas, cortar leña para el invierno, trabajos de mantenimiento de la

vivienda. Los cuatro años que viví allí fui como un hijo más para la señora María, tengo muy buenos recuerdos de aquella familia.

En la empresa que trabajaba también me apreciaban. Como era soltero tenían un comodín para los trabajos que se realizaban fuera del distrito de la ciudad. A mi no me importaba estar en otra parte, salvo en invierno, porque además del sueldo percibías dietas de desplazamiento. Un verano trabajé en una fábrica de asfaltos a 40 km de Leningrado como jefe de uno de los turnos. De encargado de la mecánica estaba un amigo, Jorge, un moscovita, muy buena persona. Íbamos a todas partes juntos: a visitar Leningrado, al cine los sábados por la noche, hasta el pueblo cercano a la fábrica, a veces solos y muchas otras acompañados por chicas. Los domingos salíamos a buscar setas con un matrimonio amigo. Las preparaban en salmuera o fritas con tocino, y las merendábamos todos juntos, estaban muy sabrosas.



Con mis compañeros ingenieros Sergue y Jorge. Kingisepp, 1.954

La fábrica estaba emplazada en un antiguo campo de trabajo de prisioneros de guerra alemanes, en un pequeño pueblo donde había una tienda como las de las películas del lejano Oeste y un comedor de carretera, donde comíamos y cenábamos la mayoría de los trabajadores. La vida en aquel sitio era algo aburrida hasta que hice una amiga. Se llamaba Tamara y era unos tres años mayor que yo. Su marido estaba en la cárcel, en un campo de trabajo. Nos hacíamos compañía. Tamara era una muchacha agradable, bien vestida y siempre alegre. Al poco tiempo de conocerla, una amiga suya tuvo familia y le invitaron al bautizo. Prácticamente me arrastró al festejo. Tamara me había dicho que ella no podía tener hijos. A mi me daba mucha vergüenza estar allí, todos se empeñaban en que comiera y bebiera. Vamos, que terminé bastante alegre. Hasta

que marché de Kingisepp me vi con ella varias veces. Fue cariñosa conmigo, nunca le reproché nada y ella no me contó de su vida privada. Siempre la respeté y agradecí el cariño que me dio.

En el invierno de 1.955 la oficina recibió la orden de empezar la construcción de la nueva carretera entre Kingisepp y la ciudad minera de Slasntsy, a 75 km de distancia. Fui como encargado de la obra, y empezamos talando el bosque, 50 metros de anchura a lo largo de toda la futura carretera. Este trabajo solo se podía hacer en invierno pues la zona era muy pantanosa y cuando los accesos estaban helados era más fácil transitar por ellos. Las dos ciudades ya estaban conectadas por una carretera pero era de baja categoría. La mayor parte del firme estaba hecho de troncos de madera, colocados transversalmente y clavados con grapas de hierro a los extremos a unos largueros y con una capa de arena sobre este pavimento. Lo había construido el Ejército Rojo en el año 44, coincidiendo con el avance de las tropas para liberar la zona de la ocupación alemana. Con el paso del tiempo la carretera había quedado intransitable y solo se podía utilizar en invierno. Nos quedábamos en el bosque toda la semana, se trabajan 16 horas diarias. Los sábados por la tarde nos recogían con una camioneta todoterreno y nos llevaban a casa. Y el lunes al mediodía estábamos de vuelta en el tajo.

La brigada que tenía al mando se componía de doce maquinistas de excavadoras, tractoristas de *bulldozers*, niveladoras y demás maquinaria de movimiento de tierras. El combustible para las máquinas lo guardábamos en una cisterna de 5.000 litros colocada sobre un patín de chapa y que teníamos que arrastrar hasta la ciudad cada vez que había que repostar.

Dormíamos en un vagón remolque acondicionado con literas, cocina, con armarios y arcones debajo de los asientos, y que desplazábamos con ayuda de los tractores. Era una casa sobre ruedas.

La vida en el bosque la llevábamos bien. Todos comíamos en familia: lo que cada uno traía de casa para comer a la semana se aportaba a la cocina común. Los cocineros éramos un chaval manco, Piotr, y yo. Cocinábamos al mediodía y a la noche, y todos quedaban contentos con el rancho. El agua la cogíamos de un riachuelo cercano, en el que también solíamos hacer presas cerrando el cauce con los *bulldozers* para así poder recoger los peces y anguilas que quedaban atrapados en los pozos. También pescábamos con una red en forma de cono que nos dejaba para tal menester un guarda del gasoducto Slántsyy-Leningrado y que pasaba por nuestra ciudad. Ese día el guarda estaba invitado a la cena, por supuesto. Colocábamos la boca ancha en la corriente del río mientras unos cuantos golpeaban las orillas para asustar a los peces y sacarles de los escondites en dirección a la red. Vivimos como nómadas hasta

Enero de 1.955. Desde Kingisepp hasta la primera población situada en la carretera había 16 km de distancia. Era una población pequeña en la que había un aserradero y como también tenía una tienda-comedor, cuando empezamos a trabajar en esa zona acudíamos a comer allí. La mayoría de los aldeanos trabajaban en los bosques. Transportaban la madera hasta las orillas del río Luga en invierno, y una vez se producía el deshielo, echaban los trocos al río para que bajaran hasta una presa de pontones donde los desviaban al aserradero, a dos kilómetros río arriba de la aldea.

La vida en la ciudad no era muy alegre. En invierno solo podías salir al cine o ir al baile de los club de las empresas de trabajadores de la ciudad. En verano no lo pasabas mal. Había baile en el parque de la ciudad, pero se armaban muchas broncas y peleas, pues acudían muchos soldados de las guarniciones cercanas y no había chicas para todos. Además de que estas preferían bailar con los chicos de la ciudad. También se organizaban muchas competiciones deportivas entre los diferentes cuarteles y instituciones de la ciudad y provincia, y podáis ir a bañarte o a pescar al río.

El último verano que pasé en Rusia, en 1.956, lo hice en un campamento militar cerca de la frontera finlandesa al norte de la ciudad de Vyborg.

## 27. VYBORG

### *Servicio militar.*

En la Unión Soviética el servicio militar era obligatorio para todo ciudadano. Llegada la edad de ingresar a filas, y tras un reconocimiento médico, te notificaban el destino para los próximos tres o cuatro años, dependiendo de la suerte que hubieras tenido: Infantería de Tierra, tres años; Marina y Aviación, cuatro o más años. Si cuando llegaba el momento de ir a la mili estabas estudiando alguna carrera, te permitían terminarla e incorporarte después. Yo me nacionalicé como ciudadano ruso en 1.952, terminé mis estudios, me fui a trabajar y no un tocaron nada del asunto militar.

Sin embargo, al comienzo del invierno del 54 me informaron de que tenía que presentarme en la Caja de Reclutas para recibir junto a otros cuidadnos la instrucción militar. Básicamente nos enseñaban a montar y desmontar armas y a aprendernos sus nombres. Esta instrucción duró tres meses y recibíamos las clases los viernes y los sábados. La empresa en la que estuviéramos contratados nos pagaba estos días como si estuviésemos trabajando.

Al año siguiente tuvimos que hacer algo parecido, pero antes de terminar me resfrié y estuve veinte días en cama con una pulmonía. No me presenté más en la caja de reclutas ni tampoco me llamaron, por lo que pensé que todo había terminado. Pero en la primavera del 56 me citan a las Oficinas de la Caja de Reclutas y me informan que tengo que examinarme de los cursillos de aprendizaje. Si no, debería ir tres un meses a un campamento militar para aprender alguna especialidad: señalizador en algún barco de la Marina o artillero de carros de combate. Finalmente me enviaron al cuerpo de Tanques.

El 17 de Mayo de 1.956 nos agruparon en el centro a unas 100 personas, y bajo el mando de un Capitán nos trasladaron en tren hasta Leningrado. De la estación de llegada fuimos al metro para ir a la estación desde la que salía el tren que nos llevaría a Vyborg. Al entrar en el metro, el Capitán se fijo en un recluta que tenía el pelo muy largo, parecía un *hippie*. Le dijo que con esa pinta no podía viajar en el metro y le ordenó que fuese en taxi a la estación de salida hacia Vyborg, y que si no estaba allí cuando llegásemos nosotros, le haría un consejo de guerra. En la mencionada estación tuvimos que esperar mucho tiempo al tren que nos llevó hacia el Norte, a Kamenogorsk.

## 28. KAMENOGORSK

### *Servicio militar.*

La estación de Kamenogorsk era un pequeño edificio con una sala de espera, una taberna (la única que había en todo el pueblo), la vivienda del jefe de la estación y un despacho. El pueblo era bastante bonito, con muchas casas de madera donde vivían los mandos y oficiales del Cuerpo de Tanques, un edificio-tienda, varios edificios de servicios civiles, además de los cuarteles para 600 soldados. Todo estaba enclavado en un paraje natural precioso, rodeado de bosques, lagos y prados.

De la estación nos dirigimos al club del cuartel donde el Comandante del Cuerpo nos dio un discurso de bienvenida lleno de parrafadas patrióticas y recordándonos a qué habíamos ido. El comandante también se fijó en el *hippie*, le preguntó si estaba estudiando para *pope*, los sacerdotes rusos, y le ordenó cortarse el pelo al cero. Terminada la presentación, nos equiparon en el almacén con el atuendo militar de verano, nos retiraron la ropa de paisano y en formación fuimos a un bosque situado a 1 km del cuartel, donde habían instalado las tiendas de campaña que serían nuestra morada. El bosque conservaba aun los últimos restos del invierno y sobre la tierra quedaba una capa de nieve de unos 15 cm. Las noches eran frías, dormíamos vestidos sobre los camastros, tapados con la manta y el abrigo militar. Por residir en el bosque nos dieron el nombre de *Partisanos*, guerrilleros.

A la entrada del campamento había una garita con un teléfono donde se hacían las guardias. Nosotros no llevábamos armas. Nos levantábamos a las siete y media, hacíamos la cama, nos lavábamos en la orilla de un lago cercano y después teníamos que esperar hasta las 10 de la mañana para, en formación, ir a desayunar. Al principio pasábamos estas dos horas antes del desayuno fumando (el soldado recibía mensualmente una ración de tabaco picado de 600 gramos, dividida en paquetes de 50, dos librillos de papel de fumar y una caja de cerillas) o buscando fresas silvestres una vez empezó a mejorar el tiempo. Eran bosques de muchas bayas. Poco después el capitán político comenzó a amenizarnos la espera con la lectura de los discursos publicados en el periódico, y que nos leía él mismo o algún soldado al que se lo ordenaba. Nos reunía en un claro del bosque donde había una mesa con un banco, y allí nos martirizaba con la perorata de algún dirigente gordo del Partido comunista. No podías decir nada y había que aguantar la lectura. Pero eso no duró mucho, porque cuando el capitán era visto de lejos por el centinela de la garita, daba la voz de alarma y nos adentrábamos en el bosque para esquivarle. No aparecíamos

hasta la hora de marchar a desayunar. Se lo hicimos dos o tres veces y al final optó por no venir más.

La vida se hacía muy monótona: desayunabas y acudías a las clases de aprendizaje a manejar la torreta y a disparar con la ametralladora del tanque. Eran tanques T-44, con las mismas toneladas que su numeración, muy modernos. Estaban montados sobre unos armazones de madera que se balanceaban haciendo palanca con un gran tronco, simulando así la marcha sobre el terreno. También teníamos clases teóricas donde te enseñaban muchas cosas sobre este tanque y otros modelos americanos, alemanes, etc.

Lo peor de los tres meses de estancia fue la comida. Era muy mala, hubo muchas protestas. El oficial de cocina se ausentaba cuando íbamos a comer o cenar, ya que muchas veces las perolas con la comida las tiraban al suelo de la cocina. Para compensar la falta de alimento, acudíamos a la tienda del pueblo a comprarlo. Por estar en el campamento recibíamos el 50% del salario que percibías en tu lugar de trabajo.

Otra fuente de alimentación la teníamos en la tienda donde dormía, y que compartía junto con otras cinco personas. Entre nosotros había un muchacho, un marino que residía en la ciudad de Luga, en la desembocadura del río del mismo nombre en el Mar Báltico. Llegó al campamento cuatro días más tarde que el resto, y no sé cómo, no entregó la ropa de paisano. Con esa ropa salíamos del campamento para ir a la tienda del pueblo a comprar comida. Si ibas con ropa militar te exponías a los controles de la policía militar: te revisaban las compras y si llevabas vino o vodka, te requisaban las bebidas. También la usábamos para salir a vender los lucios que pescaba este chaval en los numerosos lagos que rodeaban el campamento. Los pescaba con cucharilla, ya que se trajo una caña y aparejos para ese arte. Con el dinero que conseguía siempre invitaba a tres o cuatro compañeros de la tienda a merendar pan, conservas de pescado o carne, queso y para beber, vodka o *pivo*, cerveza. Otras veces íbamos todos a la cantina de la estación de tren a beber cerveza, pero solo si era domingo, pues el resto de la semana no podíamos salir del campamento.

Cuando no teníamos clases de aprendizaje nos enviaban al bosque a cortar leña para las estufas o a cargar troncos de abedul en vagones de tren con destino a una fábrica de muebles. Como nunca había voluntarios para tales faenas, iban los que estaban castigados y el resto se elegía a dedo.

Para entretenernos en los ratos libres solíamos jugar al *gorodki*, un juego ruso en el que se colocan cinco rodillos de madera de 5,5 cm de diámetro y 20 cm de largura sobre un tablero de 90 x 90 cm marcado sobre una superficie plana. Con esos rodillos se dibujan distintas figuras: un avión, una culebra,

un pozo... Entonces se tiraba un garrote de unos 5 cm de diámetro y tan largo como el tablero, lo más horizontal y pegado al suelo posible para tirar las figuras. El que más figuras desmontaba con menos tiradas ganaba el juego.

Un día estaba un grupo jugando al gorodki en la carretera y aparecieron varios coches. Todos tenían banderines, seguramente traían a los altos mandos de la división. Por supuesto, los que estaban viendo el juego se apartaron para dejarles pasar pero nadie saludó a la comitiva. De repente pararon los coches y un alto mando se apeó y mandó formar. Más de la mitad del público echó a correr para esconderse en el bosque. El resto estuvo haciendo instrucción dos horas y media. Durante la cena el teniente volvió a recordarnos el incidente, y cuando preguntó que qué clase de ejército éramos, desde la fila del fondo alguien respondió "*Partisanos!*" y todo terminó con una carcajada general.

También teníamos biblioteca, era el mejor lugar de todo el cuartel. Estaba bien equipada, con muchos y buenos libros. Los domingos por la tarde proyectaban películas en el club, pero muchas veces no las podíamos ver acabar porque sonaba la alarma de peligro y teníamos que salir a la explanada a formar. Esto lo hacían para que siempre estuviéramos en alerta frente a un posible enemigo, sobre todo teniendo en cuenta que estábamos en zona fronteriza con Finlandia. Cuando pasaba el peligro, ya nadie volvía a la sala a ver el final de la película.

Cuando me notificaron que tenía que cumplir servicio militar, yo ya había pedido la repatriación a España. Así lo comuniqué, pero con eso y todo me enviaron a Kamenogorsk al cuerpo de tanques. Una vez en el campamento les volví a recordar lo de mi solicitud de repatriación, a ver si así me enviaban a casa y me olvidaba del ejército, y durante la primera semana esperé una respuesta favorable. Pero no fue así, y en cuanto me lo confirmaron, tuve que jurar bandera. Me convertí en un soldado más del ejército rojo y me quedé los tres meses obligatorios como artillero de tanque. Con un mes de estancia habría tenido de sobra para aprender a disparar, el resto fue una pérdida de tiempo. Al menos me quedó el recuerdo del hermoso paisaje de aquella zona... Es una zona para visitarla de turismo, para disfrutar del paisaje, de sus bosques, de los lagos y ríos, y de las noches blancas. Eso sí, en verano hay que ir prevenidos contra los mosquitos, pues hay verdaderas plagas y es muy molesto.

A falta de dos semanas de terminar el aprendizaje, nos llevaron en tren más hacia el norte para realizar prácticas de tiro con el tanque en marcha. No recuerdo peor estancia que aquella, todos los días lloviznaba, estabas como dentro de una nube, siempre húmedo. Incluso dentro de la tienda de campaña te mojabas casi igual que en el exterior, pues la lona dejaba pasar una finísima lluvia que empapaba todo. El suelo además era un barrizal. Los tanques de-

jaban unas huellas muy profundas al hacer giros y maniobras y teníamos que allanarlas con palas, con lo que te ponías de barro hasta las orejas. De la comida prefiero no hablar: era pésima. Por este clima y porque aun no se me había curado el frío que cogí en los riñones por dormir sobre la nieve los primeros días de mayo, mi salud empeoró, orinaba sangre y aunque el médico militar me dio unas píldoras, no mejoraba mucho.

A mediados de agosto nos mandaron entregar todo el atuendo militar, nos devolvieron la ropa de civil y con la licencia en la mano marchamos en formación hasta la estación, donde los cien guerrilleros nos montamos en el tren que nos llevaría a Leningrado, otra vez a casa. Yo volvería a Kingisepp.



*Mi hermana con los tíos Juan y Rufina, frente a la casa donde vivían estos.  
Moscú, 24 de junio de 1.956.*

## 29. NARVA

Cuando llegué a Kingisepp fui a la Caja de Reclutas para anular mi situación de militarizado a *ciudadano libre*. Con los documentos que recibí en la misma me presenté en la Oficina de Obras donde trabajaba. Me preguntaron qué tal las vacaciones pagadas en Finlandia que me había regalado el Ejército Rojo, y después de contarles algo de lo vivido, me comunicaron el nuevo destino de trabajo: responsable de asfaltado de pavimento en la carretera Leningrado-Tallin, ya en territorio de la República de Estonia, concretamente en la ciudad de Narva.

Narva se encuentra a 22 km de Kingisepp, es la primera ciudad que encuentras desde la Provincia de Leningrado, y es fronteriza con Ivangorod, situada en la otra orilla del río Narva. Era una ciudad unas cinco veces más grande que de donde venía, con una fortaleza antigua. La visité en algunas ocasiones en compañía de un mecánico que trabajaba en la misma línea de asfaltado que yo. Era judío y solía comprar muchas cosas en Narva para luego venderlas en la ciudad donde vivíamos, pues en la nuestra no se encontraban. Eso sí, las vendía al doble o más de su precio! Me decía que andaba flojo de dinero, porque se había divorciado de la mujer, tenía dos hijos y el Estado le descontaba el 50% del sueldo para la manutención. La ley estaba echa así entonces. Era un chico muy listo, como todos los judíos que conocí, muy vivo. Se portó muy bien en el trabajo y me sacó de un buen apuro en un juicio en el que me vi implicado. Un camión cargado con zanahorias volcó a causa del choque contra una de las máquinas que teníamos en la carretera para los trabajos de asfaltado. El accidente ocurrió de noche cuando se dirigía al mercado a vender la mercancía. Se armó un buen jaleo, pues encima de la carga iban montados los propietarios de la misma y alguno quedó mancado. Finalmente no me culparon de nada, pues toda la zona estaba bien señalizada.

Por aquel entonces las normas de seguridad en el trabajo en Rusia eran sagradas, en el Técnico se estudiaban durante todo un curso. Además, cuando te incorporabas a una obra tenías la obligación de enseñarle al obrero que iba a realizar el trabajo las normas preventivas y hacerle firmar que estaba enterado y las respetaría. Si el obrero sufría un accidente y el encargado no le había informado de las mismas, le cargaban con el mochuelo.

También visité en varias ocasiones una cantera que había en Narva. Nos regalaban la gravilla para la fabricación del asfalto a condición de que fuéramos nosotros los encargados de transportarla.

La longitud del asfaltado fue de unos 15 km. Traían el asfalto en camiones desde la base, a las afueras de Kingisepp. A nosotros nos llevaban hasta la obra en un pequeño autobús. La brigada de trabajo estaba compuesta por 20 personas, tuve buena suerte con el personal que dirigía. Durante las obras teníamos que desviar el tráfico fuera de la carretera y algunos conductores de camiones se enfadaban mucho y nos llamaban *kurat*, que quiere decir diablo en estonio. No empleaban juramentos tan fuertes como los rusos. Poco traté con la gente nativa, pero lo cierto es que me parecieron muy trabajadores, gente seria y honrada, que no simpatizaba demasiado con el gobierno ruso por los acontecimientos del pasado.

Terminamos los trabajos y el día que más llovía tuvimos que pasar la inspección de los mismos. Eso se hacía así porque con la lluvia se ven todas las imperfecciones que pudieran quedar. Pasamos la inspección, y después fuimos invitados a una comida y a unos tragos. Todos terminamos contentos por un trabajo bien hecho.



Narva, Estonia, 1.956. Muro de la fortaleza Hermann, siglo XIII.

## 30. SLANTSYS

A finales de Octubre del 1.956 la dirección de la empresa decidió enviarme como responsable a las obras de construcción de la carretera Kingisepp-Slantsy. Estaban ya en la fase final, los otros 16 km estaban terminados.

Slantsy era una ciudad minera. Extraían pizarra bituminosa para la fabricación de gas, que era transportado hasta Leningrado a través de un gaseoducto. Las obras de la carretera iban paralelas a él. Era una ciudad agradable, se notaba que había dinero. Tenía hospital, policlínica médica, un gran comedor para los trabajadores de las minas y muchas tiendas. Me llamaban la atención las enormes montañas de piedra de pizarra de color marrón que habían sacado del interior de las minas y que decían que emplearían en el futuro para fabricar cemento.

La empresa disponía de barracones y me asignaron una habitación con calefacción en uno de ellos, junto con otros trabajadores de la empresa. Además disponía para mi uso de oficina con teléfono.

El trabajo más importante era el movimiento de tierras que realizábamos con camiones volquete con tierras de relleno desde canteras cercanas. Era un trabajo llevadero, pero se pasaba mucho frío haciendo las mediciones para los rellenos. Había que colocar los aparatos, el nivel, el tubo de mira, los tornillos... se te quedaban las manos heladas. Recuerdo que me compré unas manoplas de piel muy finas con pelo de no sé qué bicho en su interior. Eran muy buenas pero me costaron un dínal.

El invierno cada vez era más duro, hacía mucho frío y empecé a sentir molestias en el aparato urinario, como consecuencias del frío que agarré haciendo la mili. Pero las molestias iban en aumento y tras aguantar unos días con unos tremendos dolores en los riñones, fui a parar al hospital. Pasados unos días solicité a la dirección del hospital que me trasladasen a Kingisepp, que allí me alojaría en casa de una señora donde me atenderían, pues yo no tenía otra familia. Me trataron muy bien en Slantsy y me dieron los papeles del alta para que marchara a Kingisepp.

El trayecto lo realicé en camión, 75 kilómetros por una carretera infernal. Durante el mismo, comenzaron los dolores otra vez. El chofer no sabía que hacer, yo pensaba que me moría. Del dolor tiré todos los trastos que llevaba por el

suelo de la cabina del camión, incluida una radio que me había comprado. No le pasó nada, de hecho me la traje a España y funcionó varios años más. Volví de Rusia con pocas cosas, pero en la maleta hice sitio para aquella pequeña radio de onda corta y larga. Funcionaba con lámparas, no sé cómo no se estropeó en el trayecto en tren Castellón a Bilbao. Cuando recogimos las maletas unos días después de llegar a casa mi hermana y yo, comenté delante de los empleados del almacén de equipajes lo que había dentro de la maleta. Se quedaron pasmados, porque sabían cómo se trataban los equipajes en la consigna.

Siempre me ha gustado escuchar la radio. Todos los dormitorios del Técnico tenían instalado un aparato con altavoz en el que escuchábamos Radio Moscú. Y en la casa de Kingisepp había otro aparato similar. Era más barato que tener el tuyo propio. El gobierno cuidaba muy bien la propaganda para las masas; con una radio normal podías escuchar todo lo que querías, pero si hablaban de Rusia en un país extranjero, sobre todo en Radio Europa Libre, había unas interferencias tremendas. Los militares que vivían conmigo en Kingisepp tenían en su cuarto un aparato de radio estupendo y me dejaban buscar emisoras de habla hispana. En cuatro años solo había tenido ocasión de hablar en español los días que me visitó mi hermana durante el verano del 54.

Pocos recuerdos tengo de Slantsy. Aunque mi estancia fue corta, me resultó bastante aburrida. Solo conocía a un compañero del técnico, Serguéi, que había ido a parar a la misma oficina, la nº 10. Él era quien traía los informes desde la oficina de Kingisepp a Slantsy. Venía en una moto con sidecar que le había facilitado la empresa y era en estas ocasiones cuando nos encontrábamos. Serguéi estuvo más de un año trabajando en las obras de la carretera y después tuvo que ir a cumplir el servicio militar, no tuvo tiempo ni de despedirse. No supe nada de él después de su marcha.

Como he dicho antes, en la ciudad había un comedor especialmente dirigido a los trabajadores de las minas aunque de acceso libre para todo aquel que quisiese entrar. Se comía bastante bien y era económico. Abrían a las cinco de la mañana. Ese fue el lugar que más frecuenté. Un par de veces también fui al cine. El resto del tiempo libre lo dedicaba a leer y escuchar la radio.

Una vez llegado a Kingisepp presenté los papeles de la baja en las oficinas de la empresa. Eran mediados de diciembre. Pasados diez o doce días, y gracias a los medicamentos y al descanso en casa, mejoró mi salud. Tomaba unas pastillas con forma de granos de arroz que se disolvían en agua. Parecía cal viva, y el sabor era horrible. Me dieron el alta, pero como no había disfrutado las vacaciones anuales las solicité para así reponerme completamente.

Nada más finalizar los festejos del nuevo año 1.957, recibí una comunicación de la Cruz Roja notificándome la repatriación a España. El 9 de enero me debía presentar en la oficina de dicha organización en Moscú.

### 31. KINGISEPP - LENINGRADO

Dos años antes, mi tío Juan me había enviado desde Moscú unos papeles para solicitar la repatriación a España. Rellené los documentos y se los envié de vuelta, pero pensé que nunca podríamos volver a la patria mientras no acabase la dictadura franquista, pues en aquellos tiempos España no tenía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

Con la carta recibida me presenté en la empresa y acto seguido me puse a preparar la maleta. La patrona, la buena señora María Osipovna, lloraba de alegría. Decía "*¡por fin podrás ver a tus padres!*". Por aquellas fechas no había nadie más en casa. El resto de la familia estaba de vacaciones de año nuevo en la casa de su hermana, en Petergof. Era una ciudad muy bonita, con palacios de los zares y grandes jardines. Estaba a solo 30 km de Leningrado pero no tuve tiempo de acercarme y despedirme de ellos cuando pasé por Leningrado camino de Moscú.

La última tarde en Kingisepp la pasé despidiéndome de los jefes de la oficina y demás personas con las que tuve amistad durante mi estancia en esa ciudad. Después cené en casa junto con unos amigos, unas anchoas fritas con pan acompañadas de *agua rusa* que nos preparó con todo el cariño la buena señora María. A la hora de decirle el último adiós, la mujer lloraba con toda su alma. Para mí fue como una madre, siempre la tendré en mi corazón.

Mis amigos me acompañaron a la estación. Era una noche fría. Les di un abrazo y me monté en el tren. Este fue el punto de partida de mi regreso a España.

De Kingisepp a Leningrado hay unos 100 km. Cuando llegué fui a sacar el billete para Moscú, tenía que llegar temprano. El tren no salía hasta la tarde, así que como tenía tiempo me fui a visitar la ciudad. En invierno no me pareció tan bonita como las dos veces anteriores que la había visitado, ambas en verano.

Iba paseando cuando me tropecé con un camarada de la mili, Anatoli. Empezamos a hablar, recordando el tiempo que perdimos aprendiendo a disparar obuses y balas desde el tanque T-44 en aquel recóndito lugar junto a la frontera finlandesa. Paseando llegamos a la estación, y le invité a comer conmigo como despedida. Cuando terminamos de comer me despedí de Anatoli. Me deseó

mucha suerte, me dijo “no vivirás peor que aquí”, y me pidió “no nos menciones a la ligera”. Al atardecer el tren salió para Moscú.

## 32. MOSCÚ

Cuando llegué a Moscú la mañana del 9 de enero de 1.957 hacía mucho frío. Tomé un taxi en la estación hasta la sede de la Cruz Roja. Lo que menos esperaba era encontrarme allí a mi hermana María. Había llegado esa misma mañana en avión desde Siberia. Estaba muy contento de verla, la última vez que nos vimos fue el verano de 1.954. Teníamos muchas cosas que contarnos.

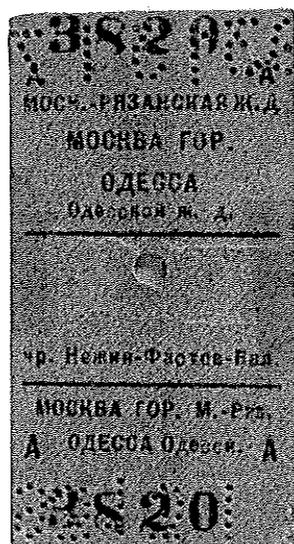
En la Cruz Roja nos dieron una serie de papeles indicándonos lo que teníamos que hacer con el asunto de la repatriación. Nos alojaron en un hotel en Ostankino. Habían construido muchos hoteles en aquella zona, para usarlos como villa olímpica para los atletas y para turistas en el futuro. En el hotel estábamos concentrados todos los que íbamos a ser repatriados a España. Los días que pasamos allí nos atendieron bien. En las habitaciones y salas de estar aparecieron panfletos y el periódico *Mundo Obrero*, que publicaba el Partido Comunista de España, hablando sobre la guerra civil y el régimen fascista instaurado como desenlace de la misma. Por el hotel también aparecían otros españoles que no iban a ser repatriados, y nos decían que esto o aquello nos lo requisarían en España y que no lo metiéramos en la maleta para evitar líos. Y estas cosas que se quedaba en tierra, se las llevaban ellos. Creo que eran unos cabrones.

Los documentos personales para el viaje los entregaba la policía y la Cruz Roja en la calle Arbat. Entregué mi pasaporte de ciudadano ruso y recibí un papel de la Cruz Roja en el que ponía mi nombre, dos apellidos, que había trabajado tres años y tres meses y que pertenecía a los sindicatos profesionales desde 1.949. Esa era mi acreditación. Frente al Mausoleo de Lenin en la Plaza Roja había en aquellos tiempos unos grandes almacenes comerciales de nombre *Gum*, y allí compramos mi hermana y yo unos regalos para los padres y para nuestro hermano.

Al poco de instalarme en el hotel llamé a casa de mi amiga Valentina, por si quería verme. Mantenía correspondencia con ella desde que terminé los estudios en el Técnico pero no la había visto desde mi marcha a trabajar a Kingisepp. Quedamos y le dije que me marchaba a España. Como recuerdo le regalé un álbum con postales de todos los lugares y ciudades que había visitado desde 1.949 a 1.957, tanto en mi época de estudiante como de trabajador, que fue cuando tuve algún rublo más. Al atardecer fuimos a su casa y cené con ella y sus padres. A su madre ya la conocía del comedor del técnico. Recordamos muchas cosas de aquella época. Valentina estaba trabajando en un Banco, es-

taba contenta con lo que hacía y por haberse quedado en Moscú. Me tenían en buena estima y me desearon buen viaje. Nos despedimos con mucha pena, todos llorábamos. Monte en un taxi para volver al hotel. Lo pagué con los últimos 35 rublos que tenía. Fui todo el trayecto llorando.

Aquella era la última noche que dormiría en Moscú.



Billete de tren Moscú-Odesa. 18 rublos . 13 de enero de 1.957.

### 33. MOSCÚ - ODESA

El día 13 de enero salimos temprano del hotel en autobús hacia la estación Kiev, donde tomaríamos el tren hasta Odesa. En el andén estaba Valentina, con cara de mucha pena. Quería decirme adiós por última vez. Le presenté a mi hermana. Apenas si hablamos. Era una mañana bastante fría y Valentina no tenía guantes. Me quité los míos y se los puse en sus manos. Le dije "*para que no pases frío y tengas un recuerdo de mí*". Y vaya sí se acordó.

Cuando llevábamos recorrido la mitad del trayecto hacia Odesa, me llaman al vagón de la Cruz Roja, que la encargada quería verme. Habían recibido un telegrama de Valentina. Quería venir conmigo, decía que me quería mucho, que no podía vivir sin mí y no sé que más. La encargada me dijo que si quería quedarme en Rusia podía bajarme en la primera estación, que me darían dinero y se podía arreglar el asunto. Les expliqué que con Valentina solo había tenido una buena amistad, que nos conocimos de cuando estudiaba en el Técnico y por la correspondencia que mantuvimos en los últimos años. Éramos amigos, yo la respetaba mucho, pero nunca le insinué nada. Además, mi hermana y yo habíamos enviado a un telegrama vía Alemania, a casa de unos tíos, avisando de nuestro regreso. Si hubiera viajado solo creo que me habría dado la vuelta.

Tras dos días de viaje, llegamos a Odesa al anochecer. Pasamos la noche el mismo tren y a la mañana siguiente empezamos a embarcar.

## 34. ODESA - CASTELLÓN DE LA PLANA

El barco que nos trajo a España se llamaba *Crimea*. Era un buque bastante grande, construido en Alemania y requisado por los rusos al término de la guerra. Era un barco de pasajeros, con camarotes de primera, segunda y tercera. A nosotros nos tocó uno de segunda situado en la proa.

La travesía hasta Turquía fue muy mala. La mar estaba revuelta y nos mareábamos. María lo pasó peor que yo, pues yo me iba a dormir a las literas de un camarote de tercera situado casi en el centro del barco y allí no se notaba tanto el balanceo. No se podía estar sentado en el comedor ni dos minutos. Pedíamos un trozo de pan con algo para meter dentro y marchábamos pitando al camarote a tumbarnos en la litera. Creo que mi hermana no comió en dos días.

En el camarote de tercera dormíamos unas veinte personas. Conocí a un chico asturiano, José, muy buena persona. Él fue quien organizó a la mayoría de los residentes para entre todos llamar al orden a tres chavales que andaban medio borrachos por el barco. Habían subido a escondidas una caja de botellas de vodka. Alguno incluso había estado en la cárcel y se hacían los gallitos. La tripulación andaba tras ellos, cuidando sobre todo de que ninguno cayera al agua. Era vergonzoso. Se les avisó de que se comportasen o se les tataría con "la manta". Consistía en cubrir al individuo en cuestión con una manta cuando entraba al dormitorio y acto seguido se le daba una paliza. Como no podía ver quién le atizaba, tampoco podía culpar a nadie en concreto. El aviso funcionó y no se habló más de ellos hasta llegar a Castellón. Fueron los primeros a los que llamó la policía. Dijeron que los mandaron a Madrid, que eran los únicos enemigos de la Unión Soviética que traía el barco.

Cuando llegamos a la entrada del estrecho del Bósforo, el barco paró y desde una lancha subió un práctico. Todos le mirábamos asombrados, exclamando "un turco, un turco". Pero lo que más nos extrañó fue que nos dio las buenas en un perfecto castellano. Todos le aplaudimos por el saludo.

Desde Turquía hasta España tuvimos un viaje estupendo. La mar estaba como un plato y no hacía frío. Proyectaban películas, paseábamos a la noche por la cubierta, la comida era buena... era como ir de crucero!

Durante el viaje, un par de días sufrí unos fuertes dolores en el riñón al levantarme por la mañana. Avisaron al médico del barco y me recomendó que cuando llegase me pusiese en tratamiento para corregir el mal.

De todos los que regresábamos en el barco solo conocía a un chico que estuvo en Odesa, Sebastián. Él estaba en la casa de los mayores desempeñando trabajos de cocinero. Me dijo que cuando estuvimos esperando para embarcar, se había acercado a ver cómo estaba el colegio y la casa que dejamos en el 41. Me trajo saludos del cazador, el matrimonio de vejetes que vivían en la casa que había en la misma finca donde vivimos los pequeños.

Cuando llegamos a puerto había mucha gente en los muelles. Querían ver nuestra llegada. Mientras descargaban los equipajes, intercambiamos cajetillas de cigarrillos con ellos, queríamos probar el tabaco español. De allí nos trasladaron en autobuses a Benicasim.

## 35. BENICASIM

En Benicasim nos alojaron en un albergue muy bonito que decían pertenecía a la Falange Española. Nos atendieron bien. Allí nos hicieron también la ficha policial y el carné, el salvoconducto de desplazamiento al lugar de residencia de los padres. Cuando me preguntaron el lugar de nacimiento y dije Vergara, el agente que me hacía los papeles me dijo: "*en ese pueblo hay muchas chicas guapas*".

Estuvimos dos días allí mientras nos preparaban la documentación. Solíamos acercarnos al pueblo, a visitarlo y a tomar algo. Los tragos los pagaba un amigo: el padre había enviado a su hermano a recibirle al puerto con mil pesetas en el bolsillo para que las gastara con los amigos y festejara su llegada. Éramos cuatro chicos y una chica. Nosotros bebíamos brandy y la chica licor de plátano. Aquellos días hizo frío, hubo heladas, aunque no tantas como las que dejamos. Yo no tenía gorro de invierno, lo dejé en el hotel de Moscú por hacer caso de aquellos ramplones que decían que en España no hacía frío.

El último día de estancia en el albergue nos dieron de cenar y nos montaron en autobuses: dos para Bilbao y otro para San Sebastián. La mayoría de la expedición íbamos al Norte.

## 36. BENICASIM - MIRANDA DE EBRO - BILBAO

Los tres autobuses salieron dirección Teruel y allí llegamos por la mañana, con un frío de espanto. El viaje fue bastante malo. Los montes estaban nevados y tuvimos que bajarnos de los autobuses dos o tres veces para empujar pues patinaban en la carretera. De Teruel fuimos sin parar hasta Tudela donde paramos a comer.

En el comedor nos preguntábamos unos a otros a qué lugar regresábamos, en qué casa de niños habíamos estado en Rusia. Muchos habíamos estado en el mismo lugar, pero desde enero del 1.942 que nos habían separado, unos a escuelas para aprender una profesión y a trabajar, y otros a estudiar, no habíamos vuelto a coincidir. Después de quince años éramos desconocidos. Desde que dejé el colegio, yo solo había tenido relación con los seis españoles que estudiaban en el Técnico, y eso hasta 1.953. Posteriormente no volvía a hablar en español ni a ver a ningún compatriota, excepto unos días a mi hermana, hasta la concentración de salida para España. Por eso me era más fácil contestar en ruso a sus preguntas, y decían "*este es ruso*".

Pagamos la comida con dólares americanos. Nos habían cambiado en Rusia 300 rublos, 75 dólares al cambio. Era la cantidad máxima que dejaban sacar del país. Si tenías más dinero, te lo tenías que gastar. Algunos trajeron televisores. Aquí la televisión se puso después, en 1.959 si no recuerdo mal.

Después de comer reanudamos la marcha y nos comunicaron que el autobús nos llevaría solo hasta Miranda de Ebro y que continuaríamos el viaje hasta Bilbao en tren, pues las carreteras estaban nevadas y era peligroso circular por ellas. Los autobuses nos dejaron en la estación y cada uno como pudimos nos montamos en el tren. Había mucha gente en los vagones y todos nos miraban extrañados. Pensaban que éramos de alguna compañía de teatro, por las ropas que llevábamos y porque no entendían ni la mitad de lo que hablábamos. Tuvimos que explicarles quienes éramos: los niños evacuados en 1.937 por culpa de la guerra civil desde el puerto de Bilbao a la Unión Soviética, y que por fin regresábamos a casa.

## 37. BILBAO - ERMUA - MALLABIA

Llegamos a Bilbao a la estación de Abanto, también conocida como estación del Norte. Había muchísima gente para recibirnos, los andenes parecía un hormiguero. La muchedumbre se abrazaba, lloraba de alegría, gritaba...

María y yo nos despedimos de algunos compañeros y nos dirigimos hacia la salida. No veíamos a ninguna persona en los andenes que se intentara acercar a nosotros, no reconocíamos a nadie de los que pasaban cerca. Antes de llegar mi hermana sacó una fotografía de los padres para confrontarla y poder reconocerles si es que habían venido a recibirnos. Pero no vimos a nadie.

Decidimos que lo mejor sería quedarnos a pasar la noche en Bilbao, teníamos dinero para ir a alguna pensión. Mañana sería otro día. Nos dirigimos a la salida de la estación, bajamos las escaleras hacia la entrada y allí estaba un señor mirándonos. Nosotros miramos la fotografía y volvimos a mirar al hombre, parecía nuestro padre. Nos acercamos, nos miramos de nuevo y nos dijo, "*soy Francisco Escalante*". Así fue volvimos a ver a nuestro padre después de 20 años.

De Bilbao tomamos un tren a Baracaldo, donde pasaríamos la noche en casa de los tíos Agapito y Damiana. Vivían en la calle Elcano, y fue en su casa del grupo *La Familiar* donde toda nuestra familia se refugió en 1937. Allí fue desde donde empezó el viaje a Rusia. Por la mañana visitamos el barrio.

Llegamos a la hora de cenar a casa y junto a los tíos estaba nuestro hermano Ángel. Esa noche nos acostamos tarde, había mucho que contar.

Recuerdo que el tío nos contó que cuando se instauró la República, desalojaron a los frailes de un seminario en Deusto. El tío estaba contento, era muy liberal con el tema religioso. Estaba en primera fila disfrutando de la marcha de los religiosos, cuando uno de ellos, que le conocía, le dijo al pasar a su lado: "*ahora estás contento, pero volveremos*". Mi tío fue un revolucionario en su juventud.

Fue una noche muy especial para todos. Nosotros queríamos saber cómo habían ido las cosas por allí después de nuestra marcha. La información que

yo tenía de España era muy poca: ecos sobre alguna huelga que se publicaban en los periódicos rusos y lo que leía en el *Mundo Obrero*, periódico que recibí muy pocas veces. Nunca supe quién me lo enviaba.

Después de comer, marchamos en tren a Bilbao, a coger otro en la estación de Achuri y que nos llevaría a Ermua. El viaje se me hizo muy largo y pesado. Sería del ansia que tenía de llegar a casa. Llegamos a Ermua y tomamos un taxi para acercarnos a Mallabia.

Entramos en casa. Allí nos esperaba la madre. Nos abrazamos todos juntos. La alegría que teníamos era inmensa, vernos de nuevo después de tantos años separados.

Esto ocurrió el 23 de enero de 1957.

- FIN -

## NOTA

Al principio de este relato aparece la fotografía de todos los familiares que juntos fuimos evacuados a la Unión Soviética el 13 de junio de 1.937 desde el puerto de Bilbao.

Los expedicionarios fueron:

- Ángel López, hermano de mi madre.  
Falleció en Rusia en el año 1.944.
- Juan López, hermano de mi madre.  
Desembarcó en Valencia en Octubre del 1956. .
- José Luis Rodríguez y Amparo Rodríguez, primos.  
Desembarcaron en Valencia en Octubre del 1.956.
- Consuelo Rodríguez, hermana de los anteriores.  
Se quedó en Rusia. Estaba casada con un militar y él no podía venir a España por su profesión.
- Mi hermana María y yo.  
Desembarcamos en Castellón en Enero de 1.957.

Todos realizamos el regreso a España en el vapor *Crimea* desde el puerto de Odesa.